



La
puerta
de
atrás

A. J. Raven

LA PUERTA DE ATRÁS

A.J. Raven

CAPÍTULO 1

Thomas Fooreman se estaba volviendo loco. Sentado ante el escritorio de una habitación, en una cabaña, en algún lugar perdido; su mente enloquecía a un ritmo desorbitado. Antes de que aquella locura le hiciera perder por completo el juicio, aunque a decir verdad; nunca lo había tenido, decidió escribir una confesión acerca de una vida en la organización más misteriosa y macabra creada por el hombre. Una organización de la que todo el mundo ha oído hablar pero a la que, por otro lado, tal vez pocos conocen en realidad; o puede que todo el mundo haya oído hablar de ella pero nadie se atreve a mencionarla. Quién sabe.

Era más tarde de la media noche en aquel lugar alejado del mundanal ruido. Unas hojas de papel en blanco, la vieja pluma Montblanc de su padre con el cartucho de tinta por la mitad, y esa botella de licor barato de gasolinera en la que no quedaba más de un cuarto, era lo único que tenía encima de la mesa; eso y aquellos imborrables recuerdos de una vida pasada. Aquella vida —si se podía llamar así— tuvo tanta demencia que la mayoría de las veces, se mezclaron la realidad con la ficción, la verdad y la mentira.

Su convicción de que aquella mujer vestida de negro a quién él llamaba con cariño <<el ángel de la muerte>> estaba cerca, acechándolo en cada esquina, en cada lugar al que él fuese, se hizo cada vez más notable. Por la mente indecisa de Thomas volaron las dos únicas opciones que él consideró que podrían ocurrir: acabar suicidado víctima de la demencia, o asesinado por los miembros de la organización. Sin duda esta última fue, la que más aterró a Thomas Fooreman.

El reloj colgante de la pared de aquella fría cabaña, semejante a las casetas que posee la guardia forestal repartida por el bosque (aunque de dos plantas y con lujo) marcaba la una menos cuarto, momento en el cual, aquellas hojas de papel empezaron a reflejar un par de simples frases

<<Cuando lean esto, estaré muerto. Aquí dejo el manifiesto de alguien que dedicó su vida al horror, su alma al mismísimo diablo>>

El alto grado que ejerció Thomas Fooreman dentro de la *orden*, lo había hecho perpetrar las acciones más brutales, sádicas y despiadadas que nadie pudiera imaginar. Provenía de una familia de descendencia judía. Su árbol genealógico estaba lleno de inmigrantes que se habían instalado en Norteamérica alrededor de 1600 o 1700 —no había una fecha exacta en los archivos del censo—, siendo los Fooreman, una de las primeras familias en ejercer de prestamistas. Abrieron una tienda de monedas en el gueto judío en Nueva York en donde, timando a la gente, amasaron una poderosa fortuna para más tarde fundar uno de los primeros bancos que se conocerían. Sus padres, al igual que sus abuelos y tatarabuelos, dedicaron toda su vida a ser la mano derecha de una de las familias más importantes e influyentes del planeta.

La luna se hallaba en esa posición en la cual, solo dejaba ver una porción insignificante de su belleza. Lo acompañaba un cielo iluminado por unas estrellas tan relucientes que irradiaban más luz que la propia luna, permitiendo distinguir las constelaciones. Los aullidos de los lobos se

escuchaban con debilidad tras los gruesos cristales de las ventanas. En el horizonte, en las montañas, todavía se podían divisar rayos de una pequeña tormenta cayendo sin cesar. Hacía más de media hora que la lluvia había caído en el inmundo tejado del lugar en el que se hallaba Thomas. Cerró los ojos y escuchó el agua corretear por los canalones del tejado y bajar por la tubería, hasta desembocar en un riachuelo de agua estancada en la parte trasera. Lo había dejado todo empantanado, semejante a una ciénaga.

A causa de aquella lluvia, se formó una gotera en el techo que descendía desde la pared del piso de arriba hasta el comedor, agrietando más la deformada madera. El viento había descargado con tanto nervio que llegó a partir varias ramas de los árboles. Algunas llegaron a impactar contra la puerta sin causar daño alguno, pero con un golpe estruendoso que lo hizo estremecer. Aquel frío intenso proveniente de las montañas, había calado en sus huesos. Ni la media botella ingerida (o engullida) en menos de dos minutos, lo hizo entrar en calor. Pensó en encender la vieja chimenea de carbón sin embargo, prefirió cubrirse con una sucia manta impregnada con meados y mierda de rata, cuya pestilencia le recordaba los rituales en los subterráneos donde fue partícipe.

Estiró el exhausto brazo derecho y con aquellos ligeros dedos, comparables a los de un concertista de piano, apagó la bombilla que caía del techo sujeta por un cable a medio pelar. Encendió una vela y permaneció escribiendo bajo la cálida llama.

<<Espero que me perdonen por todo lo que hice. Por todo el dolor que causé a aquellos a quienes les hice verdaderas barbaridades, sometiéndolos a prácticas inhumanas e incluso, arrebatando la vida>>.

Hizo un parón para levantarse, estirar la espalda, las piernas, descansar una mano temblorosa y una vista que comenzaba a estar fatigada. Sin zapatos, arrastrando los pies desnudos y encallecidos por la gélida madera, se acercó hasta la ventana. A causa del alcohol barato, intentaba mantener el equilibrio; se ladeaba, volvía a mantenerse recto, volvía a ladearse... Unido también a sus pocas fuerzas a causa de no haber probado bocado en días, nadie sabe como aguantó tanto tiempo. Emitiendo unos gruñidos, apoyó la mano en el cristal y apreció la oscuridad del frondoso bosque mientras recordaba la programación a la cual fue sometido de niño. La frente, el cuello y las manos comenzaron a emanar un sudor nervioso. Deslizó la mano hacia abajo dejando un surco mientras sollozaba.

La infancia de Thomas Fooreman, según lo poco que recordaría él, fue feliz. Su familia fue dueña de innumerables empresas repartidas por medio mundo. Amasaron bastante riqueza, tesoros con los que se podría acabar con el hambre en el mundo, pero eso en palabras de Robert Fooreman, no interesaba. Solían alardear entre las altas esferas, entre la *crème de la crème* de la aristocracia, ser una de las familias más ricas que haya pisado la Tierra y razón no les faltaba, aún sabiendo que toda esa riqueza, se debía a la muerte de otros.

Sus recuerdos, era estar siempre rodeado de toda clase de lujo. Al ser hijo único, sus padres le dieron todo cuanto quiso; —cualquier capricho que al niño se le antojase, era concedido por su progenitor—. Los Fooreman se codeaban con las familias más importantes de Norteamérica; siempre vistieron la ropa más cara y disfrutaron de las mejores casas. Sin embargo, todo fue una mera fachada .

Una noche, todo cambió.

1

25 de octubre de 1952.

Antes del anochecer y después de que el señor Harold Murray terminara el noticiario con la frase: <<Recuerden, Harold estará mañana en sus hogares>>, en la residencia Fooreman, un pequeño Thomas de diez años, regordete, grandes mejillas, nariz puntiaguda, pelo rubio y una mirada dulce e inocente de ojos marrones, caminaba agarrado de la delicada y cálida mano de su madre, Martha Fooreman.

Martha, cuyo apellido de soltera era Quinn, tenía cuarenta años. La naturaleza la había obsequiado con una belleza descomunal. Su pelo caía como una hermosa cascada dorada más allá de sus hombros (en aquel momento recogido en una coleta). La cara reflejaba unos ojos verdes, una nariz chata y unos labios carnosos. Venía de una familia bastante acomodada. Era hija de Lauren Quinn, un exgeneral que luchó en la guerra de secesión y que más tarde, se convertiría en empresario y socio de uno de los bancos más importantes de Norteamérica; la J.P Morgan & Co. Martha se fijó en Robert en una conferencia en Portland, Maine, otorgada por un *insider* conocido como: el señor X, sobrenombre dado porque nadie había visto nunca su verdadero rostro. Las charlas las daba enmascarado, portando una peluca falsa a menudo morena, un bigote postizo y unas gafas de pasta negras que le agradaba con un aire a lo Buddy Holly.

Al contrario que a su marido, Robert Fooreman, la naturaleza no fue tan generosa con él. Era un señor que sacaba diez años más a su mujer. De mediana estatura, su cara evidenciaba unos ojos caídos de color marrón, severas marcas de acné brotado en su juventud (antes de entrar a la secundaria, su cara parecía la de un leproso) que le dejó unas marcas como el cráter de un volcán. Una nariz picuda y un mentón que parecía un caballo. Portaba la llamada <<curva de la felicidad>> debido a su grata afición por grandes jarras de cerveza fría, tibia o caliente; la comida y el sedentarismo. En la cabeza manifestaba unas entradas y el empobrecido pelo que quedaba, era como nieve en una montaña.

Los conducía por el pasillo del ala este de la mansión de estilo colonial, ubicada a las afueras de Richmond, Virginia. Por un largo corredor iluminado por lámparas de pared antiguas, el pequeño observó cuadros con caras familiares; —algún día, tú estarás en la pared—espetó su padre.

Sus ojos comenzaron a humedecerse, a cristalizarse como un vidrio ardiendo a máxima temperatura. Aquella expresión de felicidad que reposaba en su angelical rostro, se convirtió en profunda tristeza. Aunque no entendió nada de lo que sucedía, ni lo que estaba por suceder, el horror de contemplar a esas personas montando a caballo, portando una capa de reyes y sujetando una lanza afilada en cuya punta atravesaba una cabeza de niño, lo hizo pensar que él, podía llegar a ser uno de aquellos niños.

Continuaron hasta llegar al final del corredor, giraron a la izquierda y bajaron tres peldaños, en donde se hallaba una instancia con un letrero que rezaba en latín: *Ne intraveris* (no

entrar).

Robert agarró el pomo con los dedos anular, índice y pulgar, dejando el pequeño levantado para no rozar su anillo de oro y diamantes de *gran maestre*, —quería más al anillo que a nada en el mundo—. Según sus propias palabras: <<Me hace superior al resto de los mortales>>. Un anillo que destellaba como los rayos de sol y que más adelante, acabó en los dedos de otro. Dos bustos de los abuelos de Thomas decoraban la solitaria y álgida sala. Desprovista de ninguna ventana y con un olor intenso a lacrado que, para el pequeño, no fue nada agradable. Entre aquellos dos bustos, una puerta que lo llevó a su primer descenso hacia el abismo.

Robert presionó el interruptor que se hallaba detrás del busto de su padre, Charles Fooreman II. El mecanismo rudimentario hizo girar unos engranajes. Un chirrido igual al producido por rozar un cuchillo contra una botella, resonó en la desolada sala.

La puerta de madera se deslizó hacia la derecha.

Un humo denso, grisáceo, asfixiante; un olor a mierda y algo más, surgieron del subterráneo. Ese *algo* más, era el olor de los cadáveres putrefactos de las personas asesinadas que flotaban por un riachuelo de agua fecal, engendrando en Thomas una sensación de condenación eterna con tan solo diez años. Robert con voz aguda pero vigorosa, dio la orden de bajar las escaleras de piedra. Encendió una antorcha con un viejo *zippo* que sacó del bolsillo derecho del pantalón; la brea que impregnaba la antorcha se hallaba húmeda y pegajosa, significado de que los rituales en la mansión de los Fooreman, nunca cesan. Entre ratas y gusanos, descendieron los treinta peldaños que encaminaron a su castigo la noche del 25 de octubre del 52.

A mitad del descenso, un asustadizo Thomas escuchó unas voces familiares profiriendo un cántico inusual, un cántico que jamás había escuchado, un cántico que erizó la fina capa de vello que se estaba formando en sus brazos.

In nomine dei nostri Baal excelsi ...

Según iban descendiendo, aquellas voces se fueron haciendo cada vez más intensas y escalofrantes, poniendo la piel como la de una gallina con tan solo escuchar la entonación de la melodía. Thomas no quiso adentrarse, ni dar un paso más en ese odioso lugar. Preferiría estar con alguno de sus amigos jugando a la pelota en el Olaf Palm, un parque situado a medio kilómetro al norte de su casa, al lado de la taberna del viejo Biff, o leyendo tumbado en el borde de su cama, con los pies colgando, un cómic de su héroe favorito; el señor orejas puntiagudas, como él lo llamaba. Sintió como una de aquellas sucias y peludas ratas de las cientos o tal vez miles que merodeaban por las cloacas, intentaba meterse por debajo de su pantalón, royendo con sus dientes puntiagudos mientras lo miraba con aquellos ojos diminutos de un color rojo fuego.

—No te asustes, solo es una rata, tienes que ser un hombre, vendrán cosas peores— pronunció su madre con una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —interrumpió Robert enfadado.

—Se asusta de las ratas.

—No hay problema, lo soluciono ahora mismo —añadió—. Estúpido crío, siempre haces que pierda mi tiempo.

Robert cogió al roedor por su larga, delgada y puntiaguda cola, y se la mostró a su hijo.

Esta pretendía zafarse de las garras de su captor, intentando morder algún dedo para encontrar su liberación y volver a roer el pantalón del pequeño Thomas. Sin pronunciar palabra, el progenitor partió el cuello de la rata con sus manos, ¡crack!, se escuchó con exaltación. A continuación, arrancó la cabeza y con el cuerpo mutilado y chorreando sangre, lo untó por la cara de Thomas.

—La próxima vez, hago que te comas la cabeza —expresó Robert limpiando la sangre contra el pantalón de su hijo.

Thomas quedó horrorizado, paralizado por el cruel acto de su padre. Cuando se quiso dar cuenta y su mente se repuso ante tal descabellada acción, perpetrada por quien él creía que jamás lo haría daño, se hallaba en una cámara lúgubre y húmeda a diez metros de profundidad en la cual, aparte de ratas e insectos, se podía contemplar esos restos humanos flotando por el riachuelo de agua fecal: cráneos, esqueletos o incluso cadáveres pasando a la fase de descomposición.

Aquellas voces familiares que atemorizaron al pequeño y a cualquiera que estuviera en su pellejo, resultaron ser tíos, primos y allegados de la familia. Un total de quince personas ataviadas con cogullas de color negro, se encontraban sucumbidas alrededor de un pentáculo, bajo la influencia de aquel hipnótico cantar.

Robert dejó apartada a su mujer e hijo y se dirigió al solitario mueble que había; un armario de roble macizo del cual, nadie sabía su procedencia, tan solo estaba en el lugar cuando Robert compró la casa. Según la leyenda que le contaron, la casa perteneció a un misterioso alquimista que, mediante la magia negra y el ocultismo, quiso ser el mismo demonio. Las malas lenguas de los pueblerinos —sobre todo la lengua viperina del anciano Jasper Jackson— decían e insistían con firmeza que lo consiguió sin embargo, aquel poder, aquella energía que las fuerzas oscuras le estaban dando, lo hizo explotar como un balón al inflarlo demasiado. Eso es lo que contaban los pueblerinos a los extranjeros a cambio de unas monedas.

Robert abrió el mueble y sacó dos túnicas más. Thomas contempló atónito a quienes eran su familia. Un primo suyo de dieciséis años llamado Jack, de pelo mugriento, dientes torcidos de color amarillo mostaza, unos ojos saltones que evocaban una mirada hostil y con fama en la familia de ser un rebelde, ambicioso y sobre todo lo más importante, un envidioso, arrojó una sonrisa al pequeño que no pareció de su agrado. Para Thomas cada vez que se encontraba con a aquel primo llamado Jack, significaba que se avecinaban problemas debido a su carácter violento y su afición por pegar a los débiles y por pegarlo a él .

Los espeluznantes cantares que envolvían cada pared de la cloaca, cesaron de repente; en ese momento Robert y su mujer, se colocaron los ropajes. Los miembros que rodeaban el pentáculo se separaron. Thomas quedó dubitativo, se preguntaba por qué él no llevaba puesta esa ropa tan extraña y todos los demás sí.

Su padre lo sujetó por su delgado brazo, apretando con vigor, lo que le causó un gran dolor y una marca rojiza. Gritó hasta quedarse por poco, afónico. Gritos que se perdieron entre kilómetros de grutas palpitantes, oscuras y llena de almas cautivas en sus paredes. Suplicó a su padre con voz desgarradora, una voz salida de lo más profundo de sus entrañas, que lo soltara. Robert tenía la mirada perdida. Sus labios expresaban una malévola sonrisa y cada vez apretaba su mano con más fuerza.

No conocía los ojos que su progenitor detentaba. Jamás había visto esa mirada, esos ojos marrones abiertos como ensaladeras, se clavaron en los ojos entristecidos de Thomas. Robert

había entrado en un trance sugestivo. Los cánticos volvieron a resurgir a iniciativa de su padre.

In nomine dei nostri Baal excelsi ...

Seguido, lo lanzó al círculo sin mostrar ningún signo de cariño ante el pequeño e inocente niño. Aquél primo llamado Jack se acercó hasta él y empezó a descargar la mano contra su cara, marcando la enorme palma para después, descargar una serie de puñetazos en el estómago.

La cara se llenó de moratones, una nariz torcida y rota en la cual, la sangre derramada se mezcló con la del roedor. Dos familiares se aproximaron hasta ellos con la mirada puesta en el suelo y susurrando unas palabras. ¿A caso sería los cánticos? ¿O quizás otras palabras no conocidas? Nadie lo sabe. Sujetaron a Thomas de pies y manos, lo tumbaron boca abajo y le bajaron los pantalones y la ropa interior.

—Todo tuyo —mencionó uno de ellos a Jack.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando esto —dijo acariciando con suavidad la entrepierna de Thomas.

Aquel primo poseía la misma mirada hipnótica que Robert, una mirada que Thomas no tardó en aprender e incluso, llegar a perfeccionar con el paso del tiempo.

Jack se desabrochó la bragueta, se bajó los pantalones y esos calzoncillos blancos con el frente amarillento y el trasero marrón. A continuación, se tumbó encima de él y le mostró aquellos dientes superpuestos color mostaza. Dejó caer un espumarajo asqueroso sobre su rostro.

Le acarició el pelo como si fuese un gato asustado, y le soltó una frase al oído con un cálido aliento.

—Es por tu bien, no te resistas, todo acabará pronto.

Su primo tuvo razón, todo acabó pronto. Los cánticos volvieron a interrumpirse. Tan solo se percibía el goteo del agua cayendo desde las grietas hasta un charco, plic, plic..., a las ratas royendo alguna tubería, hiiic...

Y los gritos desgarradores de Thomas siendo violado.

—¡¡Ay!! ¡¡Ay!! ¡Déjame por favor!

—Lo siento, pero hay que hacerlo, es por tu bien, ya lo agradecerás...

—Por favor, déjame... —balbuceó Thomas entre sollozos.

—Es por tu bien —volvió a inquirir.

—Papá, mamá, ayudarme... —suplicó.

Los padres no mostraron sentimiento alguno. Ni si quiera su propia madre se apiadó de él. Presenciaron en un estado de *trance* como era vejado su hijo, como ese primo perturbado hizo que Thomas se la chupara cuando le engancho del pelo. Luego, le obligó a arrodillarse para, en unos minutos, volver a meterle el pene en el culo. Una vez acabado, Thomas permaneció en el suelo inmóvil, temblando, con las rodillas puestas en el pecho y las manos tapándose la cara. Pensando quizás, en aquel hombre murciélago de sus cómics.

Su primo lo dejó desvalido, con el culo desgarrado y sobre un charco de sangre causa de la atroz violación. Robert continuaba con aquella cara hipnotizada. Se acercó hasta el círculo, sacó un puñal de acero damasquino con su hoja afilada y comenzó a marcar partes de su cuerpo;

espalda, piernas y pecho. Todo el proceso duró hora y media mientras que a Thomas, le parecieron tres o cuatro horas.

Luego de cuatro días, cuando la situación pasó a un segundo plano y ya nadie se acordaba o no querían acordarse, durante el desayuno familiar, degustando las tortitas con canela y sirope de maíz, ese sabroso zumo de naranja natural que Martha había preparado en especial para su niño, y con las heridas sufridas en el ano bastante curadas, Thomas se atrevió a preguntar a su padre por lo sucedido aquella noche .

Su voz sonó entre cortada.

—Papá, ¿por qué dejasteis que el primo me hiciera eso?

—¿Qué te hizo el primo? —cuestionó su padre de mala gana.

Thomas no se atrevió a contestar. El sentimiento de vergüenza lo culpabilizó a él. Se sintió indefenso, vulnerable como un recién nacido en manos del doctor pero aún así, hizo la pregunta.

—¡Bah! —exclamó su padre ladeando la cabeza hacia la izquierda—. Sea lo que sea, habrá sido una pesadilla.

Pero no, no fue para nada una pesadilla. Supo a la perfección lo ocurrido. Aunque era un mocoso insolente, como decía su padre cuando se enfadaba con él, supo que había sido todo tan real como la vez que le pegó en el recreo Steve Paterson. Esas cosas se saben.

—No te preocupes hijo, no era real, come un poco —sentenció su madre dándole un trozo de tortita.

Aquellas respuestas no le gustaron nada. Sin embargo, eran las respuestas que los padres están obligados a decir .

—Mañana por la noche, toca tu programación —dijo Robert.

Aquella programación a la cual se refería Robert Fooreman, era el denominado MK-ULTRA; un programa desarrollado por científicos de la *orden* . Los métodos eran sádicos y su único propósito era traumatizar a la víctima. La creación de una mente esclava que pudiese ser activada en cualquier instante y circunstancia, era lo que la *orden* llevaba buscando un largo tiempo. Comprende los elementos de abuso en el ritual satánico y el desorden de personalidad múltiple.

Los denominados monarcas eran utilizados por varias organizaciones relacionadas con la élite mundial, a quién fue vendido el programa por una suma de dinero bastante considerable; militares, esclavitud sexual, industria del entretenimiento... No todos los monarcas estaban dentro de esas deplorables industrias. También se hallaba gente normal, gente que se ganaba la vida con honradez pero que, sin saberlo, eran víctimas pasivas de aquel programa por medio de distintas herramientas como: la televisión, radio, prensa, una valla publicitaria, un letrero en un súper mercado.. .

El libro de los muertos de los antiguos egipcios y varios textos sumerios, fueron la clave para ese control. Los monarcas se activaban con un mandato en el cerebro. Podía ser con una palabra, un gesto o un símbolo. En el momento de su activación, ya no había marcha atrás. El alma de ese ser humano caía en el caldero del fuego eterno.

2

La programación de Thomas fue realizada en el hospital mental bautizado como Byberry, en Filadelfia, Pensilvania. El lugar había sido con anterioridad una granja de trabajo parecido a los campos de concentración nazis y ahora, reconvertido en institución mental, albergaba a más de siete mil pacientes todos con fases altas de locura, desequilibrios emocionales y personalidad múltiples.

La noche se hallaba oscura y fría. Una espesa niebla electrizante envolvía aquel inmenso psiquiátrico, dando un toque perturbador, de película de terror de las catalogadas como serie B; de bajo presupuesto, malos actores y en las que al principio siempre muere la chica rubia y tonta de las tetas grandes. Robert aparcó el coche en la entrada principal alrededor de la una. El silencio era inquietante. Solo se veía truncado cuando se escuchaba el delicado silbar del viento golpeando las hojas de los árboles, el graznar de los cuervos posados en las ramas y algunas veces, —cuando los enfermeros hacían su supuesto trabajo—, los gritos agonizantes de los dementes pidiendo clemencia. A su alrededor, el sombrío bosque.

Aquel tétrico edificio se hallaba por poco en ruinas. La vegetación se había adueñado de la fachada cuyas raíces, habían penetrado por cada una de las cavidades de los muros. Grandes enredaderas colgaban desde las ventanas, la gran mayoría rotas por alguna pedrada de algún grupo —de niños sin educación— o porque un enfermero había roto el cristal con la cabeza de algún demente. El musgo crecía sin parar por todo el manicomio. Ya no se distinguía lo que una vez fue el hormigón. En la azotea, las aves habían anidado en los conductos de ventilación.

Thomas estaba llorando. Imploró una y otra vez no querer estar en ese lugar. Una bandada de chupa sangres que pasó volando, fueron a por él sin compasión. Algunos se posaron con esas zarpas diminutas en el cuello, los brazos y la cabeza. Thomas sintió como el chirriar de aquellas ratas voladoras se insertaba en su oído. Agitó los brazos de abajo arriba y de izquierda a derecha para sacudirse, escabullirse, pero fue imposible. A partir de aquel instante, no volvió a leer un cómic del hombre murciélago.

—Sé un hombre, compórtate y no me dejes en evidencia —expresó su padre pegándole en la cara con la mano.

Entre lo profundo de la negrura, caminaron por los arbustos hasta un camino que se dirigía a la entrada principal. Padre e hijo no anduvieron solos. Iban acompañados por los graznidos de los cuervos sobre sus cabezas a cada paso que daban. Los graznidos de aquellas bestias de plumaje atezado, amedrentaron a Thomas que, con el miedo en su cuerpo, intentó aferrarse a la pierna de su padre; <<¡¡No más pajarracos no!!>> gritó con fuerza. Sin embargo, para —avivar más la tristeza y el miedo—, Robert empujó con su codo para que eso no pasara. Cada vez que Thomas intentaba arrimarse era parado por el codo de su padre, seguido de una mirada de asco. No quería tener un hijo cobarde y llorica, no quería tener a ese bebé mocoso insolente, quería un hombre fuerte —¿Qué clase de padre quiere que su hijo sea convertida en un hombre con tan solo diez años?—. Solo la maldad de Robert Fooreman podía contestar a esa

pregunta. Subieron los escasos escalones que les separaban de una puerta sin ventana, sin pomo, pintada de un blanco que con el tiempo había perdido su color, convirtiéndose en amarillenta. Robert llamó con un golpe de nudillos y un guardia con cara de tener pocos amigos abrió. Los alaridos de los dementes se escuchaban romper las paredes del interior.

Thomas en un estado despavorido pero con la curiosidad que caracteriza a un niño cuando lo prohíben ver algo, no pudo resistir la tentación de mirar, apreciando casi al final del pasillo a un interno sentado y sosteniendo su consumida espalda en la pared.

—Qué quiere —El guardia miró a cada lado nervioso —,aquí no se puede estar. Lárguese —dijo con firmeza.

—Venimos a ver al doctor Harry Monroe.

Se hizo una pausa. Los grillos comenzaron su canto nocturno.

—Su nombre.

—Robert Fooreman .

Sacó una hoja pequeña del bolsillo. Un listado con nombres.

—Puede seguirme.

El guardia los encaminó por un estrecho recibidor con habitaciones a cada lado. Algunas de las puertas se hallaban abiertas, otras en cambio, estaban desencajadas del marco, medio rotas por los golpes de los enajenados cuando la locura abordaba en sus desequilibradas mentes. Padre e hijo presenciaron el horror de aquellas víctimas además de las salvajadas que los enfermeros les hacían. Thomas sintió otra vez la necesidad de mirar por una de aquellas puertas. No le bastó con observar al demente en la pared, quiso saber más.

Con el rostro fascinado pero conservando el miedo en el cuerpo, en la segunda habitación de la derecha, contempló mediante una pequeña ventana de metacrilato, un interior lleno de pintadas y a un interno continuando en la pared de la izquierda, algo que él decía ser su obra más pintoresca. En ambas paredes había dibujado cruces en todos los colores, el ojo de Horus y frases en negro que decían: *El poder de dios está cerca* . En el suelo se podía ver un colchón podrido, un cubo para la orina y las heces. El interno a quien los enfermeros llamaban el Van Gogh, estaba terminando una frase en color rojo, una frase con tintes apocalípticos.

El final está cerca . Todos moriremos .

—¡Eh van Gogh! —exclamó el guardia.

Este se giró sin contestar y mostró el dedo índice de la mano derecha manchado de rojo.

—Saluda a nuestros invitados.

Levantó el brazo izquierdo y sacudió el antebrazo de arriba abajo en forma de saludo. Thomas se acordó de un saludo que un payaso le hizo cuando salió con sus padres de un circo en el estado de Maine. Aquel payaso de cara blanca, nariz roja, sonrisa oscura y que vestía una camisa plateada con tres pompones de color naranja, lo saludaba y hacía gestos con los dedos para que fuese; —¿acaso sería Ball?—. Podía haber pensado. Esa misma noche, el payaso lo dejó sin dormir. Soñó que cientos, miles de payasos salían de los rincones de su habitación para después, postrarse en su cama como amantes despechadas y pintarle una bonita y divertida sonrisa de payaso con su propia sangre .

—Continuemos, dejemos a este loco pintando —expresó el guardia.

Las bombillas de las lámparas tintineaban. La sangre del piso superior descendía por la pared como gotas de agua para acabar en los viejos cables ajados que recorrían el interior, haciendo saltar chispas por el pasillo. Los tablones de madera del suelo puestos en los agujeros donde alguna vez estuvo el cemento sobresalían; habiendo que tener mucho cuidado para no hundir el pie en un clavo oxidado. Thomas experimentó en los ojos el hedor a heces, orina y vómito que inundaba cada insignificante rincón del detestable psiquiátrico cuyas paredes abordaban a la locura y al suicidio.

Anduvo hasta el ascensor con la tranquilidad que aquel guardia le proporcionaba. Para Thomas saber que llevaba una porra y podía usarla contra cualquiera que intentara atacarlo, le facilitaba esa tranquilidad destruida y que tanto necesitaba. Cuando pasaron por el interno que había descubierto en la puerta principal, Thomas paró para observarle. Las moscas sobrevolaban su raquítico cuerpo, los gusanos y las cucarachas le subían por los pies hasta introducirse en la boca. La piel de la frente se le caía a pedazos, los pómulos y la barbilla se hallaban agrietados, bien pudiera ser por la enfermedad que tuviese o por algún golpe de los enfermeros. Un ojo, el izquierdo, se le iba a los lados; una especie de bizquera pero con más agresividad. Con la mano derecha sujetaba su dentadura con la que jugaba y en la otra, un manojo de pelo arrancado de su cabeza.

—¿Quieme me te la upe? —balbuceó el enfermo.

—¡¡Calla!! —exclamó el guardia asestándole una patada.

El interno soltó una pequeña risa que se perdió en el pasillo.

De repente, cuando todo parecía normal y se disponían a seguir, el demente se lanzó a las piernas del pequeño, le agarró los pies y frotó la cara contra estos. Dejó un rastro de babas de un color entre grisáceo, rojo y negro entre los bajos del pantalón y las zapatillas de Thomas. Robert al igual que el guardia, comenzaron a patearlo en estómago y espalda. Al soltarlo, sonrió a Thomas y le mostró la infección que rondaba su boca, una boca llena de llagas y pústulas de pus. A continuación, siguió con sus juegos perversos.

El guardia accionó el botón que llevaba a la -1. Cuando salieron se encontraban en un pasillo donde los empleados llamaban: El corredor del bienestar. Era parecido al recibidor, sin embargo, en comparación con el primero, era más salvaje. Si arriba tenían unas luces que parpadeaban, aquí tan solo un plafón colocado en el centro daba una luz perezosa a todo el pasillo.

Los internos se hallaban amontonados en el suelo del pasillo, bocabajo, apilados unos encima de otros, atados de pies y manos, rodeados de sus fluidos y abandonados a su suerte mientras las moscas, revoloteaban para pararse y succionar la ponga sangre que quedaba en sus infectados cuerpos. Los paneles del falso techo estaban arrancados, dejando al aire los cables con telarañas, tuberías y conductos de ventilación. La escayola de las paredes se desquebrajaba a cada paso que daban. Según caminaron por ese corredor del *bienestar*, a la derecha observó diez habitaciones.

Sola una estaba abierta.

El guardia entró en la habitación. En ella se estaba el doctor Monroe, director de la institución y eminente psiquiatra con más de tres mil personas asesinadas a su espalda, algo de lo

que se sentía orgulloso; todo un récord solía comentar. A su lado, dos enfermeros y una enfermera. Robert y su hijo quedaron en la puerta, curioseando el trabajo del doctor.

Aquella habitación era espeluznante. Los azulejos blancos de las paredes y suelo estaban teñidos de sangre. Tenían una mesa rodante de hierro de dos pisos donde en la balda superior, se hallaban toda clase de artilugios para operar: un par de sierras, *fórceps*, escarpelos, agujas, una sierra circular eléctrica...

Retenía a un interno encadenado a una camilla, con una mascarilla en la cara que expulsaba una ligera anestesia que lo dejó adormecido, pero sin llegar a estar inconsciente. Sentía todo lo que el doctor estaba haciendo sin embargo, no podía mediar una palabra o un alarido de dolor. Lo intentó pero no lo consiguió. La boca la tenía abierta, ladeada hacia la izquierda, con la baba colgando y unos ojos sin pupilas que daba grima al verlo. No había luz; nada más que una lámpara enfocaba dirección a la cara.

—Doctor... El señor Fooreman está aquí —pronunció el guardia con tono serio.

El doctor miró a Robert.

—Que espere donde están —añadió—. Enseguida acabo.

El doctor bajó la visera de sus gafas protectoras (cuántas muertas habían contemplado ese trozo de plástico) y agarró con sutileza el taladro de la segunda balda. Insertó una broca de cinco milímetros, encendió la herramienta y taladró la parte parietal del cráneo. Un chorro de sangre y trozos minúsculos del cráneo salpicó en su visera. En seguida, con una amoladora, separó el parietal dejando al aire el cerebro. Según tocaba el doctor aquella masa encefálica, el paciente impulsaba sus extremidades.

El último toque lo mató.

—Ha muerto, descuartizarlo y quemarlo en la caldera.

Los enfermeros se llevaron el cadáver. La enfermera se marchó y el doctor, acto seguido de quitarse los guantes y las gafas protectoras, fue directo hacia padre e hijo.

—¡Robert! —exclamó dándole la mano—. ¡Cuánto tiempo!

—Doctor, un placer volver a verle —dijo devolviendo el saludo—. Este es mi hijo, Thomas.

—El que va a tener su programación.

Thomas se aferró con fuerza a la pierna de su padre. Su visión estaba en la bota manchada por la sangre del demente .

—Comencemos cuanto antes —añadió—. No perdamos ni un segundo. Robert puedes irte, ahora es nuestro.

—Vendré a buscarte al acabar, sé un hombre y haz caso al doctor.

Robert Fooreman se marchó dejando al doctor conduciendo a Thomas hasta el ascensor. Sacó una llave rectangular, metálica, parecida a una tarjeta de crédito pero más pequeña, y la introdujo en la ranura de la -2. Activó el botón y descendieron tres metros más.

La puerta se abrió dando paso a un pasillo con una iluminación inmejorable. Las paredes se hallaban pintadas en blanco, sin la escayola desquebrajada y sin una gota de sangre en paredes o suelo. Aquel corredor de veinte metros de longitud, poseía nada más que tres habitaciones.

Thomas iba cogido de la mano del doctor. Lo trasladó hasta la habitación 407. Para llegar hasta la sala, antes tuvieron que pasar por la llamada: sin número, llamada así por no tener un número de identificación y no salir en los planos. Había un sujeto sentado en una silla, un conejillo de indias con quien estaban experimentando la visión remota. Tenía puesta una diadema en la cabeza llena de cables conectados a un monitor, los ojos cerrados y las manos apoyadas en una mesa blanca. Delante suya un trípode y una cámara de video.

Enfrente se hallaban dos hombres. Uno era un doctor y el otro, un señor a quién se le conocía como Axelrod. Aquel señor vestía de negro y unas gafas de sol que no se quitaba nunca o por lo menos, durante todas las sesiones, jamás se las quitó.

Todos los trabajadores del psiquiátrico siempre le habían visto con ellas y según sus comentarios: Era perturbador. Plantó un maletín encima de la mesa, lo abrió y sacó un trozo de papel.

El sujeto abrió los ojos.

—Ahora quiero que vayas a estas coordenadas: 50° 48' N 163° 54' E.

Comenzó a entrar en una especie de sugestión, a <<viajar>> con su mente hasta la ubicación situada en la cara oculta de la luna.

—¿Qué ves? —preguntó el hombre de negro.

—Veo senderos con marcas de algún tipo de vehículo, un cráter con una bruma polvorienta de color verde, iluminado por hileras de luz artificiales, montadas en grandes torres y unos seres horribles parecidos a una mantis gigante.

—¿Qué hacen esos seres?

—Pasean por la superficie, trabajan perforando una mina y drenando un lago en un cráter, espera —añadió—. Dos me están mirando ahora.

—¿Tú qué estás haciendo?

—Parado en un cráter, al lado de la instalación.

Sin previo aviso, comenzó a ponerse nervioso y se frotó las manos contra el pantalón.

—¿Podrías entrar?

—Creo que sí.

Ante aquella pregunta de Axelrod y todas las demás que al doctor parecieron no importarle mucho, cerró los ojos y se concentró todavía más. Thomas continuaba agarrado de aquella mano peluda y sudorosa del doctor. Asustado pero sin quitar aquellos ojos marrones de todo lo que sucedió. Aquel sujeto con la cabeza rapada y vastas quemaduras en sus sienes, comenzó a dar sobresaltos. Su cuerpo convulsionaba y el cuello, se hinchó formando una vena horrible, repugnante. Gritó hasta que no pudo más. De sus orejas y nariz botaba sangre sin cesar .

En una de las sacudidas, el sujeto se arrancó la camisa. Su corazón palpitaba rápido y tan vigoroso, que parecía salir del pecho. Un bulto enorme, como la panza de una embarazada en el último mes de gestación, surgió en su vientre. Se movía con lentitud, en círculos, como un pez en la pecera golpeándose contra el cristal. De repente, ante el asombro del pequeño, aquel bulto dejó de moverse.

Una garra con tres dedos y largas uñas, atravesó el pecho del sujeto, enseñando a los

asistentes el pulmón ensangrentado que mantenía en su garra. Ni el doctor ni el hombre de negro conocido como Axelrod se inmutaron, tomando una actitud apática, sin importarles aquella barbaridad.

El primero hizo anotaciones en la hoja que llevaba.

El segundo recogió el maletín y la cinta de video.

—Tiene que trabajar más la visión remota —pronunció Axelrod.

—No conseguimos que pasen inadvertidos.

—Tiene tres meses más para conseguirlo.

—¿Tres meses? Eso es poco tiempo —dijo el doctor sorprendido .

—Eso dígaselo a los de arriba...

3

Una vez que pasaron a la habitación 407, seguido de un par de minutos, entraron dos programadores. Las paredes al igual que el suelo y la camilla, estaban cubiertas de un plástico transparente; —parece que estamos dentro de un condón; siempre haces la misma gracia y aún así me río ja, ja, ja— solían bromear los programadores. Una mesa con un ordenador y electrodos se hallaban a la derecha de la camilla. No había ventanas. Un conducto de ventilación bombeaba oxígeno.

Antes de irse, el doctor otorgó las directrices. No sin antes echarles una reprimenda por su conducta poco profesional, y eso salió por la boca de un asesino que dirigía un auténtico infierno. El segundo programador era el más joven y quien hacía todo el trabajo. Se incorporó al puesto debido a que era sobrino del director. Al principio solían ser más permisivos, cuidando al paciente, aunque a medida que el tiempo avanzaba, se hacían más perversos. Lo tumbó en la camilla y lo ató de pies y manos.

Al lado de Thomas, recostado en la silla y con ganas de disfrutar como un indefenso niño se moría de miedo, se encontraba el primer programador; un hombre con alopecia, de orejas grandes y separadas, lo observaba con ojos pérfidos.

—Ahora te introduciré despacio este utensilio por la nariz —dijo el segundo programador.

—¿Cómo despacio? —interrumpió el primero con una sonrisa.

—Señor, es un crío.

—Da igual, tú hazlo.

—Lo siento —le susurró al oído.

Introdujo el utensilio con vigor. Una pinza para enderezar tabiques, pero en este caso, lo incrustó por pura diversión. Unos chillidos desgarradores salieron de aquel débil muchacho que intentó patear sin embargo, a su pesar, los amarres lo tenía bien sujeto. La sangre rezumó del orificio nasal hasta introducirse en su boca. Para el primer programador, la escena le fue de lo más cómica; ver como alguien indefenso se atragantaba con su propia sangre satisfacía los deseos de una mente retorcida.

—Deja, veamos cuanto aguanta, ja, ja, ja.

—Señor, si muere nos castigarán —añadió—. Recuerde de quién es familia.

—Acabas de fastidiarme el entretenimiento. Dale electrochoque.

Retiró el utensilio que le estaba haciendo polvo el tabique. Pegó dos esponjas mojadas en cada una de su sien y puso los electrodos en la esponja. Encendió la máquina y giró la rueda del voltaje hasta diez. Thomas experimentó pequeñas descargas que de momento pudo aguantarlas. El tratamiento se debía para quemar poco a poco el cerebro, causando traumas al paciente.

—Sube más la potencia —bramó el primero.

Giró la rueda pasando de los diez voltios hasta veinte. Thomas convulsionó. De su boca salía espuma, los dientes le repiqueteaban y los ojos se daban la vuelta como una muñeca puesta boca abajo. Sus sienas emanaban un humo blanquecino con olor a pollo frito .

—Para.

Apagó la máquina y retiró los electrodos. Después, el segundo programador volvió a pegar los electrodos a los genitales imberbes del niño. El voltaje que utilizaron esta vez aquellos programadores, iba a ser el mismo, en cambio, el primer programador, giró la rueda hasta el treinta. Thomas se desmayó. Su piel mostraba quemaduras y un tono blancuzco y escamoso. Antes de pasar a la segunda sala, lo examinaron. Sus constantes vitales se habían reducido. Analizaron el hígado, pulmones y riñones. El análisis declaró estar todos intactos. El corazón funcionaba con normalidad, salvo el ritmo cardíaco, bastante lento.

—Ponle la inyección —dijo el primero.

El primer programador sacó un puro del tercer cajón del escritorio y lo encendió, sin importar tener a Thomas en aquel estado. Dio una calada y echó el humo en la cara del niño que, a causa de su estado, ni tosió. El segundo fue hasta el armario. Abrió la puerta y lo encontró en una esquina. Tumbada en una esponja dura de color negro, hecho a medida, estaba la jeringuilla con una pequeña dosis de una sustancia roja y una pegatina que ponía: Adrenalina. Lo agarró y dejó el armario entreabierto.

Con el dedo anular propinó unos toques a la jeringuilla. Expulsó el aire para no inyectárselo y con ambas manos, lo clavó en el corazón. Thomas se sobresaltó con brusquedad, gritando y pateando. Tuvieron que sujetarlo hasta que se tranquilizó.

La terapia aún no había acabado.

Del mismo armario, el primer programador sacó una pequeña radio. Le enchufó unos casos y la primera emisora que sintonizó, la puso a todo volumen. Era una emisora de música clásica. La pieza que estaban dando, no era nada más y nada menos que el *Concierto de estío para violín y orquesta* del maestro y compositor español, Joaquín Rodrigo. Luego de la supuesta *tortura* melódica de aquel compositor hispano, pasaron a la segunda terapia.

—Lo has hecho muy bien —expresó el segundo.

Eran las tres y media de la madrugada cuando la segunda parte se llevó a cabo en la habitación 408. Era la habitación llamada: sala de cine, en donde se le realizó a Thomas una terapia de aversión a base de drogas e imágenes. El encargado de administrar las imágenes fue el doctor Henry Houb. Llevaba más de treinta años al servicio de la *orden* , suministrando duras escenas tanto a hombres, mujeres y niños. Los programadores dejaron la camilla a un lado —Ahí te quedas— dijo uno de ellos. Se marcharon dando un portazo. El doctor subió la camilla hasta colocarla en posición vertical. Del cajón de su escritorio, sacó una diadema con unos fórceps para los ojos con el fin de mantener los ojos de Thomas abiertos.

Bajó una lona blanca del techo y encendió el proyector que estaba encima de una mesa auxiliar. Rebuscó en una vieja caja desgastada llena de diapositivas, cuál sería la más adecuada para intimidar al paciente; en este caso, un inocente niño. Algo estaba cambiando en el cerebro de Thomas. Sintió que ese *algo* lo haría más fuerte —y a su vez, poco a poco lo convertiría en un ser despreciable—. Ya no pensaba en su héroe favorito que luchaba contra el crimen con traje,

capa y capucha de murciélago, ni tampoco tenía la mirada dulce de antaño. La programación, unido a que recordaba a la perfección aquella noche en que fue violado, lo estaba convirtiendo en algo oscuro.

—Bueno... Qué podemos ponerte para empezar... —dijo hundiendo la mano hasta el final del la caja—. ¡Ah sí, esta! ¡Te pondré la mejor! —expresó el doctor.

Extrajo una diapositiva y la puso en el proyector. La primera imagen que apareció fue una violación de varios hombres a una niña pequeña.

—Contempla pequeño lo mejor de la *orden*.

Nada más introducirse la imagen en las pupilas de Thomas, comenzó a entrarle una furia interna, cerrando los puños y encogiendo los dedos de los pies. <<Si tuviese a mi primo o a mis padres los mataría sin contemplaciones>> pensó. De seguido, le facilitó para comer un dulce; un pequeño bollo relleno de chocolate, parecidos a los que su madre le compraba de pequeño en una pastelería de Hollywood Boulevard, los Ángeles. Las imágenes pasaban si cesar como sus pensamientos psicópatas hacia sus padres y sobre todo, el primo Jack; violaciones, robos, palizas, asesinatos... Cualquier imagen relacionada con el mal, en palabras del doctor Henry Houb, era bueno para el niño.

La terapia duró más de media hora. Concluida, el doctor soltó la frase que dice a todos al terminar:

—Lo has hecho muy bien, la *orden* está orgulloso de ti.

La finalidad de esta terapia según el doctor, era asociar al niño con el modelo estímulo respuesta. Para lograrlo, utilizaba las drogas y los dulces como refuerzo. El niño asociará el mal con la felicidad. Los enfermeros trasladaron a Thomas a la primera planta. Venían bromeando entre ellos.

El enfermero llamado Still, un lampiño de veinte años, con el pelo peinado hacia atrás y envuelto de gomina, parecido a la cresta de una ola, se quejaba a su compañero, un hombre de cuarenta años llamado Jessie, de picores en la zona púbica.

—No tenías que haberte follado a esa *stripper* —mencionó Jessie.

—Ya —Se rascó la entrepierna al recordar—. Pero estaba muy buena, y como lo hacía, como meneaba ese culito ja, ja, ja.

—¿Vas a quedar con ella otra vez?

—No, ha sido de usar y tirar, una zorrilla más en mi lista, y menos con lo que me habrá pegado —comentó Still mientras seguía rascándose por dentro del pantalón.

—Nunca aprenderás, deberías casarte y tener un par de críos, así se acabaría tu afición por las putas y las enfermedades venéreas.

—¿Y acabar cómo tú? ¿Con una exmujer que se tira a todo el que entra por su puerta? ¿Gastándose la pensión que la pasas en caprichos? Sin mencionar que no te deja ver a tu hijo. No, gracias. Prefiero mi vida.

—Tienes razón, la muy perra me ha dejado sin nada.

—Deberías salir conmigo una noche, disfrutar un poco de la vida, unas copas, unas rayas y un poco de juerga.

—Eso y pillar unas veneras ja, ja, ja.

—Todo es posible...

En aquel pasillo en donde encontró al demente sin dientes y al pintor conocido como Van Gogh, en el final, en una esquina de aquel lugar de enajenación, —si aplicabas bien el oído, podías escuchar los vientos de locura que soplaban adentro— se hallaban diversas jaulas donde metían a los niños durante días o semanas, desprovistos de comida y agua. Apoyado en una de esas esperaba el director del psiquiátrico, el doctor Monroe.

—Te encerraremos tres días como a un perro —alegó Jessie.

Lo tiraron adentro de una patada en la espada y cerraron con llave. El doctor la guardó en el bolsillo de la bata y junto a los enfermeros, se alejó soltando carcajadas. Thomas quedó agarrado a los barrotes de aquella angosta jaula, chillando, llamando desesperado a su padre, con una voz ahogada por el llanto y sacudiendo unos barrotes que apenas se movían...

Pasado varios días, lo sacaron. La vida había continuado mientras Thomas se pudría en aquella jaula. Sus padres siguieron con los rituales y las orgías descontroladas en la mansión. Entre mujeres, hombres y preservativos usados, casi ni se acordaban que tenían un hijo —en realidad, esa era la vida que quería Robert y su mujer, una vida sin mocosos a los que cuidar—. En el fondo, Robert Fooreman no quería tener hijos, pero la estirpe tenía que continuar. La pestilencia a vomito, orina y heces penetraron en las narices de los enfermeros antes de abrir.

—Asco de niño, seguro que está muerto —dijo Still.

—Esperemos que no.

—¿Y a ti, qué más te da?

—Míralo, es un niño.

—No debemos mostrar sentimientos con los pacientes, ¿ cuánto hace de tu último refuerzo?

—Seis meses.

—Hablaré con el doctor Monroe, no debes mostrar empatía.

Encontraron a Thomas en un rincón arrodillado, meciéndose sobre sí mismo y manchado por sus fluidos, con la mirada perdida y la boca abierta. Los gusanos y las cucarachas le subían por el cuerpo hasta introducirse en la boca, al igual que a su *amigo* el demente. Los vómitos todavía caían a su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Jessie.

No respondió, solo miraba el acero frío de los barrotes de esa jaula que era su cárcel.

—Estúpido crío —mencionó Still agarrando su exhausto brazo.

Lo llevaron ante el doctor. En el despacho estaban él y su padre.

—Robert, aquí tienes a tu <<hombre>>.

—Tiene buen aspecto.

—Se ha portado muy bien.

Salieron al exterior a las nueve de la mañana. La oscuridad que tanto abrumó al pequeño, se había convertido en un día espléndido con ligeras nubes blancas en el cielo, como trozos de algodón y un sol brillante donde sus rayos, se reflejaban en el agua de un estanque. El graznar de los cuervos que los acompañó por la noche había cambiado a risueñas melodías de pájaros. Ya no había murciélagos sino ardillas que subían a los árboles en busca de bellotas. Montaron en el coche y regresaron a casa. En el trayecto Thomas no mencionó ninguna palabra, ni miró a su progenitor, solo iba cabizbajo esperando llegar a casa. Su padre preguntó qué tal lo había pasado; para Robert, la programación era comparaba con un fiesta infantil de cumpleaños, aquella comparación solo se podía esperar de Robert Fooreman.

Robert estaba bastante orgulloso de su hijo. Iba a seguir los pasos familiares, en cambio, aquella misma tarde, todo dio un giro terrible para la familia Fooreman. Nadie más que Thomas supo que pasó por su cabeza.

4

La radio estaba emitiendo la canción de country *Hey good looking* de Hank Williams. Robert se hallaba en el salón de la primera planta, sentado en su sofá de piel, al lado de una escultura con forma de oso disecado que devoraba a un cazador furtivo, comprada en una subasta en Beverly Hills por cinco mil dólares, un precio desorbitado;—fue amor a primera vista— solía repetir Robert a quien preguntase por ella. Tomaba una copa de vino Château Margaux que su mujer le había servido para amenizar la espera. Contemplaba en silencio, con el oído puesto en la canción, a que el reloj de cuco de la guerra civil el cual colgaba de encima de la chimenea, diera las ocho para celebrar una cena con unos amigos.

Después de las siete y antes de las ocho, con la canción *Train Whistle Blues* de Jimmie Rodgers sonando de fondo, Thomas con pasos cautelosos, llegó hasta el salón. Robert se quedó transpuesto a causa del vino, con unos ronquidos tan poderosos que eclipsaron la voz de Jimmie. Derramó la copa por su camisa hasta acabar la última gota en la alfombra —<<mi mujer me mata>>— hubiera pensado. Thomas se posicionó detrás de él y de la espalda, entre el pijama del hombre murciélago que su madre le había regalado por su anterior cumpleaños y la ropa interior, sacó un cuchillo de carnicero. Enganchó a su padre del poco pelo blanquecino que quedaba y tiró hacia atrás, rebanando el cuello despacio, con delicadeza y sin que le temblara la mano. Se mantuvo presenciando como su progenitor iba perdiendo la vida, como agonizaba e intentaba pedir ayuda, balbuceando, atragantándose hasta que, entre pausas, se tumbó en el suelo. Su corazón dejó de latir cuando Jimmie Rodgers terminó la frase:

Ain't got a dime, I don't know what to do...

Con el cuchillo goteando por el pasillo, dejando un rastro de sangre por todo el suelo, encaminó aquellos pasos cautelosos y de psicópata hasta la cocina. Allí estaba su madre, dando los últimos retoques para la cena. Guardó el cuchillo a su espalda y entró. Su madre, sin saber las intenciones que guardaba en la espalda, no se giró para ver al niño, siguió lavando la lechuga y pelando las zanahorias para la ensalada. Martha percibió como su hijo estaba detrás de ella.

—Thomy, sabes que no me gusta que estés aquí mientras cocino. Vete a jugar.

No contestó. Se imaginó así mismo acuchillando a su madre una y otra vez.

Hizo lo mismo que a su padre. Se situó detrás de ella sin embargo, tuvo un inconveniente. Al contrario que con su progenitor, al estar su madre de pie, no llegaba a clavar el cuchillo en el cuello. Aquella dificultad no fue problema para una mente maligna. Sacó el cuchillo y lo clavó en la pierna.

—¡¡¡Qué haces mal nacido!!! —exclamó mientras caía al suelo.

*** *

En el momento que se desplomó de rodillas, con rapidez la agarró por su cascada dorada y cercenó su cuello. La dejó tumbada boca arriba, ahogándose con su propia sangre. Thomas

insertó treinta puñaladas en su corazón, coloreando la cocina de rojo. La cogió por los pelos y la arrastró por todo el pasillo hasta llegar al salón. Una vez allí, puso el cadáver de su madre encima de su padre, al igual que los apilados en aquel psiquiátrico.

Los invitados llegaron pasadas las ocho.

El marido estaba regañando con su mujer en el porche de la entrada por llegar tarde. Recriminaba su conducta con frases como: —Tardas mucho, en estas ocasiones debería ir solo— y más palabras que para la mujer, no eran de su agrado. Llamaron a la puerta principal y al no obtener contestación, lo intentaron por la de la cocina.

Giró el pomo de la puerta pero estaba cerrada. Al hombre le saltó todas las alertas. No era normal que Robert Fooreman no estuviera en casa si recibía invitados, si algo hubiera pasado, habría dado aviso, <<Robert Fooreman no falla, siempre avisa>> pensó dando una patada a la puerta .

La cocina continuaba igual. En la encimera estaban las zanahorias a medio pelar y en el fregadero, la lechuga tapando el desagüe, con el agua cayendo en sus hojas y subiendo el nivel. La pareja halló el charco de sangre al lado de la encimera. La mujer cerró con agilidad el grifo puesto que, un poco más tarde, se hubiera inundando la cocina. El hombre siguió el rastro hasta encontrar a Thomas alrededor de sus padres. Había soltado el cuchillo, estaba arrodillado, las manos apoyadas en las rodillas, la mirada puesta en la garganta rajada de su padre y los brazos en alto, agarrando unos barrotes imaginarios. Al contemplar la grotesca escena, el hombre fue corriendo hasta él. La radio ya no emitía la música de Jimmie Rodgers, ahora se encontraba emitiendo un noticiario.

—¡Qué has hecho desgraciado! —exclamó pegando con el puño en su cara.

No reaccionó ante tal agresión. El golpe lo tendió en el suelo. La parte izquierda de la cara acabó en el charco de sangre.

—Déjale, no le hagas daño —declaró la mujer extendiendo el brazo hasta su marido.

—¿Qué lo deje? ¡¡Más le tenía que dar! !

Volvió a pegarle varios puñetazos en el estómago. Thomas continuó sin reaccionar. Su cuerpo se movía a causa de los golpes pero su mente, estaba inmóvil. El hombre pateó a Thomas con intención de que se levantara, no obstante, la respuesta que obtuvo del pequeño fue un inesperado gesto hacia adelante.

—¿Qué vamos hacer ahora?—inquirió algo nerviosa la mujer—. Si nos pillan investigarán.

—Llama a la *orden* , ellos sabrán qué hacer.

La mujer avisó desde el teléfono que Robert tenía en una mesita, al lado de la ventana que daba a su jardín interior, en donde pasaba largas horas meditando a través de la ventana. Transcurridos diez minutos de colgar, un coche color azul oscuro con tres personas en su interior aparcó delante de la residencia Fooreman. La oscuridad poco a poco estaba emergiendo en una calle solitaria llamada Hampton Street. Las bombillas de las farolas estaban comenzando a iluminar aquella calle fantasmal. Bajaron el conductor y el copiloto; dos hombres jóvenes de alrededor de unos veinte años, vestidos de la misma manera; pantalón de traje negro, camisa blanca remangada y chaleco negro. El conductor abrió la puerta derecha trasera. Una bota de color negro se asomó y se apoyó en el suelo.

Ayudado por el conductor, descendió un hombre ataviado con traje beige claro de dos piezas, un sombrero de ala-corta y sosteniendo un cigarrillo en la mano derecha. Era el capitán de la policía de Richmond, Evan Gates.

Llamó a la puerta con la palma de la mano. La mujer se hallaba en la cocina intentando poner un poco de normalidad. Su cuerpo mostraba un estado justificado de histeria y conmoción por lo sucedido. Abrió la puerta y los condujo hasta el salón. El capitán de nombre Evan Gates llevó la voz principal. Aparte de ser policía, era miembro de la *orden*. Aunque no tenía autoridad dentro, el dinero que le proporcionaban podía satisfacer el tren de vida que lleva con su mujer. ¿Qué no tendrían bajo sueldo?

El capitán examinó la escena mientras daba profundas caladas al medio cigarro, de las que parten pechos.

—Vosotros dos —mencionó a sus ayudantes—. Sacar al niño y encerrarlo en el coche.

—Sí, capitán.

Levantaron a un inmovilizado Thomas y lo encerraron en el coche. Esposado y con un principio de mirada hipnótica en su rostro, la misma que poseía su padre en los rituales. Lo dejaron en el asiento de atrás con media ventanilla bajada como a un perro al que dejan en una soleada y calurosa tarde de julio.

El capitán apagó el cigarrillo y lo aplastó en el suelo con la bota. Recogió el cuchillo, la colilla y se acercó a la confundida pareja.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer —alegó con una sonrisa—. Mis chicos dejarán todo como está. Pondré unas pruebas falsas aquí y allá, me llevaré el dinero y las joyas, forzaremos la puerta y parecerá el típico asalto con robo y asesinato ante los ojos de los demás. ¿Estamos de acuerdo?

Ambos asintieron con la cabeza.

—¿Qué pasará con el niño?

—Pasaré un informe y que se ocupen ellos. Incinerarán los cadáveres y el crío pasará a una familia adoptiva.

—Verá capitán, para nosotros esto es nuevo, jamás nos había ocurrido nada parecido y si no recuerdo mal, nunca había pasado dentro de la *orden*. Lo ocurrido aquí no es normal. Conocemos a esta familia desde hace diez años. No sé qué le habrá podido pasar a este crío por su estúpida cabeza.

El capitán no dijo nada.

Se hizo un breve silencio.

—¿Nosotros, qué hacemos? —preguntó la mujer con ignorancia.

—Sigán con su vida, adiós.

El capitán subió en el coche y se fue. La pareja apreció desde la puerta como el coche se desvanecía en la lejanía de Hampton Street, hasta girar a la izquierda y adentrarse en una carretera de único sentido, donde fueron perdidos de vista.

La *orden* en un consejo de extrema urgencia, determinó que fueran Jacques y Doraimé Lemoine los que adoptasen a Thomas. Otra decisión fue no cambiar el apellido, así la estirpe de los Fooreman podría continuar.

O no.

La familia Lemoine era originaria de Francia, en concreto de la región al sur de Lyon. Parte de la riqueza de los Lemoine se debió a sus antepasados, conllevando a ser propietarios e influyentes de medio país Galo. Durante la guerra napoleónica, la familia, junto a los hermanos Nathan y James, con una hábil y engañosa astucia, habían financiado y ayudado a ambos bandos de la guerra, creciendo así la fortuna e influencia y a su vez, su malicia. Thomas pasó en Lyon la infancia y parte de la adolescencia. A la edad de veinticinco años (quizás algunos menos) su físico había cambiado bastante. Ya no era aquel niño regordete de mejillas graciosas y mirada dulce, no, ya no lo era. Su cuerpo pegó un estirón hasta quedarse en 1,77 metros de altura. La gordura que lo acompañó de niño, ahora se había reducido a un peso de 60 kg (bien pudiera ser por la *natura* o por su adicción prematura a la cocaína) La mirada dulce de ojos marrones se desvaneció entre abusos, rituales, fiestas y cocaína.

Se había transformado en una persona sin alma ni corazón, alguien sin escrúpulos, ambicioso pero no de dinero (tenía demasiado), sino de poder, capaz de pisotear a cualquiera que se le pusiese en su camino. Una persona que pensaba y decía sin pudor, que la clase obrera tenía que trabajar más y ganar menos.

Su mente desechó lo ocurrido con sus padres biológicos. Parte de ello se debió a intensas jornadas de programación durante meses. Su padre adoptivo le enseñó a llevar los negocios, inculcándole que el dinero y la *orden* van de la mano. Lo pusieron de presidente en una compañía farmacéutica donde en la factura anual, el diez por ciento de los beneficios iban a parar a la *orden*, el resto para él. Su padre adoptivo le dejó varios terreros y casas al sur de Francia, España e Inglaterra. Los inmuebles y las posesiones de sus padres biológicos fueron a parar a la *orden*.

Con tan solo esa edad y siendo un hombre rico, exitoso e influyente dentro de la *orden*, decidió vender sus tierras de Francia e Inglaterra, quedándose con las de España. Las de Inglaterra las vendió por el motivo que él más odiaba; siempre está lloviendo. ¿Quién quiere vivir en un lugar en donde sus habitantes ven el sol dos veces al año? Solía mencionar. Con las del país galo, para Thomas fueron las más difícil de vender. No porque nadie se las comprase puesto que cada día se acercaban una o dos personas preguntando por las tierras. Fue por la nostalgia que le daba vender el lugar donde creció. Se quedó con las de la península ibérica situadas en la costa brava, costa del sol y en un pequeño pueblo al este de Toledo, ¿en dónde mejor para vivir que en un lugar donde sus playas son exuberantes, la gastronomía es exquisita y hay fiesta las veinticuatro horas? Esas fiestas en Puerto Banús, encerrado en el baño de aquella discoteca a pie de playa, con el dueño del local poniéndose de cocaína hasta que la nariz no podía más y sangraba y sangraba, pero eso no era obstáculo para continuar. Recordaría en la soledad de su cabeza. Thomas Fooreman amó la cocaína más que a cualquier mujer. Con las ganancias obtenidas de las tierras, la cuarta parte fue destinada a la *orden* y el resto, lo invirtió en el negocio de las armas en Sudamérica y Oriente medio.

Cuando Thomas cumplió veinte años, contrajo matrimonio con la señorita María Nackid. María fue una mujer que nació dentro de una orgía salvaje de una pareja que no sé conocía y al enterarse que en aquella fiesta, no solo se llevaron placer, decidieron tenerla y que fuera la mujer

o el objeto del algún miembro de la *orden* y así hicieron, convirtiendo a María por un período de tiempo, en el objeto sexual de Thomas Fooreman. María tenía diecisiete años cuando le dio el sí quiero a Thomas. La boda fue oficiada por un sacerdote, en las catacumbas de la iglesia de Notre Dame, París. El tiempo de casados no duró mucho a la pareja debido a las constantes infidelidades de él con cualquier mujer que se le pusiera a tiro. Ellos no veían con buenos ojos el comportamiento de Thomas fuera de la *orden*, sin embargo, su apellido Fooreman aún tenía peso (y dinero) dentro. Lo dejaron proseguir con su frenesí de mujeres y sus fiestas de alcohol y drogas. Thomas quedó sin mujer ni descendencia. Lo último fue debido en parte, a la programación de su niñez.

El final de María fue un final marcado por la tragedia, repudiada por sus padres y esclavizada en un ritual. Violada y vejada en el mismo lugar donde contrajo matrimonio. Su corazón dejó de latir un martes por la tarde. Su cuerpo fue abandonado, descomponiéndose en aquellas catacumbas parisinas.

CAPÍTULO 2

Los lobos habían dejado de aullar para centrar las energías en pelearse entre ellos. Aquellos aullidos que tanto lo estremeció y desesperó, cambiaron a rugidos estruendosos y quejas de dolor. Thomas regresó de contemplar la sombría noche. Se sentó en la silla y encendió medio cigarro que tenía tirado en el suelo. Dio el último trago a ese licor amargo y barato, arrojó la botella contra la pared y continuó escribiendo.

Si alguien está leyendo esto, ha de saber que esa apestosa gente domina sus bancos, gobiernos, empresas públicas y privadas. Al igual que los negocios de las armas, drogas y terrorismo.

Controlan su prensa, radio, televisión... Cualquier medio de comunicación por insignificante que sea, es controlado por ellos. Controlarán sus guerras financiando ambos bandos.

Thomas paró de escribir. El cigarro se había consumido en un cenicero a rebosar de colillas. Encendió otro, dio un par de caladas, tosió con fuerza como si quisiera expulsar un trozo de miga de pan de la garganta, y lo apoyó en el cenicero. Su lunática mente recordó que tenía en posesión una carta que le fue entregada por un miembro como regalo por los servicios prestados. De su billetera de piel sacó la carta, la desdobló y la acomodó en la mesa. Se trataba de un escrito antiguo, perteneciente a su fundador donde exponía con bastantes detalles, las directrices para el control mundial de la población.

Fomentaremos tres guerras que implicarán al mundo entero. La primera de ellas permitirá derrocar el poder de los zares de Rusia y transformar ese país en la fortaleza del comunismo ateo, necesaria como una oposición controlada y antítesis de la sociedad occidental.

Las divergencias causadas por los <<ageteur>> de la orden entre el imperio británico y alemán, serán utilizados para provocar esta guerra, a la vez que la lucha entre el pangermanismo y el paneslavismo.

Un mundo agotado tras la guerra no interferirá en el proceso de construcción de la <<nueva Rusia>> y el establecimiento del comunismo, que será utilizado para destruir los demás gobiernos y debilitar las religiones.

La segunda guerra mundial se desataría aprovechando las diferencias entre la facción ultraconservadora y los sionistas políticos.

Se apoyará a los regímenes europeos para que terminen en dictaduras y provoquen una nueva convulsión mundial, cuyo fruto más importante, será el establecimiento de un estado soberano de Israel a Palestina, que venía siendo reclamado desde tiempos inmemorables por las comunidades judías. Esta nueva guerra debe permitir consolidar una comunidad judía bastante fuerte para equipararse a la facción cristiana occidental.

La tercera y definitiva guerra, se desataría a partir de los enfrentamientos entre sionistas

políticos y musulmanes. Este conflicto deberá orientarse de tal forma que el Islam y el sionismo político, se destruyan mutuamente, además obligará a otras naciones.

Una vez divididos sobre este asunto, entrarán en la lucha hasta el punto de agitarse física, mental, moral y económicamente.

Liberaremos a los nihilistas y ateos. Provocaremos un formidable cataclismo social que, en todo su horror, mostrará claramente a las naciones el efecto absoluto del ateísmo, origen del comportamiento salvaje y de la más sangrienta confusión.

Entonces en todas partes, los ciudadanos obligados a defenderse contra la minoría mundial de revolucionarios, exterminará a esos destructores de la civilización, y la multitud desilusionada con el Cristianismo estarán a partir de ese momento sin rumbo y ansiosos por un ideal, pero sin saber donde hacer su adoración.

Recibirán la verdadera luz a través de la manifestación universal de la doctrina pura de Baal, sacada a la vista públicamente. Esta manifestación resultará del movimiento reaccionario general que seguirá a la destrucción del Cristianismo y ateísmo, ambos conquistados y exterminados al mismo tiempo.

Nuestro pacto creará una ilusión que será tan grande, tan inmensa que escapará a la percepción, aquellos que lo vean serán acusados de dementes. Crearemos frentes separados para impedirles ver la conexión entre nosotros.

Nos comportaremos como no conectados para guardar viva la ilusión. Nuestro objetivo se realizará gota a gota, de tal manera que jamás seremos objeto de sospechas, esto también les impedirá ver los cambios cuando estos ocurran.

Siempre estaremos arriba de su relativo campo de experiencia, porque nosotros conocemos los Secretos Del Absoluto.

Trabajaremos juntos siempre, y permanecerán unidos por la sangre y el secreto, la muerte vendrá para aquel que hable.

Mantendremos breves sus esperanzas de vida y sus mentes debilitadas mientras fingimos hacer lo contrario.

Usaremos nuestro conocimiento de ciencia y tecnología en forma sutil, de tal manera que ellos jamás verán lo que está pasando. Usaremos los metales, aceleradores del envejecimiento y sedativos en la comida, agua y aire.

Ellos se llenarán de venenos por todas partes, los metales les harán perder sus mentes. Prometemos encontrar la cura a sus enfermedades y cuando vengan solicitando ayuda, justamente les daremos mas venenos.

Estos se absorberán por su piel y su boca, destruirán sus mentes y aparatos reproductores. Por todo esto sus niños nacerán muertos y nosotros ocultaremos esa información. Los venenos se esconderán en todo lo que les rodea en lo que ellos beban, coman respiren y vistan.

Debemos ser ingeniosos distribuyendo los venenos porque ellos pueden ver lejos. Les enseñaremos que los venenos son buenos, haciéndolo con imágenes divertidas y tonos musicales, verán nuestros productos usándose en las imágenes, crecerán acostumbrados a ellos y nunca sabrán su verdadero efecto.

Cuando sus mujeres den a luz inyectaremos los venenos en la sangre de sus niños y los convenceremos de su ayuda, comenzaremos temprano cuando sus mentes sean jóvenes.

Tendremos a los niños como objetivo con lo que ellos más aman, las cosas dulces. Cuando sus dientes se deterioren, rellenaremos los huecos con metales que matan sus mentes y robarán su futuro.

Cuando su habilidad de aprender haya sido afectada, crearemos medicinas que los hará más enfermos y causará otras enfermedades para las cuales crearemos más medicinas todavía.

El veneno más eficiente que utilizaremos será el alcohol, precursor de la distracción de la sociedad. Impondremos el alcohol en todos los lugares y rincones del planeta.

Les haremos dóciles y débiles ante nosotros, mediante nuestro poder crecerán deprimidos, lentos y obesos y cuando ellos vengan a pedir ayuda, les daremos más veneno. Enfocaremos su atención en el dinero y cosas materiales, así jamás conectarán con su yo interno. Les distraeremos con la fornicación, placeres externos y juegos para que jamás puedan ser uno con la unidad del todo.

Sus mentes nos pertenecerán y harán todo aquello que digamos. Si ellos se negasen, encontraremos maneras de usar técnicas de alteración de la mente y sus vidas, usando el miedo como arma.

Estableceremos sus gobiernos y estableceremos la oposición a sus gobiernos controlando ambos bandos. Siempre esconderemos nuestros objetivos pero llevando a cabo nuestro plan. Realizarán la labor para nosotros y prosperaremos de su trabajo.

Nuestra familia nunca se mezclará con la suya, nuestra sangre deberá ser siempre pura, esa es la fórmula. Nosotros les haremos matarse entre ellos cuando nos convenga. Les mantendremos separados de la unidad, el dogma y la religión.

Controlaremos todos los aspectos de sus vidas, diciéndoles cómo y qué pensar, les guiaremos suave y amablemente, haciéndoles creer que se guían ellos mismos. Fomentaremos la animosidad entre ellos a través de nuestras facciones.

Cuando una luz brille entre ellos, la extinguiremos por medio del ridículo o la muerte, lo que nos satisfaga mejor. Les haremos rasgar los corazones de sus padres y matar a sus propios hijos. Esto lo lograremos usando el odio como nuestro aliado y la ira como nuestro amigo .

El odio les cegará totalmente y nunca verán que desde sus conflictos saldremos como sus gobernantes, estarán demasiado ocupados matándose ellos mismos.

Se bañarán en sangre y matarán a sus vecinos hasta el momento que consideremos propicio nuestro ataque. Nos beneficiaremos enormemente de esto porque ellos no nos verán, no pueden vernos.

Continuaremos prosperando de sus guerras y muertes, repetiremos esto una y otra vez hasta que nuestra meta sea lograda. Continuaremos haciéndoles vivir en medio del miedo y de la ira mediante imágenes y sonidos.

Usaremos todas las herramientas que tenemos para lograr esto, las herramientas serán proporcionadas por su propio trabajo. Siempre esconderemos la verdad divina ante ellos pues nosotros somos todo uno. Esto es lo que ellos nunca deberán saber, que son iguales entre sí, que el color es una ilusión.

Lentamente avanzaremos hacia nuestra meta. Tomaremos sus tierras, sus recursos y riquezas para ejercer el control total sobre ellos, engañándolos en aceptar leyes que robarán la pequeña libertad que tendrán .

Estableceremos un sistema de dinero que les encarcelará para siempre, manteniendo a ellos y a sus hijos en deuda. Cuando ellos logren fuerza, les acusaremos de crímenes y presentaremos una historia diferente al mundo porque nosotros somos la divinidad.

Cuando ellos luchen en contra nuestra, les aplastaremos como a un insecto porque son menos que eso. Ellos estarán desvalidos de poder hacer algo, porque no tendrán ningún medio.

Reclutaremos algunos de los suyos para llevar a cabo nuestros planes, les prometeremos la vida eterna que ellos nunca tendrán, porque ellos no son de nosotros.

Los reclutas se llamarán <<iniciados>> y se adoctrinarán para creer en falsos ritos de pasaje a los más altos reinos.

Los miembros de estos grupos pensarán que ellos son como nosotros pero nunca lo serán, jamás sabrán la verdad.

Nunca deberán aprender esta verdad, de lo contrario se volverán en contra nuestra. Por su trabajo se les premiará con cosas terrenales, pero nunca serán inmortales y nunca se unirán, nunca recibirán la luz ni viajarán a las estrellas .

Ellos nunca alcanzaran los reinos más altos, los crímenes contra su propio género les impedirá el paso al reino del esclarecimiento, esto nunca lo sabrán. La verdad se ocultará a sus rostros tan cerca que serán incapaces de enfocar hacia ella hasta que ya sea demasiado tarde.

Será tan grande la ilusión de libertad, que nunca sabrán que son esclavos. Cuando todo esté en su lugar, la realidad que hemos creado para ellos les poseerá. Esta realidad será su prisión.

Vivirán en el autoengaño. Cuando nuestra meta esté cumplida, una NUEVA ERA de dominación comenzará, reinando el terror y el caos hasta el final de los tiempos. Sus mentes se guiarán por sus creencias, creencias que hemos establecido desde tiempo inmemorial.

1

Las manecillas del reloj marcaban las dos y media. El sueño hizo mella en su estado anímico, agotando cada músculo de su demacrado cuerpo, nublando su vista y haciendo que su boca se abriera un instante para dar un bostezo. No pudo parar de escribir debido a que siempre pensaba que sería su último día con vida.

Se dirigió al perchero donde estaba colgado el abrigo. Nervioso por coger lo que tanto necesitaba, rebuscó con una mano agitada en los bolsillos. Del derecho sacó los enseres que llevaba y los dejó sobre la mesa. No tenía nada más que un extracto de un pago con American Express en el restaurante Quo Vadis, entre la 26 East y la 23rd Street, cerca de Madison Avenue, Nueva York, y una tarjeta de un prostíbulo llamado la Madame roja, situado una calle más abajo, en la 138. Del izquierdo sacó un billete de cinco dólares.

En un momento de locura, empezó a dar patadas a la pata de la cama a su vez que gritaba: ¡Lo necesito! ¡Lo necesito!... Sin embargo, mientras golpeaba con los dedos contra aquella pata de acero, en su cabeza saltó una chispa de iluminación al acordarse que el abrigo, contaba con un bolsillo interior. Los nervios mezclados con el enfado, fue una mezcla explosiva para alguien que —*lo necesitaba*—.

Las yemas de los dedos rozó lo que buscaba con ansiedad; una bolsita de plástico de color verde del tamaño de una moneda de medio centavo. Desenrolló el cordel que lo envolvía y con cuidado, para no derramar ni un ápice en el suelo, situación que lo hubiera llevado al momento a suicidarse, volcó en la mesa aquel polvo blanco. Con la tarjeta del prostíbulo lo amontonó al lado de la confesión e hizo varias líneas. Enrolló el billete y esnifó aquella cocaína traída de las selvas colombianas.

Tan pronto como esnifó una de aquellas potentes líneas, sintió como la droga atacaba su sistema. Dio un alarido de placer y se recostó en la silla, percibiendo un orgasmo nasal recorrer su cuerpo. Abrió la mano y dejó caer al suelo el billete manchando de polvo blanco y sangre. Los músculos comenzaron a recuperarse. Aquella vista nublada se convirtió en unas pupilas dilatadas, un corazón acelerado y una felicidad que solo sentía con la droga en su organismo o cuando abusaba de alguna en algún rincón. De seguido, prendió otro cigarro y continuó transcribiendo la carta.

Bajo el gobierno de la nueva nación, crearemos pequeñas guerras entre ellos con el fin de derrotar la democracia. Empezaremos por la península Ibérica, siendo el primer imperio moderno, incitando a los monárquicos y republicanos a pelearse entre ellos. Dividiremos las clases sociales. Los ricos que no estén en la orden pero la financien, les daremos cuanto necesiten.

Los trabajadores del nuevo orden estarán ligados a lo dictado por el gobierno totalitario; hablarán, pensarán, actuarán, procrearán cuando el gobierno lo apruebe. La clase baja serán sucumbidos en una pobreza de la que jamás saldrán. Los colocaremos en guetos

rodeados por el ejército.

No estarán manejados ni amparados por ninguna ley, mas se podrá darles muerte si se revelan. Envenenaremos el agua y la comida para sutilmente, mantener a la población mundial por debajo de 500.000.000 habitantes. Crearemos una sangre mixta sin historia, sin raíces, sin personalidad, modificada y adaptada a nosotros. Uniremos a la civilización bajo el mismo lenguaje. Crearemos el ojo que todo lo ve.

Así este pacto se sella con sangre, la sangre de los únicos que salieron de las profundidades de dónde venimos. Ellos son nuestras únicas deidades, ellos son nuestro amo y señor.

15 de agosto de 1871

Thomas agarró el mechero que tenía detrás del cenicero. Por la esquina inferior derecha, quemó la carta y la arrojó al suelo para después, contemplar el fuego a su vez que aspiraba tapándose el agujero de la nariz para bajar los restos de cocaína. Los recuerdos de su adolescencia se reflejaron en aquella rojiza llama. Se vio así mismo antes de alcanzar la mayoría de edad recordando su primer ritual en el que fue verdugo, no víctima.

2

Antes de casarse con la señorita María Nackid y que aquella boda cayera en desgracia para ella, Thomas se trasladó acompañado por su padre adoptivo, hasta Alemania el 3 de marzo de 1958. En plena guerra fría aterrizaron en el aeropuerto de Berlín Tegel, a once kilómetros de la ciudad. El crepúsculo estaba naciendo y la temperatura de diez grados, se podía aguantar. El aeropuerto se hallaba concurrido y los aviones pedían pista de aterrizaje sin obtener ninguna. Otros en cambio, despegaban para perderse en el cielo.

Un señor de aspecto siniestro pero bien vestido, esperaba fuera de la terminal, en la acera de enfrente, al lado del bar Brauhaus. Aquel desconocido cubría su cuerpo con un traje color negro, sombrero y gafas de pasta negras. Sostenía bajo el brazo izquierdo un ejemplar del periódico *Berliner Kurier*, en cuya portada se podía leer una cita de un político del partido socialista unificado de Alemania, manifestando su— interés de levantar un muro que dividiese la capital alemana—. Con el brazo derecho alzaba un letrero que ponía: Mr. Lemoine. Thomas vistió para la ocasión unos zapatos negros, unos vaqueros azules ajustados, un jersey de cuello alto negro, una americana gris y un pelo envuelto en gomina como James Dean en la película rebelde sin causa. Su padre se engalanó con un traje negro impoluto.

Subieron en un recién estrenado BMW (todavía se percibía el olor de la tapicería, los asientos estaban impecables y del retrovisor interior, colgaba un ambientador en forma de pino) dirección a la selva negra, considerada por la *orden* como el epicentro de la Tierra, un vórtice de energía espiritual, donde pensaban que la energía del universo se metía en su almas.

—¿Tienes ganas del ritual? —demandó su padre.

—Sí.

—Has sido buen hijo todo este tiempo.

—Gracias .

El chófer condujo por la carretera que rodea las montañas. Una carretera tan peligrosa como lunática al tratarse de un doble sentido. Alrededor de la media noche y con la luna llena en todo su esplendor, el coche se detuvo en el camino de tierra. Ambos se bajaron adentrándose en el frondoso bosque. En la lejanía se escuchaban cantares similares a los de su niñez. La luz de una fogata y los cánticos señalaron el camino.

Hallaron a cinco personas en círculo con los brazos en alto. En el suelo, entre hojas caídas, tierra y varios insectos (cucarachas, lombrices, gusanos...) la foto y objetos de una mujer. Thomas se percató de que la conocía. La había visto en varias ocasiones en uno de los viajes que realizó con su padre antes de la venta de las tierras. Las dos veces fue en la sedes que atesora la *orden* en Kempsey, ubicada al este de Inglaterra.

La única palabra que cruzó con ella, fue el saludo cordial y alguna que otra mirada. Thomas la recordaba por ser una belleza inconcebible. Se trataba de una mujer de cuarenta años

conocida como Mimi.

Su pelo largo moreno con un sutil aroma a fresa, la redondez de la cara, sus ojos saltones, labios carnosos junto a unas mejillas sonrojadas, unido a su metro sesenta y un cuerpo de despampanantes curvas, la hicieron tener apariencia de una muñeca de porcelana.

Los cánticos se interrumpieron. Uno de los presentes se agachó, recogió la foto, los objetos personales y los arrojó al fuego junto a unos polvos que sacó de un bolsillo, creando una elevada llama de color blanco azulado. A continuación, se trasladaron a un castillo a las afueras de Muno, Bélgica, llamado: Château des Amerois o castillo de la madre oscuridad. Llegaron al destino a las diez de la mañana. Thomas pasó todo el trayecto dormido. Tuvo que ser su padre quien lo despertó dándole en la cara con la mano.

—Hijo, despierta, hemos llegado.

Anduvieron por el camino de grava hasta la casa. Thomas observó de mala manera mientras se tapaba la frente con la mano debido al sol que cegaba su rostro, una fuente rectangular a su derecha que no derramaba agua. A la izquierda una escultura bastante chocante.

La talla se manifestaba en mármol negro e incrustaciones en oro. Poseía un cuerpo humano y cabeza de reptil con dos cuernos de toro que sobresalían. En la espalda portaba dos alas abiertas. En el centro del pecho el símbolo caduceo; dos serpientes enrolladas y enfrentadas a lo largo de una vara.

Estaba sentado en un trono. El dedo índice del brazo izquierdo señalaba al suelo, el índice y el corazón del brazo derecho estaban levantados, formando un ángulo recto señalando al cielo. A los lados se hallaban las esculturas de un niño y una niña abrazando al ser.

Thomas fue perturbado y seducido a partes iguales por aquella chocante escultura. Se colocó delante de ella y leyó el letrero que rezaba: A Ball.

—¿Ball? —se preguntó frunciendo el ceño.

Retornó con su padre quien caminaba lento, esperando a que su hijo se decidiera a continuar. Este tenía la cara de estar enfadado debido a que no le gustaba nada tener que esperar.

—Sabes que no debemos llegar tarde.

—¿Quién es Ball? —cuestionó intrigado.

—Nuestro líder supremo —añadió—. Aquel a quién debemos sumisión.

Una vez en la puerta, repicó tocando aquella aldaba en forma de cruz invertida. Dos golpes bastaron para que aquel mayordomo nacido en Londres llamado Oswald, de una pulcritud y unos modales dignos de un *butler* inglés, formado en el mismo palacio de Buckingham y exsirviente personal de su majestad la reina, abriera la puerta.

—¿Traen ustedes invitación? —preguntó con un acento de lo más cerrado de Inglaterra.

—Tenga.

Jacques entregó la invitación. Una tarjeta de ocho por cinco centímetros denominada hueso por su color blanquecino y su tacto áspero. En ella llevaba inscrito el nombre del portador y el emblema de la *orden*.

Oswald cogió la tarjeta, la introdujo en un lector y un pitido la dio por válida.

—Bien, pueden entrar —dijo haciendo una seña con la mano.

Lo primero que llamó la atención de Thomas nada más pasar, fue un olor que no reconocía pero que, por el contrario, le gustó. Era una mezcla de incienso oriental y de varias fragancias mezcladas. También atrajo su interés aquella lámpara de araña que colgaba del llamativo techo. Las partes reflectantes de la lámpara eran de distintas piedras preciosas; diamantes, rubís, zafiros... El techo se adornaba con un mosaico parecido a la capilla Sixtina sin embargo, este representaba al ser humano con su demonio Ball.

La lámpara decoraba un inmenso y espacioso salón circular. A la derecha de la entrada se hallaba un piano de cola negro, polvoriento, de no haber probado unas manos en años. A su izquierda uno de los símbolos asociado con la resurrección; el búho disecado. El corredor de la derecha conducía a la biblioteca y otras estancias sin importancia. El de la izquierda llevaba a la cocina y a la parte trasera; terraza, jardín...

Ante Thomas se hallaba la magnífica escalera de caracol, cuyos peldaños de madera de roble natural bien trabajada llegaban hasta los aposentos. Trece lámparas de pie de dos metros cada una pertenecientes al siglo XIX adornaban cada peldaño.

El suelo se embellecía con una delicada alfombra persa tejida a mano por el mejor fabricante, un hombre de origen iraní apodado Timur, el cual, —recibía veinticinco centavos por una alfombra que luego se vendería por más de diez mil dólares—. Un dibujo se dejaba ver debajo. Motivado por la curiosidad y al no poder distinguir de qué trataba, Thomas preguntó al estirado mayordomo.

—Oswald, ¿qué hay debajo de la alfombra?

—El ojo que todo lo ve.

—¿Por qué está tapado?

—El marqués lo desea así, le gusta más la alfombra —dijo con el típico humor inglés.

Era medio día del martes 4 de marzo de 1958. Oswald acompañó a los invitados a los aposentos. El itinerario marcado era una suculenta comida continuada por una sobre mesa hasta las diez de la noche, hora que tuvo lugar la ceremonia.

Las mismas trece personas que estaban en el bosque se congregaron para comer sentados a una mesa rectangular. Ya no portaban aquellos trajes de monje, ahora se estaban vestidos con esmoquin; eran trece pingüinos sentados. Había personalidades de las altas esferas: senadores, congresistas, realeza británica, empresarios, banqueros...

En aquella mesa estaba Thomas con diecisiete años. Sentado al lado de un poderoso empresario. Era un magnate relacionado con la comunicación y poseedor de cadenas de televisión, radio y prensa. Un hombre de aspecto tosco, delgado y como la mayoría de los presentes (incluido Thomas) sin escrúpulos; un sujeto que pensaba que la gente de a pie son cucarachas que hay que exterminar como una plaga, pensamiento que Thomas compartía.

Los ayudantes de cocina empezaron a servir la cena provista de: patas de cordero asadas, caviar, marisco... Manjares que según ellos, nadie más tiene derecho a comer. La comida terminó cerca de las cinco. Por el corredor de la derecha pasaron a una estancia. Entraron a una habitación en la cual, solo se hallaba cuatro sofás en círculo, una chimenea con un fuego

crepitante y una lámpara que emitía una leve luz.

—Bien señores, qué tenemos para tratar hoy... —dijo la voz principal.

—Deberíamos financiar más al Vaticano —expresó el del bigote canoso.

—¡Bah! Esos se financian ellos solos engañando a la gente .

—Podíamos enfrentar a los ingleses contra los alemanes —mencionó el del ojo bizco.

—No digas tonterías —interrumpió una voz desconocida.

—Y tú, qué harías. ¿Eh?

—Todo está en manos del líder supremo.

La reunión se alargó hasta las diez y cuarto. Podrían haber continuado más entre puros, coñac y conversaciones sobre quién la tiene más <<grande>> sin embargo, fueron interrumpidos por los golpes de Oswald tocando la puerta.

—Señores, todo está preparado —anunció.

Encauzados por aquel mayordomo tan pulcro como silencioso, a través de una puerta arqueada situada en la bodega de la cocina, llegaron hasta el subterráneo. Thomas no se separó de su padre. Los demás estaban ansiosos por empezar.

En una de las criptas de aquel subsuelo húmedo y maloliente, se hallaba una mesa en vertical con cadenas, rodeado por un pentáculo hecho con sal. Encadenada de pies y manos se estaba Mimi, con su cuerpo desnudo, la espalda llena de latigazos, cortes en el pecho y claro signos de violación.

Oswald repartió las vestimentas para la ocasión. La ceremonia fue para Thomas y un par de personas más, por otro lado todos deben de ser partícipes. Se posicionaron alrededor de la mujer. Uno de ellos, el que ejercía de líder, sacó del único mueble que había un cáliz y un libro; la única edición del *Gran Grimorio* , considerada en el mundo como la biblia satánica. Recitó un juramento en latín que traducido decía:

<<*Aquellos que beban la sangre derramada de otros serán inmortales. Aquel que no beba la sangre perecerá en el cielo*>>

Todos recitaban la frase cogidos de la mano. Thomas examinó con detenimiento y con mirada lujuriosa a su presa. Sus deseos de apoderarse de ella eran incontrolables, necesitaba saborear ese aroma a fresa que desprendía su pelo y dar un mordisco en aquellas mejillas sonrojadas, pero sobre todo, lo que más ansiaba Thomas Fooreman era penetrarla con dureza. Mimi se hallaba en un estado dominado, proseguía amarrada y con los ojos en blanco.

—¿Estás listo? —preguntó el líder

Thomas asintió.

—Acércate, hijo mío .

El líder agarró el cáliz y se agachó para recoger la sangre derramada del cuerpo fustigado de Mimi. Echó una sustancia llamada: *adrenocromo* ; una droga producida por el cuerpo humano que causa experiencias extrasensoriales y alucinaciones entre otros síntomas.

Lo removió con el dedo para dejarlo todo mezclado y le dio de beber a Thomas. En seguida, se acercó, se bajó los pantalones, la ropa interior y comenzó a practicar sexo con ella.

Bajo los gemidos y los empujones de Thomas (y los azotes dados en el culo, dejando marcada su mano en la nalga, algo que le excitaba demasiado) se escuchaban los cánticos. Terminado, el líder roció el cuerpo de Mimi con sangre humana.

—Esta alma es para Baal—.

Un pasadizo se abrió de detrás del pedestal. Tres desconocidos salieron vestidos con los mismos ropajes. Andaban entre gruñidos y rebuznos que surgían de unos hocicos largos y humeantes, parecidos a los de un cocodrilo. Uno de ellos clavó unos ojos amarillos en los marrones de Thomas.

—Vayámonos ya —expresó el líder con algo de miedo en sus palabras—. No debemos presenciar esto .

—¿Quiénes son? —murmuró Thomas.

—Siervos de Baal, los demonios, seres del inframundo y no les gusta que estemos aquí. Vayámonos o seremos los siguientes.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Thomas al observar aquellas garras de raptor encaminar hasta Mimi. La desmembraron en menos de treinta segundos y con aquellos colmillos blancos afilados de los que caía una baba blanquecina, la devoraron con ferocidad. Thomas quedó petrificado al contemplar la escena.

Intentó que la orden dada al cerebro para mover sus piernas obedeciese. No obstante, estaba tan sumido, presenciando cómo devoraban ese cuerpo perfecto que hacía un instante él había poseído que fue incapaz de pestañear.

Su padre lo agarró por el brazo y tiró de él hasta la salida. Subieron las escaleras dejando atrás los turbadores ruidos que hacían aquellas bestias al engullir. Thomas giró la cabeza para echar un último vistazo. Tan solo les quedaba terminar la cabeza con aquella cara de mejillas sonrojadas. En el recibidor, el líder entregó a Thomas una medalla de oro con el símbolo de la *orden* . Fue condecorado como un alto cargo.

3

Acontecido dos horas desde aquellos recuerdos, Thomas descansaba sentado en la silla con los brazos apoyados en el reposa brazos, la mirada perdida puesta en el techo y con la mente en blanco; —ni un solo pensamiento navegó por ese mar agitado llamado cerebro—. El bajón de la cocaína lo estaba afectando.

Un ligero golpe de viento había entrado por la ranura de la ventana, haciendo volar por la habitación la última raya de cocaína y apagando la llama de la vela, dejando la habitación en completa oscuridad. Se levantó y tropezó golpeándose el dedo meñique del pie con la pata de la mesa. No le importó, ni si quiera mostró un gesto o alarido de dolor. Estaba demasiado cansado para que su cuerpo revelase ningún signo de emoción, que se dejó caer en el viejo colchón mugriento y lleno de polvo. Cerró los ojos e intentó dormir un poco.

No pasó más de quince minutos, cuando despertó sobresaltado al escuchar lo que pareció ser el ruido de un motor. Saltó raudo de la cama, encendió la bombilla del techo y observó al exterior. En la negrura, divisó una leve luz y lo que parecía ser las siluetas de tres hombres bajar de un coche.

Su corazón comenzó a latir con vigor. Los nervios se volvieron a manifestar con más intensidad. Aquello lo conllevó a coger la silla y esperar a sus asaltantes; <<¡no voy a morir sin pelear!>> se repetía en su mente.

Un golpe dieron a la puerta.

—¡¡Aquí estoy malnacidos!! —Alzó la silla—. ¡Venir por mí!

Volvieron a golpear, pero esta vez fueron varios golpes seguidos y con fuerza.

—¡Os mataré, lo juro!

Abrió la puerta y con los ojos cerrados, comenzó a dar con la silla. Una vez abiertos, no divisó a nadie, tan solo la oscura noche con un cielo cerrado en el cual, los árboles no se discernían.

<<Me estoy volviendo loco...>> pensó.

Todo fue un producto de su imaginación. Aquella mente trastornada luchaba contra la programación (o la cocaína) y algunas veces llevaba a esas situaciones, ya no identificaba lo real de lo imaginario.

De pronto Thomas...

4

... Quedó inconsciente debido a unos fuertes dolores de cabeza causados por aquella locura, haciendo que se desmayara y se desplomara al suelo como un saco de hormigón. Un estrepitoso ¡plaf! sonó, quedando colocado de lado. La luz proveniente del sol amaneciendo entraba por la ventana. El canto de un gallo salvaje lo despertó a la media hora. Estaba aturdido, mareado, confuso. Los fuertes dolores de cabeza no dejaban de persistir; la cabeza le retumbaba como el campanario de la iglesia de san Miguel cuando las campanas daban las doce. La boca la tenía seca, pastosa, le costaba tragar la saliva y el cuerpo se hallaba entumecido .

Con los cinco dólares que aún le quedaban, decidió bajar al pueblo a por comida. No podía aguantar más sin comer, tampoco quiso morir de hambre sin acabar la confesión. Comenzó a caminar por el sendero de tierra bajo el sol de las diez. A consecuencia de locura que todavía mantenía en su cabeza, se escondía entre la arboleda, espantando a los animales que pastaban en libertad. Intentó parar haciendo autoestop, algún coche de los pocos que transitaban para que lo bajasen hasta el pueblo. A pesar de sus esfuerzos, nadie paró debido al horrible aspecto en el que se encontraba, —¿quién iba a parar a semejante individuo?—. Los coches lo pitaban y lo insultaban para que se apartase de la carretera: ¡Estúpido, quítate de la carretera! ¿Acaso quieres morir? Demente de mierda... Tras una buena caminata de diez kilómetros y con las axilas y el cuello sudado debido al calor asfixiante, nada más llegar se adentró en el primer bar. Era un local situado en la gasolinera de un área de descanso entre las dos carreteras secundarias que unía el pueblo de Barkett con el que se hallaba Thomas.

—¿Qué puedo servirle? —preguntó el camarero mientras limpiaba un vaso con un trapo .

Thomas no contestaba. Había quedado hechizado por el televisor, en concreto con el noticiario de las diez.

—Disculpe, ¿qué desea? —volvió a increpar el camarero.

Permaneció sin contestar. Estaba concentrado en la frase que dijo aquella presentadora morena y ojos verdes:

Localizan muerto al miembro de una secta .

Sin embargo, la frase que en realidad dijo fue:

Localizan muerto a un ciclista.

—Señor, si no va a tomar nada, no puede estar aquí —mencionó el camarero en un tono arisco.

—Un desayuno completo —balbuceó con la cabeza agachada mirando la barra.

El camarero se giró refunfuñando. Thomas se encogió en la silla. Su paranoia lo condujo a observar en derredor y pensar que todo el local, lo examinaba de arriba abajo, como si fuera un ratero de poca monta... Tal vez fuese verdad y la gente lo miraba sin embargo, fue porque su

apariencia chocaba para unos habitantes de un pueblo bastante alejado de la ciudad. El camarero apareció con el desayuno; un café y un bollo.

—Son dos dólares .

Entregó el billete de cinco manchado de sangre y droga. El camarero observó el billete e hizo ademán de devolvérselo, pero se lo pensó mejor, lo único que quería fue que terminara el desayuno y se marchara.

—Su cambio.

Thomas guardó el cambio y tomó sosegado el desayuno. En el momento que terminó, su mente reactivó la locura increpando a la pareja de su derecha.

—¡Qué miras! —exclamó malhumorado al chico.

—Nadie lo mira amigo, tranquilícese —expresó el muchacho.

—Tú no sabes quién soy yo, podría matarte aquí mismo.

El chico ladeó la cabeza para seguir hablando con su novia. Hizo caso omiso a las palabras de un demente.

—¡¡Mírame cuando te hablo!!

Cansado de la actuación de Thomas, el camarero ayudado por dos clientes, lo echaron del local. Thomas no toleró la conducta y reprendió al camarero, lanzando amenazas e insultos mientras se alejaba .

—¡¡Seréis esclavos de la *orden* !! —exclamó—. ¡¡Antes o después acabaréis muertos!!

Retornó por el mismo camino de vuelta a su refugio. Lleno de cólera comenzó a lanzar objetos por la habitación; la mesilla del lado de la cama quedó destrozada contra la pared. Mientras lanzaba objetos y destrozaba la habitación por la rabia que su cuerpo desataba, la mala suerte jugó en su contra haciendo que se resbalara con los cristales de la botella de licor que yacían en el suelo. Se dio un fuerte golpe en la cabeza.

Volvió a quedar inconsciente en el suelo...

CAPÍTULO 3

Era el invierno de 1972, en concreto, el mes navideño de diciembre. Thomas había recibido una invitación para la fiesta más siniestra dada por la *orden*, una ceremonia conocida como: —El festival de la bestia—. Comandada por los principales líderes, se celebraba cada veintiochos años y antes de entrar en el solsticio de invierno.

Aquel día invernal, con la nieve cayendo sin parar, la recibió. Thomas se encontraba en la biblioteca de su casa de campo situada en Arrowbear Lake, al norte de Los Ángeles, California. Una mansión de cuatrocientos metros cuadrados, repartida en tres pisos y sumergida en un espléndido follaje de quinientos acres. Leía tranquilo junto al calor de la chimenea, unos informes que el vicepresidente de su compañía farmacéutica, la Foorpharmacy con sede en Nueva York, le había entregado.

El primer documento hacía mención a ciertas vacunas que los cerebros del laboratorio habían creado y esperaban que Thomas diese el visto bueno para comenzar la experimentación en animales y más tarde en humanos. El segundo trataba sobre una píldora a base de petróleo que serviría para <<curar>> el colesterol entre otras supuestas dolencias. Aquella fórmula que Thomas quiso introducir en el mercado y que le reportaría sumas de dinero millonarias, fue ideada por un hombre nacido en Richford, Nueva York en 1839. El hombre consiguió engañar a la humanidad cuando lanzó una falsa enfermedad que solo se curaba con su medicina. Después, vendía la supuesta medicina con la cual envenenó a miles de personas. Cuando las autoridades se enteraron, el hombre ya estaba desaparecido, viviendo una vida multimillonaria en algún país de Sudamérica. Thomas firmó los documentos, los introdujo en un sobre y los guardó en el cajón. Estaba a punto de subir a su habitación cuando un mensajero llamó a la puerta.

—¿Qué desea ?

—Es usted Thomas Fooreman.

—Sí.

—Tenga, firme aquí.

Entregó un sobre negro y se marchó. Thomas abrió el sobre sin moverse del sitio. Dentro se hallaba una tarjeta de veinte centímetros de largo por veinte de ancho. Tenía dibujado unas nubes y unas frases que Thomas al principio, no entendió. Estuvo pensando, estrujándose la cabeza hasta que se percató de que aquellas frases estaban en escritura especular, importante en un estado mental satánico.

Se situó frente al espejo con la tarjeta entre las manos y leyó la invitación:

Barón y la Baronesa Guy de Rothschild

Martes 12 diciembre, 21 horas

Cena surrealista

10 rue de Cornualles. París.

Una conmoción agitó su cuerpo. Las piernas le temblaban como a un chiquillo a quien había regañado su madre. Se sentó en la silla de al lado del taquillón, con la mano puesta en el pecho debido al choque que conllevaba recibir esa clase de invitación por la familia que maneja los hilos.

—¡Lacayo! ¡Lacayo! —exclamó a su criado.

Este apareció raudo al escuchar la voz de su amo.

—¿Señor? —preguntó cabizbajo.

—Haz mis maletas, nos vamos a París.

—Sí, señor.

—¡Ah! Y llama a mi abogado, que venga a recoger el sobre que guardo en el cajón, es muy importante.

—De acuerdo, señor.

1

El piloto tomó tierra en el aeropuerto de Le Bouget el doce de diciembre a las seis de la tarde. En aquella hora, el sol se hallaba oculto tras una bruma y el frío era espantoso; Thomas recordaría aquel año de 1972 como el más frío de todos. Había nevado la noche anterior, formando una capa de dos centímetros de espesor y dejando todo un paisaje blanco.

Salió del *jet* y el aire gélido lo golpeó al instante. Ni el abrigo de piel de cuatro mil dólares que llevaba puesto pudo dejar que tiritase.

El criado de Thomas era un hombre cinco años más mayor que él. Tenía una altura desconsiderada, 1,95 cm en un cuerpo de 70 kg. Debido a esa altura, Thomas solía meterse con él llamándolo gigante o gigantón. Los rasgos de la cara los tenía bastante marcados. El pelo lo llevaba a tazón con una zigzagueante ralla a la derecha. Los ojos verdes, los vestía con unas gafas de pasta negra... En conjunto parecía un pardillo. Este recogió el equipaje y abandonaron la terminal. Las calles se hallaban decoradas acorde con la festividad. Un desproporcionado árbol se ubicaba en la plaza principal con sus hojas cubiertas de nieve y un con juego de luces centelleantes que cambiaban de color; azul, blanco, rojo, naranja. Al lado del árbol, un papá Noel sentado en una silla invitaba a los niños a sentarse en su regazo y pedirle regalos, deseos que con seguridad no sé cumplirían. La gente paseaba por aquellas calles parisinas. Había lindas parejas cogidas de la mano mostrando su felicidad con besos y caricias. Otros sin embargo, cargaban las bolsas de las últimas compras de Navidad. Un hombre de la misma edad de Thomas y aspecto agradable, le abordó en la calle nada más verle.

—Señor Fooreman.

—¿Si? —preguntó inquieto.

—Soy su chófer, el señor...

—No me importa su nombre —interrumpió Thomas—. Este es mi lacayo y no sé cómo se llama. Di tu nombre .

—Alan, señor.

—¿Ves? Dos años a mi servicio y no lo sabía ja, ja, ja.

—Lo esperan señor.

—Lacayo, las maletas.

Montaron en una limusina negra propiedad de los anfitriones. Pusieron dirección al este por una carretera secundaria de doble sentido; la neblina y la capa de nieve dificultaron el trayecto. No tuvieron más remedio que circular a treinta por hora si no querían acabar estampados con un coche que viniera por el sentido contrario o salirse de la carretera colina abajo y terminar contra los árboles. El lugar estaba desierto y la oscuridad se apoderó del camino. Las únicas luces que guiaron sus pasos eran los faros del auto.

A veintiséis kilómetros al este de París estaba la entrada de la finca. Aparecieron a las ocho y media encontrando la verja de metal abierta. El viento la hacía retumbar, sonando un estruendoso ¡clac clac!, parecía que iba a salir volando si no fuera por el freno en el suelo. Un letrado arriba que ponía Château de Ferrieres, daba la bienvenida. Atravesaron la verja con unas espeluznantes gárgolas a cada lado. El sendero de arena fina con piedras redondas en los bordes, les condujo al castillo.

Se hallaba iluminado de rojo para hacer creer que aquel castillo de estilo neo renacentista estaba envuelto en llamas y razón no les faltaba; casi todos los que estaban invitados tenían que estar <<quemados>>. Thomas se impresionó por las torres. Un segundo letrado que caía del cerco de la puerta, volvió a darles la bienvenida sin embargo, les regaló un consejo:

<<Vosotros los que entráis aquí, abandonad toda esperanza>>

Alan llamó a la puerta sin obtener contestación. Thomas comenzó a desatar su furia contra su sirviente.

—Estúpido lacayo, llama más fuerte, ¿o acaso eres una mujer que se va a romper una uña? No me sirves para nada.

Volvió a llamar acentuando los golpes. Una persona vestida con un disfraz de gato blanco y negro abrió.

—¿Traen invitación?

—La... la... Lacayo.

—¿Qué pasa amigo, nunca ha visto a nadie disfrazado?

Al fondo se distinguía gente trajeada con grandes sombreros de copa andando a golpe de bastón. Preciosas mujeres jóvenes se hallaban desnudas y enmascaradas paseándose sensualmente para el gusto del personal, invitando a ser tocadas por algún asistente. También se tocaban ellas mismas. Otras en cambio, bailaban agarradas a una tela que caía del techo.

2

Alan nunca fue su verdadero nombre. Alan fue el nombre que lo impuso la *orden* cuando lo hicieron suyo, despojándolo de una vida normal, una vida sencilla, rodeado de una mujer que lo amaría y unos niños que sin lugar a duda serían la alegría de la casa. Aquello jamás sucedió. Nació en el seno de Stuart y Berta Loomis bajo el nombre de Kevin. Creció en el barrio pobre (pero humilde) de los Narros, al este de Wyoming, a dos o tres horas de la enigmática Montaña del diablo.

Los Narros, era un barrio como otro cualquiera de cualquier ciudad, con multitud de tiendas variadas. Los niños disfrutaban comprando en la de golosinas y bocadillos. Esa tienda hacía esquina con el cine Paladium; donde los chicos pasaban habitualmente por la tienda de golosinas antes de entrar al cine a ver alguna de terror o un wéstern protagonizado por el duque, John Wayne. Entre tres o cuatro, mientras uno mareaba al dependiente con su labia preguntando por esto y aquello, los demás veloces como el rayo cogían todo cuanto podían, llenándose los bolsillos. El acomodador, quien recogía las entradas para que pasaran; un adolescente agravado por un fuerte acné y —tan cachondo que se lo haría con una fregona—, solía hacerse loco, dejando que los chicos colasen todas aquellas golosinas. El trabajo a veces escaseaba, por ese motivo la mayoría de los vecinos se iban a los pueblos adyacentes en busca de trabajo. No era la situación de los padres de Kevin, también llamado Alan. A pesar de las adversidades que achacaban el barrio, los niños fueron felices; —no esa felicidad que Thomas recordaba de su infancia— estos niños lo eran. Nunca les faltó la paga semanal; si alguno de ellos no disponía de fondos, los demás arrimaban el hombro y pagaban. En aquel barrio se respiraba amor, humildad, respeto. Cualidades que Thomas Fooreman carecía .

Asistió al Narros High School en donde fue un estudiante excelente. Cuando contaba doce años, su profesora y tutora contó a sus padres en una reunión, el potencial de la mente del chico: —Su hijo hará grandes cosas— espetó. Sin embargo, aquella profesora de sesenta años que solía vestir una falda larga y raída, un jersey rojo de lana y unas gafas redondas de abuela, ignoraba el destino que lo depararía; acabar de lacayo de un psicópata. Al terminar el instituto, se graduó con las notas más altas. Las universidades más importantes del país llamaron a su puerta: Preston, Harvard, Columbia... Eligió Harvard.

En el otoño de 1965, cuando habían caído todas las hojas de los arboles, cambiando ese alegre color verde a un marrón tristeza, comenzó su descenso al infierno, conociendo a quien no debió conocer. En la oscuridad del subterráneo de la universidad, en una esquina, dos coches lo secuestraron. Fue llevado hasta allí cautivado por una mujer que lo sedujo con sus labios carnosos, pelo rubio ondulado, ojos azules, barbilla fina y tez blanca algo rosada. También le había prometido una mamada. Los secuestradores, tres encapuchados que portaban mascararas de la plaga, lo hicieron de la manera más sencilla: cloroformo en un pañuelo y dulces sueños.

Despertó amarrado en una silla en el sótano del aquel psiquiátrico del averno en donde el doctor Monroe era su Lucifer. Nada más abrir el ojo, su pupila fue cegada por la linterna del

ayudante del doctor Smile; un doctor licenciado en ingeniería molecular. Había inventado una sustancia que al inyectarla borraría toda la memoria del paciente para a continuación, insertarle unos recuerdos acordes con la *orden*. Era semejante a la programación Thomas pero, al contrario de Alan, Thomas sí sabía quién era.

—Bien, está listo para empezar —anunció el ayudante.

—¡Empezar el qué! ¿Quiénes sois vosotros? —añadió—. ¡Suéltame hijo de puta! —bramó.

Clavó la jeringuilla en su cuello y volvió a quedarse dormido. Fue traslado a las dependencias de la *orden* y allí lo reeducaron, le dieron un nombre y una nueva vida de servidumbre. En este caso fue para Thomas Fooreman. Los padres no corrieron tanta suerte. Tuvieron un espantoso accidente de tráfico cuando regresaban de de una visita familiar en Atlantic City. Ocurrió en la destartalada carretera 131. Un camión chocó de frente contra el coche de los Loomis. El aparatoso accidente hizo que la señora Loomis saliera despedida por el cristal delantero, reventándose contra el asfalto y con cristales clavados en la cabeza. Gracias al cinturón de seguridad —algo que la señora Loomis no llevaba— el señor Loomis solo terminó con la cabeza estampada en el volante. El conductor del camión, bueno, acabó sepultado en una amasijo de hierros, solo pudieron rescatar una pierna y un brazo. La policía que investigó el suceso dijo a la prensa que el conductor, invadió el carril contrario, pero, ¿cómo puede invadir el carril contrario si era de un solo sentido? ¿De dónde salió el camión? Nadie se hizo esas preguntas.

3

La decoración interior iba acorde con la cena, todo surrealista. No hubo nada relacionado con el mes navideño; ni un árbol con sus guirnaldas, calcetines en la chimenea, mensajes de amor, escenarios religiosos y tampoco verías a papá Noel descender por la chimenea cargando al hombro un saco de regalos. La lámpara del techo perteneciente al siglo XVIII estaba pintada de rojo y envuelta en una telaraña con falsas arañas cayendo de ella. Sus bombillas daban una leve luz rojiza que, unido al juego de luces de las bombillas anaranjadas de las escaleras que conducían al piso superior, le hicieron creer más todavía que estaba en el infierno.

El barón y la baronesa aparecieron arriba de las escaleras cogidos de la mano. El barón se cubría con un elegante esmoquin negro, camisa blanca, pajarita y en la cabeza un sombrero alto de copa. Thomas al presenciar a la baronesa, se sorprendió. Esta llevaba un vestido blanco con terciopelo rojo en los puños.

No fue solo la vestimenta lo que sorprendió a Thomas Fooreman. Fue la máscara de ciervo (que a veces cambiaba por la de un reptil) que cubría toda la cabeza, con diamantes pegados en los ojos simulando lágrimas. El barón se acercó a Thomas.

—Thomas Fooreman, no le vemos desde que era un niño.

—Gracias por la invitación, barón.

Ambos hicieron uno de los saludos secretos. Consistía en estrecharse la mano dejando el dedo pulgar levantado.

—¿Qué tal los negocios? —preguntó Thomas.

—A la perfección, cada día que pasa me hago más rico amigo ja, ja, ja

—añadió—. Queremos levantar una nueva sede en el sur de Norteamérica. Nuestra intención es que los pueblos del sur se rindan ante nosotros.

—¿No lo estaban ya?

—No, ellos siguen a un líder llamado Joseph Smith. Nos está constando un poco pero tranquilo Thomas, los estamos dejando en la ruina, sin avanzar, ya serán nuestros y con ello todos los pueblos.

—Baronesa, la veo bien —mencionó Thomas con ironía.

Esta asintió.

Con un gesto de de las cejas, el barón mandó llamar a un sirviente gato. Este trajo una máscara con forma de conejo y se la entregó a Thomas.

—Tenga Thomas, esto es para usted. Tu sirviente debe quedarse fuera.

—Largo de aquí y no molestes.

La baronesa indicó con la mano el corredor que los invitados debían seguir. Se personaron en uno de los comedores en el cual habían colocado cuatro mesas circulares. Los centros que decoraban las mesas eran bastante tétricos. Todas las barbaridades posibles que una mente con esquizofrenia pudiera dar se juntaban en aquellos centros; tortugas vivas pegadas a una montaña de cucarachas muertas, cabezas de muñecas (algunas de ellas sin ojos), arañas muertas, ojos humanos, corazones de vaca ensangrentados...

En cambio, había un centro que hacía mención al papel de la mujer dentro de la *orden*. Se trataba de varios zapatos de tacón de diversos colores. El plateado, se asociaba a la luna y a la noche; el rango más alto ostentado por las concubinas de Ball llamadas: madres nocturnas, encargadas de servir a su amo en todo cuanto necesite. El color oro representaba la luz y el día, color otorgado a las iniciadas antes de que las madres oscuras las conviertan en aprendices...

Entre los ilustres invitados estaban personalidades como: Claude Lebon, Charlotte Aullard, la baronesa Thyssen Bornemisza, Guy Baugenault de Puchesse... Todos ellos bajo el control de la poderosa Marie-Helene de Rothschild. Thomas se sentó al lado de una mujer de sesenta años, morena y con una cara demacrada, astillada debido al paso del tiempo y maquillada como si de una pintura cubista se tratara. Dejó apoyado en el suelo la máscara e intentó entablar conversación pero fue interrumpido por la mano del barón posándose sobre su hombro.

—Thomas, quiero presentarle a alguien.

—Con mucho gusto, barón .

Se levantó dejando a la mujer hablando con el señor de enfrente y lo siguió hasta el otro extremo.

En una mesa llena de cucarachas correteando, junto a la baronesa, se hallaba un señor sentado en la silla. Apoyaba la mano derecha en un bastón y con la otra se engatusaba un singular y carismático bigote que formaba una postura llamada las —diez y diez—. Una melena morena caía hasta sus hombros. Su rostro siempre reflejaba una expresión de sorpresa.

—Thomas, le presento a Salvador Dalí, pintor español y amigo de la familia.

—Mucho gusto señor Dalí.

—Lo mismo.

—Tengo algunas de sus obras en casa —expresó fascinado Thomas.

—Excelente —mencionó Dalí.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó.

—Estoy haciendo cosas que me inspiran con una profunda emoción y estoy tratando de pintar con honestidad —sentenció Dalí.

Thomas no entendió aquellas palabras del pintor español .

—Salvador ha hecho la decoración, somos grandes admiradores de su obra.

—Así debe ser —dijo Dalí.

Thomas dejó la mesa de la anfitriona y regresó a su asiento para degustar la cena. Los sirvientes gatos trajeron patas de cordero asado, caviar, langosta, trufas... manjares que Thomas estaba acostumbrado a comer desde que era niño.

Delante de Thomas se sentaba un señor de cincuenta años llamado Henry Clark. Poseía una severa calvicie, una cara afectada por unos bultos grandes, dentadura postiza, artritis en su mano derecha y cuando andaba, se notaba una ligera cojera en la pierna izquierda.

Ambos ya se conocían.

—Henry, me alegro de volver a saludarlo.

—Señor Fooreman...

—¿Sigue controlando la O.M.S a su antojo?

—Hasta que muera, y espero que falte mucho.

—No creo que falte tanto viejo loco.

Ambos rieron .

Thomas alargó el brazo y se aferró a la langosta más grande y jugosa de la mesa. La untó en la salsa blanca a base de ostras y la degustó mientras mantenía una conversación.

—¿Qué plan tiene la O.M.S para el futuro? —preguntó con la boca manchada de salsa.

—Seguir con los engaños a estos imbéciles, ¿y los suyos?

—La *orden* ha pedido que controlemos a través de la industria de entretenimiento, creo que invertiré.

—Interesante señor Fooreman.

—El inconveniente que están teniendo, es que hay un músico que les está dando serios problemas.

—¿Quién es ese que intenta jodernos? —cuestionó dando un golpe en la mesa.

—¡Bah!, un hippie melencólico con gafas, líder de una banda inglesa muy popular, pero va a ser eliminado. Están programando un asesino.

—¿Cuánto le queda?

—En ocho años está muerto.

—Usted es nueva —alegó Henry a la mujer del vestido rojo .

—Sí.

Los sirvientes gato volvieron hacer acto de presencia trayendo en bandeja de plata, botellas de coñac de tres mil francos cada una. Cada botella iba acompañada de varias cajas de puros que rondaban por la sala. Thomas prendió el suyo con el encendedor de oro que perteneció a su padre, Robert Fooreman. Pegó un buen trago del coñac y escuchó con atención como dialogaban.

—Su nombre es...

—Laura Hudes.

—Laura Hudes... —repitió Henry en voz baja—. ¿La nueva directora de la F.D.A?

—En efecto.

—He oído hablar mucho de usted, dicen que es una loca sádica.

—No me gusta que me llamen loca.

Ambos sonrieron.

—Thomas, ella es la encargada de que nuestro planes de envenenamiento colectivo sigan su curso, al igual que las fumigaciones con químicos en el aire. Vamos a matar a la sociedad ja, ja, ja

—Me encanta.

—Thomas —interrumpió la baronesa tocándole el hombro—. ¿Está disfrutando?

—Bastante, baronesa.

—Thomas quiero presentarle a una persona de suma importancia, Ben Collins, miembro de una de las familias más importante, incluso más que nosotros.

—¿Collins? Nunca he oído hablar de ellos.

—Y así deberá seguir —manifestó Ben Collins.

—Su familia está ligada con la brujería, satanismo, ocultismo... Ellos son los que dar poder a Ball.

—No sab...

La conversación fue cortada por el sonido de una cuchara chocar contra una copa. Los comensales fijaron la mirada hacia el barón quien se hallaba de pie, alzando la copa con su mano derecha mientras los dedos de la izquierda sostenían el puro, cuya ceniza caía en la cabeza de un comensal.

—Amigos, quiero daros las gracias en nombre de mi mujer y el mío a todos los presentes. Ahora pasaremos al salón de baile donde nos juntaremos con más invitados para disfrutar de una fiesta de máscaras y sexo. Al acabar, vosotros a quién yo ordene, seréis los privilegiados para el ritual.

—Por la *orden* , ¡salud! —clamó levantando la copa.

—¡Salud! —repitieron los invitados.

Al finalizar la cena y tras esnifar cocaína con Henry, Thomas fue trasladado por un sirviente gato hasta un laberinto. El sirviente mencionó que para llegar hasta el salón tenía que cruzar solo, situación que no le hizo ni un ápice de gracia. Thomas lo miró con indiferencia y con el ceño fruncido <<¿Qué clase de juego perverso ha preparado los anfitriones?>> pensó.

Respiró hondo, carraspeó y se adentró en aquellos pasillos oscuros. El interior contaba con un suave juego de luces naranja y rojo parecido a los de la fachada y las escaleras. Habían colocado muros de madera adornados con telarañas reales. Thomas intentó caminar sujetándose en la pared. En el suelo había algo que no lo dejó avanzar con la rapidez que él quería para salir de ese lugar de auténtica locura. Lo que molestó y entretuvo a Thomas y su afán por salir del laberinto, no fue nada más que inofensivas culebras reptando a su alrededor. Las tenía en cualquier lugar donde centrase sus ojos, en cualquier parte del suelo que pisara, aplastaba a una o tal vez dos. Toda una depravación y locura diseñada por la mente retorcida de la baronesa.

Con dificultad y mostrando enfado y angustia, pudo salir del laberinto. Algunos <<amigos>> suyos no tuvieron tanta suerte y se perdieron adentro. No tuvieron más remedio que pedir ayuda a los sirvientes que se dejaban ver, estos los recogían y los devolvían al principio

para ser increpados por la anfitriona.

La salida del laberinto lo condujo hasta un inmenso salón circular. Las paredes se hallaban forradas con terciopelo rojo. Las columnas que sujetaban el balcón del piso superior eran de ónice negro con adornos en oro. El suelo estaba decorado con forma de tablero de ajedrez. Telas de seda caían desde los balcones de arriba.

Thomas se mantuvo en la entrada esperando de ser recibido. Estaba contento y a su vez nervioso. El enfado del laberinto se le pasó rápido al aparecer en un salón con tanto gentío, — estar allí le pareció un sueño—. Entre la multitud se dejó ver un siniestro personaje que se acercaba con pausa y con unos andares de los más peculiar .

Se cubría con un traje negro, camisa blanca y una pajarita la mitad negra y la otra blanca y en la cabeza, una máscara con una cara sonriente que a simple vista, a Thomas le pasó desapercibida.

—Bienvenido, soy el barón Alexis de Rede.

Ambos se estrecharon las manos.

—Thomas Fooreman.

—Un placer señor Fooreman, bienvenido a la fiesta.

En el momento en que pudo examinar la máscara más de cerca, se percató que poseía tres caras más, todas diferentes. La del perfil derecho era una cara seria con bigote, la izquierda era una cara enfadada y la portada en la nuca, una cara triste.

Cada una simbolizaba las fases de programación. Un sombrero de copa lleno de cucarachas muertas se hallaba encima de la cabeza.

—Pase, diviértase —espetó cambiando a la cara triste.

Se adentró dejando atrás al característico barón el cual permaneció en la entrada recibiendo a los invitados. Alternaba los rostros según entraban. De fondo, una gramola entonaba el vals de Johan Strauss llamado el *Danubio azul*. Thomas se puso la máscara de conejo —que le cubría entero, dejando solo a la vista un poco los ojos y la nariz—, y se mezcló con los invitados. La mayoría llevaba mascararas de carnaval; solo los privilegiados como él llevaban máscaras de animales.

Thomas curioseó en un extremo del salón a varias personas alrededor de un ataúd de color negro lleno de flores. Se acercó para observarlo más de cerca y halló un maniquí de mujer desnuda y los brazos cruzados. Lo examinó —lo poco que pudo debido a la máscara— y notó que no era un maniquí.

Estaba viva.

Se hallaba drogada y expuesta para el placer de los invitados. Se acercaban a ella, tocaban cada parte de su cuerpo, la masturbaban, la follaban, la escupían y retorcían su piel hasta hacerla heridas.

Abandonó aquella escena para continuar figoneando y al girarse, chocó con un señor con una máscara de pájaro que acompañaba a una mujer con una jaula de ave en la cabeza. Estaba hecha de bambú, con plumas a su alrededor y con una puerta para sacar media cara.

Sin alterarse, saludó .

—Hola, mi nombre es Thomas Fooreman.

La mujer abrió la jaula.

—Audrey Hepburn —expresó con voz sensual.

—¿La actriz?

—Sí.

—Un placer conocerla señorita Hepburn. Estuvo perfecta en *My Fair Lady*.

—Puedes hacerla lo que quieras —irrumpió el hombre pájaro.

—Mmm... Quizás lo haga.

De repente, la voz llena de flemas del barón volvió a resonar, esta vez desde la escalera. Acompañado de su mujer con aquella máscara puesta y dos mujeres desnudas delante de ambos, se dirigió a los presentes.

—Qué comience la fiesta.

Las luces se apagaron dejando solo las antorchas repartidas por el salón. El vals cambio para dar paso a *Voces de primavera*. Thomas agarró como pareja de baile a una mujer joven, de treinta años, alta, rubia, piel blanca, con un seductor vestido corto y una máscara veneciana .

—¿Cuál es su nombre señorita?

—Mmm... Puedes llamarme Celeste, ¿y tú?

—Llámame hombre conejo.

Thomas hizo gala de sus dotes de baile, algo que a Celeste le divertía. Pasado una media hora el baile cesó. Comenzaron a desnudarse y practicar sexo. Thomas tumbó en el suelo a su presa y arrancó el vestido dejando al aire un cuerpo con unas cuervas de ensueño, unas medidas perfectas y un culo como un melocotón jugoso deseando se comido y absorbido hasta el último jugo, un culo magnífico. La mujer sonreía con placer. Alrededor de ellos se hallaba un octogenario sentado en una silla, fumándose un puro y disfrutando de una mamada que una jovencita le hacía.

Thomas se desvistió. La única prenda que se dejó puesta fue la máscara de conejo. Se tumbó encima de ella sintiendo como sus cuerpos se fundían en uno solo. Con sutileza empezó a besar su cuello. Siguió bajando por sus pechos, mordisqueando aquellos pezones pequeños rosados para después, pasar por la zona abdominal hasta llegar a su vagina.

La chica conocida como Celeste se hallaba envuelta en un tornado de placer, acelerándose tan rápido que llegó casi al frenesí. Cada beso de su hombre conejo era un erizamiento de vello y un encogimiento de los dedos de los pies. Ella intentaba agarrarle, traerlo hasta sus labios para besarlo sin embargo, Thomas no se dejaba. Se enganchó a los muslos de Celeste y comenzó a lamer el clítoris. Después colocó los brazos por encima de su cabeza y la penetró.

Luego, Thomas la agarró del brazo, la levantó y la puso a cuatro patas como lo perra que era. Separó esas dos porciones redondas, carnosas, suaves como la seda que Celeste tenía por culo, y volvió a meter el pene en la vagina. Mientras Thomas empujaba y azotaba dejando su palma marcada en la nalga derecha, Celeste se giró para mirar con mirada lasciva y la boca abierta a su hombre.

—¡Eh! No me mires —expresó Thomas mientras la azotaba el culo de melocotón.

Acabado e insatisfecho fue a buscar otra chica. Cogió una copa con un líquido morado que los sirvientes gatos repartían.

—¿Qué es esto? —cuestionó extrañado.

—Un cóctel de afrodisíacos, señor.

Tragó con un sonido perturbador que nacía de su abultada garganta, hasta la última gota de aquel elixir morado. Dio un golpe en su pecho para expulsar un gas resistido y volvió andar entre la bacanal.

Entre tanto tocaba a una y otra, Thomas se agarraba el pene como un mono a un plátano. Orientó su mirada lujuriosa ante aquella actriz que tanto lo excitaba. Estaba teniendo un encuentro con un señor con una máscara de zorro. Encaminó hasta ellos y agarró al hombre por el hombro, le dio un empujón haciendo que cayera al suelo dándose un fuerte golpe.

—Vete, esta es mía —pronunció cerrando el puño.

Ya la tenía para él y sus perversiones. La llevó hasta un rincón en donde nadie pudiera verlos. La actriz comenzó a besar su cuello. Thomas agarró su pelo e hizo que se arrodillara para introducir su pene por la jaula hasta la boca. De seguido, la puso contra la pared y la penetró con dureza debajo de un cuadro de Claude Monet llamado *La Mujer de verde*.

Aquellos gemidos de una de las actrices más populares de la era de oro de Hollywood, volvía loco a Thomas. No era una locura de las que abordan en su cerebro con ganas de torturar alguien, más bien eran una locura que lo incitaba a darla aún más. Mientras proseguía, Thomas se percató que un hombre estaba caminando hacia ellos. Aquel hombre era Salvador Dalí. Thomas no paró de *empujar* incluso con Dalí al lado suya. El segundo agarró una silla y la colocó enfrente de Thomas y Audrey.

—¿Les importa si miro? —preguntó con delicadeza.

—A mí me da igual —dijo Thomas.

Se bajó los pantalones, la ropa interior y se sentó en la silla. Dejó el bastón en el suelo y con la mano derecha comenzó a masturbarse mientras que, con la izquierda, seguía engatusándose el bigote. Aquel pintor decía que esa era una de sus formas para inspirarse.

Dejó impregnada la pared de todo su <<talento>>.

4

Alrededor de las tres de la mañana y acabada la bacanal, los anfitriones se despidieron de los invitados. Thomas se disponía a marchar cuando el barón lo requirió.

—Thomas tiene que quedarse al juramento, usted es uno de mis favoritos.

—¿Qué juramento?

—Para nombrarle sacerdote.

Aquel día que tanto ambicionaba llegó. Para Thomas ser sacerdote le suponía equipararse por ejemplo a la altura del presidente de los Estados Unidos, un sacerdote de alto grado, al igual que iba a serlo él .

Quedaron trece personas para el ritual. Los sirvientes trajeron cogullas negras y, mientras se las ponían, el barón se dirigió al grupo.

—Ahora, prestaremos juramento al líder.

Dos personas descendieron de la escalera que llevaba al mismo piso superior. Iban vestidas de color morado y entre los dos, portaban un trono. Lo acomodaron en el centro del salón y se posicionaron a cada lado.

Otro personaje desconocido surgió arriba de la escalinata. Apoyando la mano en la barandilla, comenzó a bajar entre pausas. No portaba máscara alguna, tan solo se veía su sonrisa diabólica perpetrada por unos colmillos amarillos. Se sentó en aquel trono de hierro pintado en negro y con una corona de oro en la parte superior.

Thomas no supo qué hacer. No quiso que saliera mal en vista que, de hacer lo indebido, acontecería serios problemas. Se colocaron en fila india delante del líder. El barón dejó a Thomas para el final y mencionó que hiciera igual que ellos.

Cada uno encaminó hasta el líder. Este elevó el brazo y arqueó la mano para que la besaran. Al llegar el turno de Thomas se acercó. Su corazón se aceleraba en cada paso que daba. Las manos le sudaban al igual que la frente, la cara y el cuello. Sin que se apreciara mucho, secó su mano derecha contra el hábito.

El líder ofreció la mano y Thomas besó aquella zarpa llena de pelos.

—Bien, jura tu amor por la *orden* y se mío.

Los trece hicieron un círculo. Erigiendo los brazos entonaron unos versos en latín:

Salve Baal, salve Baal, salve Baal

In nomine dei nostri Baphomet excelsi

Portemtum tuo mundi de inferno, et non potest Baal

Rex máximus, pontificus glorificamos et in modos copolum

*Adoramus te Baal omnipotents in nostri mundi
Domini agimas Iesus Nazareno Rex Iudaeorum
In nostri terra Baal imperum in vita ominus fortibus
Oserum corpois dei nostri satana prontem
Rex imperator omnipotens
¡Salve Baal, salve Baal, salve Baal!*

El siervo del lado derecho que aguardaba junto al líder, reveló del hábito un puñal de treinta centímetros con una calavera por empuñadura y una hoja damasquina afilada.

Se aproximó hasta el que tenía enfrente. Tomó su mano y en la palma hizo un corte desde la muñeca hasta las yemas de los dedos. Cuando llegó a Thomas, este estaba inmovilizado, con la mirada puesta en el líder.

—Hermano, es tu turno.

No respondió. Seguía observando al siniestro personaje que se mantenía sentado, con las manos en sus rodillas y la mirada en el suelo.

—¿Hermano?

Sin contestar pero sin separar los ojos de los suyos, ofreció la mano al siervo y este le rajó. Las gotas de cada uno iban formando un charco alrededor que alcanzó los pies de líder. El otro sirviente que no se había movido, entró en acción.

Al igual que su compañero, sacó del hábito una copa de oro con incrustaciones de diamante y recogió la sangre que caía de los dedos de los presentes y se lo dio de beber al líder. Este alzando los brazos y las dos manos puestas en la copa pronunció:

*<<Hic est enim sanguis vobis, omnipotents et Baal
Anima domini, mei et Deo meo transilium murum
ET fratres benedicite, in aeternum. ¡Gloria Baalim! >>.*

—¡Gloria a Baalim! —exclamaron todos.

Los siervos se fueron subiendo las escaleras. El silencio reinaba en el salón hasta que se vio truncado por los débiles chillidos de una mujer, venido del piso de arriba. La bajaron tirándola del pelo. Iba atada de pies y manos con unas argollas de acero. La mujer esperaba un hijo.

La empujaron ante los pies del líder. La mujer lo miró con la cara desencajada; los ojos pedían lo que su boca no podía decir; que se apiadasen de ella. Antes de todo, los siervos tuvieron que extraer al bebé. La tumbaron en el suelo. Uno de ellos quitó las ataduras de los pies. La mujer se reveló dando una patada en la cara del súbdito. Este intentaba agarrar las piernas pero ella se zafaba, hasta que no pudo más y el siervo las agarró. Separó las piernas y el otro súbdito que esperaba junto al líder, sacó unas tenazas. Las introdujo en la vagina y comenzó a remover. Una vez agarrado el bebé, tiró y tiró con fuerza hasta que sacó la cabeza y el cuerpo. Era una niña. La agarró por las piernas y lo puso boca abajo para darle el llamado golpe de bienvenida. La mujer ya no gritaba ni se movía. Se hallaba muerta en vida, con la cabeza ladeada y apoyada en el frío suelo, esperando a su triste final.

El líder se levantó y empezó ahogarla con las manos. Una vez asfixiada, comenzó a practicar sexo con el cadáver. Thomas se fijó en los ojos del líder. Eran de color blanco, en cambio a medida que abusaba, sus ojos se iban inyectando en sangre. Al acabar trajeron una mesa pequeña, con un plato encima, un cuchillo y un tenedor. Tendieron al bebé en el plato. El líder cogió un cuchillo y lo ensartó en el corazón. Una vez muerto, con el cuchillo y el tenedor en las manos, se comió el cadáver. Terminado los siervos limpiaron el lugar. El cuerpo sin vida de la mujer fue calcinado en la caldera del sótano.

El barón dio por zanjada la fiesta. Thomas abandonó el castillo a las cinco de la mañana del día 13 de diciembre de 1972.

CAPÍTULO 4

Thomas despertó de la inconsciencia. Aquella caída había creado una severa contusión en su malograda cabeza. Se levantó sujetándose en las patas de la silla. Con esfuerzo, como si de un recién operado se tratara, logró sentarse. Tocó la parte de su cabeza donde se había dado el golpe. Tenía una brecha del tamaño de una moneda. De ella brotaba una fina hebra de sangre que caía desde su frente, pasando por la mejilla hasta llegar al suelo. Caminó hasta el baño tapando la herida con la mano. Frente al espejo, mirándose la herida, su mente recordó a la persona que lo había traicionado.

Agarró el bote de alcohol etílico y en un algodón que sacó del mueble superior, se curó la herida. De vuelta a la habitación, siguió escribiendo. De repente, paró de escribir, abrió el cajón del escritorio y cogió una navaja de afeitar con la hoja oxidada. Se hizo un corte en la mano, al lado de su cicatriz hecha por el líder y dejó caer tres gotas de sangre en las líneas que acaba de escribir.

<<Tú me traicionaste, juro que te mataré en esta vida o en la otra, si crees que acabaste conmigo, estás equivocado, viviré para verte morir pues así ha dicho Baal>>

<<Así lo juro con mi sangre>> .

El reloj marcaba las siete de la tarde. Arrojó unos trozos de madera y unas hojas arrancadas de un ejemplar del *New York Times* a la chimenea y con el mechero, la encendió. Seguido, avivó el fuego con el fuelle.

Tuvo que darse prisa ante todo lo que quiso escribir o de un momento a otro, acabarían encontrándole.

No creo que pase más tiempo hasta que la C.I.A me encuentre. Trabajan para la orden y tienen todos los recursos a su alcance. Quizás dure un día o dos, no sé. Cada minuto que pasa mi mente se nubla. Todos sois culpables de mi estado, de mí descenso a los infiernos y mí deplorable decadencia. Ahora dejaré escrito mi encuentro con el mayor criminal.

Aquella reunión a la que hizo referencia Thomas en su confesión, fue con el hombre de mayor rango; —el siervo directo de Baal en la Tierra—. Se remonta a un día cualquiera de 1975. Thomas se hallaba en el psiquiátrico sometándose a un refuerzo. Era las nueve de la noche cuando recorría aquellos pasillos en donde fue vejado. Intentaba no recordar sin embargo, no era de extrañar que en su cerebro pasaran imágenes como si fuesen *flashback* de una mala película, <<¿qué le habrá pasado al hombre que pintaba? ¿Y el qué no tenía dientes?>> pensó. En aquella habitación de su niñez, la 408, esperaban los dos programadores.

Thomas reconoció al instante a uno de ellos. Se trataba del segundo programador quien ya mas mayor, se había convertido en el primer programador. Este no le reconoció debido a que había pasado bastante tiempo y programado a tantas personas que sería difícil acordarse de todas. Tampoco la *orden* los dejaba que vieran mucho la luz del sol.

—¿No me reconoce? —preguntó Thomas con una sonrisa.

—No, lo siento .

—Thomas Fooreman.

—¡Señor Fooreman! Ha pasado mucho tiempo...

—Veinte años.

—Me alegro de verle —mencionó el programador.

Dejó la chaqueta colgada en el perchero y se tumbó en la camilla. El programador empezó con la terapia colocando en sus sienes los electrodos y ejecutando pequeñas descargas.

—Dígame Thomas, ¿cómo va todo?

—Bien —contestó mientras le daban descargas.

—Siento mucho lo de sus padres...

—Yo no —mencionó con una mueca diabólica.

—Ahora subiré el voltaje.

—De acuerdo.

Aguantó bien las descargas. Hacía bastante tiempo que no se sometía a una terapia que el jefe de la congregación de su ciudad, el señor Lookey lo había obligado.

El proceso duró una hora. Terminado, se despidió del programador y regresó al ascensor por el pasillo de su niñez hasta la salida. Una vez que salió y cruzándose de brazos por el frío, fue deslumbrado como un conejo por los faros de un auto dándole las luces. Haciendo caso omiso ante aquellas refulgentes luces, ante aquellos destellantes parpadeos que no cesaban, caminó tranquilo hasta la limusina donde Alan lo esperaba.

—¡Señor Fooreman, traemos un mensaje para usted! —clamó una voz desconocida.

Siguió andando sin echar la mirada atrás, pero la voz volvió a insistir con más fuerza.

—¡¡Señor Fooreman!!

Unos pasos se escuchaban cerca.

Se giró para ver quién lo llamaba con tanta excitación y quizás darles una reprimenda por la pesadez de tanta llamada no obstante, para su sorpresa, encontró a los mismos hombres de negro que tiempo atrás, le había entregado la invitación a su primer ritual.

—¿Qué quieren? —preguntó irritado.

—El barón desea conversar con usted.

—Me encantaría conversar con el señor Guy pero me es imposible.

—No lo ha entendido bien, no es ese barón.

Quedó dubitativo .

—¿Entonces?

—Jacob Rothschild.

Thomas quedó paralizado. Nunca había imaginado que aquel nombre lo podía crear tanta

angustia, aún sabiendo que sus antepasados fueron grandes amigos de los Rothschild; —un apellido que evoca visiones de riqueza y poder, al igual que visiones de destrucción y muerte—.

Mandó a Alan de vuelta a casa. Se montó en el auto de los hombres de negro, un Ford modelo Falcon, y condujeron por la carretera secundaria Townsend Rd de Filadelfia. El trayecto fue incómodo para Thomas. Hizo preguntas que ninguno de los hombres contestaba, quedando más angustiado todavía. Cansado de preguntar y que lo ignorasen, y con una actitud despreocupada, se recostó en el asiento y cerró los ojos.

El auto paró en un hangar a las afueras de la ciudad en donde aguardaba un jet privado con destino a Buckinghamshire, Inglaterra. La luna se hallaba en cuarto creciente, su leve luz se intentaba reflejar en la pista. El reloj del salpicadero indicaba las once y cuarto. Thomas fue despertado por el copiloto .

—¡Eh! Señor Fooreman, hemos llegado —dijo dándole en el brazo.

No contestaba.

—¡¡Thomas despierte!!

—¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltado.

—Hemos llegado.

Cinco mil kilómetros de distancia y diez horas de puro aburrimiento le esperaba. Pensó que la reunión se realizaría en alguna de las mansiones que lord Jacob posee en Norteamérica (que no eran pocas) y no a tan larga distancia pero lo más importante, no quería ir a donde siempre llueve, detestaba Inglaterra. También meditó que si lo había citado en su residencia habitual, debía de ser de gran importancia. Era un paso más para Thomas Fooreman.

Embarcaron en el avión y Thomas se sentó en el asiento al lado del baño, mientras los desconocidos se pusieron cómodos en los de enfrente y sin quitar la mirada de Thomas. La voz del comandante se dirigió a ellos.

—Les habla el comandante García, el avión con destino a Buckinghamshire va a despegar, por favor abróchense los cinturones y mantenga el respaldo en posición vertical. Volaremos a una altura de diez mil pies y una velocidad de ochocientos kilómetros por hora. Espero que el viaje sea de su agrado. Gracias.

—Puede dormirse si quiere, el viaje será largo —expresó un hombre de negro.

Una vez el avión estabilizado, planeando por el cielo americano y antes de que se incorporarse al mar Atlántico, Thomas acató con gusto aquella sugerencia. Manipuló la manivela del respaldo y quedó en posición horizontal...

1

Descendieron en un hangar situado a las afueras del condado. Era propiedad de un expiloto militar y amigo del anfitrión, un tal George Heyden, un señor con unos modales que dejaban mucho que desear. Nada más salir, Thomas fue cegado por el sol del medio día. Bajó las escaleras haciendo visera con la mano, para cubrirse parte de los ojos. Aquella ceguera no duró bastante debido a que las nubes taparon el astro rey en menos de cinco minutos. En la pista esperaba un chófer, un joven de treinta años de aspecto aniñado, vistiendo un espantoso traje y una gorra aún más espantosa. Paseaba un cigarro por la mano derecha, la espalda la apoyaba en la puerta de una limusina color ocre .

—Bienvenido Mr. Thomas —dijo abriéndole la puerta.

—Gracias.

Se montó en la limusina dejando en la pista a los hombres de negro. El conductor encauzó la carretera que se dirigía al este. Thomas presenció el paisaje en completo silencio. Una gota cayó en su ventanilla, alzó la vista al cielo y divisó unas nubes negras encima de su cabeza.

—Parece qué va a llover —espetó al chófer.

—En Inglaterra siempre llueve señor.

—Lo sé, por eso me deshice de las tierras de aquí.

Thomas miró su reloj. La manecilla pequeña marcaba las doce y la grande el seis.

—Chófer, ¿cuánto falta para llegar? —preguntó frunciendo el ceño.

Estaba cansado. Su cuerpo no le respondía, el refuerzo le había agotado y lo último que quería era estar viajando de un lado a otro.

—Quince minutos señor.

Se desvió por la salida de la carretera A41. Aquella carretera sin asfaltar, llena de baches al igual que la antigua carretera del cementerio de Mount Moriah, al suroeste de Filadelfia, se dirigía hacia el destino; la casa de campo Waddesdon Manor.

La limusina paró en la verja de la entrada norte. El castillo se hallaba en lo alto de una colina con unas hermosas praderas verdes y unas fantásticas vistas al pueblo de Waddesdon, lástima que Thomas no pudo apreciar aquellas vistas debido a la niebla que cubría el pueblo y a las nubes negras que estaban comenzando a descargar agua. Waddesdon Manor era un castillo de estilo neo renacentista. Diseñado por el arquitecto Gabriel-Hippolyte Destailleur y construida como casa de juegos para el barón Ferdinand de Rothschild.

Albergaba las mejores innovaciones del siglo XIX. La más notable sin duda, la estructura de acero para aguantar la carga de los pisos superiores y que permitía que el diseño de estas plantas fuera diferente. Estaba provista de agua caliente y fría en los baños, calefacción central y

un sistema eléctrico para llamar a los sirvientes. Al terminar de construirse, el barón hizo instalar su colección de arte; tapices, frisos, cuadros, cerámica...

Además mejoró los jardines poniendo varias estatuas, pabellones e incluso un aviario. La atracción principal sin ninguna duda era la fuente de la Proserpina, la obra de arte por excelencia del barón, situada en la entrada sur. Esculpida en mármol por Bernini, representaba el rapto de Plutón (rey de los infiernos) a Proserpina, futura reina del Hades.

El piloto accionó un botón que tenía colgando en el parasol. La cerca se abrió haciendo un chirrido desagradable, ahuyentando a los animales que allí moraban. No llegaba a ser tan desagradable como en la mansión del barón Guy. Se notaba que Jacob Rothschild lo único de lo que cuidaba era su casa y por supuesto a él mismo. Detuvieron el auto en una explanada de arena a modo de aparcamiento, convertido en un barrizal a causa de la lluvia.

Llamó a la puerta del castillo. Un hombre de aspecto refinado, cuerpo ancho y piernas cortas abrió, invitándole a pasar.

—*Monsieur* Fooreman, pase rápido por favor.

Thomas entró veloz para no mojarse más de lo que estaba. El mayordomo le hizo quitarse los zapatos recubiertos de barro; unos zapatos de quinientos dólares comprados en una tienda de la quinta avenida en Nueva York, una soleada mañana de abril .

—Mi nombre es Remy, mayordomo de Lord Jacob.

—Su acento, parece del sur de Francia —comentó Thomas.

—*Oui monsieur* , acertó.

Al mayordomo le encantó que Thomas reconociera su acento y le mostró una ligera sonrisa.

—¿Quizás de Montpellier?

—*¡Oui monsieur!* Dos de dos. ¿Cómo lo ha sabido?

—Me crié en Francia durante un tiempo.

La lluvia que se originó desde que Thomas montó en el coche cesó, dejando un paisaje sucio y sin encanto, un lugar desolado. Remy le proporcionó del armario de la entrada unos zapatos y calcetines para la velada. Solo estaban manchados de barro por la suela y un poco por la punta y los lados pero, —Remy jamás dejaría que nadie se presentara así ante su amo—.

Quizás sí o tal vez no, eso dependería de Lord Jacob, Remy hubiera sido <<fulminado>> en ese mismo instante. A Thomas no le hubiese pasado nada pero el pobre francés...

Si ha servido bien a su señor le harían un re-programado. Sin embargo, aquello no sería lo peor para un lacayo. Al ser sirvientes son miembros y con su despido hubiera pasado a ser un juguete roto en los rituales; una marioneta de trapo a quien acabarían quemando. Todo dependería de su señor.

Los zapatos que ahora llevaba no dejaban para nada que desear a los otros. Si los Thomas denominados por Remy como <<sucios>> —costaban quinientos dólares en la tienda de la quinta avenida de Nueva York—, estos valían el triple, de piel negra, hechos a mano y de diseño italiano.

Resultaron ser bastante cómodos. Parecía que sus pies no llevaban nada, sentía que podía pisar el aire, lo asimilaba a caminar en el suelo de la luna. Era como si aquellos zapatos lo estuviesen esperando. Siguió a Remy a cada paso que daba. El francés le iba contando anécdotas y la historia de cada obra interesante.

—Aquí tenemos al fundador de la casa en toda su lujuria —dijo señalando una pintura.

El lienzo al que se refería ilustraba al barón en una orgía de vino y mujeres, nada de lo que Thomas no supiera. Siguieron andando por el pasillo de las armas y armaduras de distintas épocas .

—El barón era un apasionado de las armas —espetó con un tono serio.

—Salta a la vista —contestó Thomas con sarcasmo.

Al final del pasillo, giraron a la derecha hasta la biblioteca. Remy golpeó con el nudillo la puerta tres veces y abrió. Desde el cerco y en completo silencio, observaron a un periodista con un micrófono y una grabadora colgados del hombro. Estaba recibiendo un paquete de manos de Lord Jacob. Se estrecharon las manos y el periodista salió cruzando mirada con Thomas.

Remy acompañó a Thomas hasta el anfitrión. Se hallaba sentado al lado del sosegado fuego que emitía la chimenea, escuchando el crepitar con la mirada en el suelo. Thomas se sentó en el sillón de enfrente. Entre medias de los dos había una mesa pequeña con dos vasos y una botella de whisky escocés procedente de la destilería personal de lord Jacob.

Los nervios de Thomas se reflejaron en sus manos agitadas y sudorosas. Lord Jacob no paró de mirarlo a su vez que daba sorbos a la bebida.

—¿No le apetece una copa señor Fooreman ?

Thomas con aquella mano agitada destapó la botella y vertió nada más que dos dedos. Condujo el vaso hasta sus secados labios y los mojó, volviendo a dejarlo en la mesa.

—Debo admitir, que me pareció interesante que asesinara a sus padres.

Thomas no contestó.

—Vamos Thomas, relájese, ¿tanto impongo? Sabes, una vez te vi de pequeño, con tu padre, Robert Fooreman, un gran hombre pero como digo, eras tú muy pequeño para acordarte. Tengo que decir que sirves bien, me gusta, yo no lo hubiera hecho mejor, te felicito.

—Gracias mi Lord.

—Llámeme Jacob —añadió—. Estuvo en la fiesta del barón Guy, ¿verdad?

—Sí y en el ritual posterior.

—Lo sé, brindo por su grado —dijo alzando el vaso—. Salud.

—Salud.

—La comida está lista —interrumpió Remy .

—Ahora amigo mío, disfrutemos de la comida que ha preparado el del acento raro.

2

Al terminar la comida el anfitrión llevó a Thomas a su despacho. Lo invitó a sentarse en el sofá de cuero mientras él se acercó al mueble, lo abrió y sacó una botella de coñac y un par de puros.

Lord Jacob encendió el suyo y pasó el encendedor a Thomas. Este lo encendió entre el humo que hacía el del anfitrión. La habitación se envolvió en una nube de espeso humo.

—¿Puedo servirme un trago? —preguntó Thomas con el puro en la boca.

—Por favor... —mencionó Lord Jacob señalando la botella en cortesía .

Sirvió una copa para lord Jacob y otra para él. Las campanas de la iglesia de Waddesdon sonaron dando las cinco de la tarde.

—Bien Thomas, quiero contarle los planes futuros.

Lord Jacob habló largo y tendido con aquella voz casposa sobre los siniestros planes. Thomas escuchó con atención, —aún con el din don de la campana retumbando en su tímpano —, cada palabra que el <<auto-proclamado>> dueño del mundo pronunciaba.

—Queremos atentar contra el World Trance Center —soltó de golpe.

—¿Cuál es la finalidad mi Lord?

—El petróleo amigo mío —añadió—. Haremos creer al pueblo americano que los árabes los han atacado y así, entrar con nuestro ejército y controlar el crudo.

—Una jugada maestra —dijo Thomas entre risas.

—Hemos de esperar, es un objetivo que no se puede lograr de inmediato, necesitará tiempo, planificación y esfuerzo para alcanzarlo. A diario, destruimos el viejo orden, desde los negocios hasta la ciencia, literatura, arte, arquitectura, cine, música, política... Deben atacarnos para sobrevivir, como nosotros debemos destruirles para desarrollar nuestra misión histórica.

—¿Cuánto hemos de esperar?

—La humanidad ya está dando pasos hacia la unificación definitiva para el nuevo orden.

—Requerirá mucho dinero.

—Thomas, tenemos fondos ilimitados con tan solo apretar un botón. Tengo el ojo puesto en ti desde que mató a sus padres. Me gustaría que algún día ocupe mi puesto en la silla.

—¿En algún ritual?—preguntó.

Thomas no comprendió a qué silla se refería lord Jacob. Nunca lo vio participando en los rituales, ni en ninguna ceremonia de ningún tipo, ni en conferencias, ni en ningún lado.

—No mí querido siervo. Es una silla metafórica, es la silla con la que dominas y juegas a tu antojo con el mundo.

A Thomas se le iluminaron los ojos, ya saboreaba ese poder, lo saboreaba...

Lord Jacob cambió el rumbo de la conversación para centrarse en el papel de la mujer. Según contaba, las mujeres fuera de la *orden* no eran bien visto para ellos. Pensaban que la mujer solo valía para cuidar del hombre y procrear. Las pertenecientes, tenían un parecido con la anterior sin embargo, una mujer tenía que someterse a todos los rituales en los que fuera requerido, rituales que podían ser con la familia o gente desconocida. Una mujer tiene que ser violada y si sobrevive, es obligada a casarse con quien ellos deciden. Algunas de ellas, las que son inteligentes y saben utilizar sus armas de mujer, las ponen en puestos de las altas esferas o las utilizan para que seduzcan a quien ellos necesiten. A veces no hace falta matar, tan solo con la belleza de una mujer, el hombre muere solo.

—Vamos a promover el movimiento feminista, un movimiento que romperá familias. Utilizaremos a los niños también.

—¿Qué tienen que ver los niños mi lord?

—Todo, ante el pueblo los niños nos harán de escudo.

Llamaron a la puerta y Remy entró. Sin mediar palabra se acercó a lord Jacob y le susurró al oído.

—Vas a tener que perdonarme, pero en media hora recibo visita.

—No se disculpe Lord Jacob, gracias por esta velada .

—Mi chófer te llevará al *jet* .

—Gracias —mencionó levantándose y haciendo una reverencia.

—¡Ah! Se me olvidaba, ten estas cintas, las escuchas y las destruyes, son interesantes.

—Gracias otra vez, mi lord.

Thomas se fue con Remy. El trayecto hasta casa lo pasó meditando que podía ocultar a aquellas cintas.

CAPÍTULO 5

Thomas fue directo al estudio de su casa de campo en los Ángeles, California. Caminó por el pasillo, giró a la derecha, subió las escaleras que se dirigían a la planta superior y continuó recto. Dejó la puerta entre abierta, cerró las cortinas, se sentó en su sillón de piel color beige (hacia juego con las cortinas) y del primer cajón de su escritorio de madera de ébano, sacó un magnetófono.

Sintió excitación y deseo de saber que ocultaban aquellas cintas dadas por lord Jacob, unas cintas que le hacían creer que él era una pieza con peso en la *orden* pero —nadie es imprescindible—, algo que se daría cuenta más adelante. Encendió un cigarro de su marca favorita y accionó el *play*. Un ruido de fondo parecido a un chisporroteo comenzó a surgir de aquel aparato japonés. De repente, una voz amable masculina se dejó escuchar.

Soy el doctor Lawrence Dunegan. Delante de mí se halla la señora Randy Engel de la U. S Coalition for life. Hoy es 13 de febrero de 1968 y quiero exponer lo que llamo el nuevo orden de la barbarie.

Esta información está extraída de la conferencia celebrada en Pittsburgh el 20 de marzo de 1967. Fue dirigida por el doctor Richard Day, insider de la orden y director médico nacional del Planned Parenthood, patrocinado por la fundación Rockefeller.

Yo estuve en aquella conferencia otorgada a unos ochenta médicos de la asociación de pediatras americanos, para prepararlos para el holocausto. La conferencia fue dada punto por punto que expondré a continuación.

La población será reducida a base de envenenamiento lento a través del agua, alimentos precocinados y la llamada comida basura. Subvencionarán el aborto como elemento de reducción, se expondrá más el asunto y se instigará a las mujeres a abortar. La eutanasia será legalizada y se dispondrá de una píldora de la muerte .

Thomas paró el magnetófono. Le pareció escuchar unos pasos por el pasillo cuando había dado orden explícita, de que nadie lo molestara y menos revolotear por su estudio; saber que alguien se inmiscuía en sus asuntos, era una situación que hervía su sangre como la lava de un volcán a punto de entrar en erupción.

Se levantó malhumorado y con unas ganas terribles de abofetear a alguien (menos a la señora Lanchen) Se hallaba tan sumergido, concentrado en la grabación que odiaba el más mínimo ruido. Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Eres tú, lacayo? —preguntó—. Vas a pagar caro como me estés espiando, te daré una paliza de muerte.

Nadie contestó. Sus palabras se perdieron en el pasillo.

Retornó hacia el interior dejando la puerta entre abierta. Se sentó y cogió del cajón un

estuche de oro, parecido a una polvera de maquillaje, salvo que esta no tenía el producto para la cara. Abrió el estuche en el fondo tenía un espejo y encima de este, un tubo de oro y una bolsita bien cerrada. Despojó el cordel que lo envolvía, volcó la cocaína en el cristal y esnifó del montón, sin hacer ni una ralla. Después, retomó la grabación .

La orden controlará la natalidad y la procreación. Se pedirá permiso al nuevo gobierno para tener hijos pero no se podrá tener más de dos. Suministrarán métodos anticonceptivos a nivel mundial y se podrán adquirir en cualquier establecimiento. Habrá tecnología para la procreación sin tener relaciones .

El sexo será una herramienta poderosa a cara del nuevo orden. Habrá una nueva orientación sexual. Sexo sin procreación y educación sexual a la juventud. La homosexualidad se promocionará, todo estará permitido .

—Todo esto que cuenta doctor, ¿cuándo se llevará a cabo? —preguntó la voz de la señora Engel.

—Lentamente. Es un proceso que requiere paciencia —añadió—. Ahora continuaré con la familia.

Esta será destruida. No habrá prácticamente familias, solo padres y madres divorciados sin dar educación al niño. La medicina será altamente controlada. Se quitarán los médicos independientes. Dificultarán los diagnósticos de las curas para los diferentes tipos de cáncer, y la provocación de infartos de corazón para asesinar personas.

—¡Qué horror! —exclamó la voz de la señora Engel .

Thomas sonrió. Puso el tubo en la nariz y volvió a esnifar .

Las religiones se fusionarán, deberán desaparecer, y modificar la biblia mediante revisión de conceptos clave. La educación facilitará la formación escolar para acelerar la pubertad y la evolución. Jornadas escolares más largas pero sin que los niños aprendan nada. Controlar el acceso a la información es la prioridad.

Los libros que la orden no dé el visto bueno desaparecerán. Falsificación de los conocimientos científicos. Las leyes se modificarán para desencadenar un caos social y moral.

La cinta concluyó al saltar el botón de stop . Thomas la sacó e introdujo la segunda. Aquel ruido de fondo, aquel chisporroteo incómodo al oído, volvió a sonar al accionar el botón. Tras unos segundos la voz del doctor volvió a resurgir.

Las drogas se fomentarán para provocar un ambiente salvaje en los ciudadanos, al igual que el consumo de alcohol. Los alimentos serán controlados suministrándoles en raciones.

El control físico de la población se hará a través de carnes de identificación implantados. Limitar la libertad de viajar. La criminalidad controlará la sociedad.

El dominio industrial americano se limitará. Se fomentará la inmigración, desplazando los pueblos y las economías. El deporte se manifestará a lo grande en la sociedad. Esto sensibilizará a las personas que son ciudadanos mundiales; deportes como el fútbol, voleibol, hockey serán practicados por ambos sexos.

Los deportes típicos de hombres como el rugby o fútbol americano desaparecerán. Las olimpiadas y campeonatos mundiales se organizaran como un gran espectáculo y bajo un enorme despliegue mediático, sirviendo para unificar al mundo.

Habr  sexo y violencia dentro del entretenimiento. Las televisiones y los cines incrementarán la exhibición de pornografía, violencia y obscenidad. Las personas quedarán insensibilizadas frente a la pornografía y violencia. Tendrán la sensación de que la vida es corta, peligrosa y brutal. La música será mucho peor utilizándose para la manipulación.

Sus científicos tendrán control sobre el clima. Podrán utilizarse para crear guerras o para desencadenar sequías y hambrunas. La propiedad de las casas pasar  al pasado. Llegar  un sistema totalitario global.

— Qu  opina señora Engel?

—Es un horror Doctor.

—Esta es su agenda para el futuro. Mi vida corre peligro al divulgarlo.

Aquí termina la conversación. Soy el doctor Lawrence Dunegan. Espero que esto sirva de algo.

La cinta continuó emitiendo el chisporroteo hasta que paró. Thomas sacó la cinta y la guardó en el cajón junto a la otra.

1

Se dispuso a salir cuando de pronto escuchó el sonido de una de las armadura del pasillo caer dando un golpe estruendoso; ¡¡pum!! Retumbó en el pasillo. Abandonó el estudio veloz y al girarse hacia su derecha, halló a su lacayo en el suelo, contusionado, quejándose de la espalda y rodeado por partes de la armadura que había tirado al tratar de huir para que Thomas no descubriera que estaba espíándole.

—Metiéndote en mis asuntos...

Alan emitió alaridos de dolor mientras se arrastraba como una culebra de charca entre las partes de la armadura.

—Sabes cuál es el castigo por espiar a tu señor...

—No por favor —pronunció mal herido .

Thomas lo enganchó por su pelo corto y grasiento, y lo arrastró escaleras abajo. Atravesó el salón con los chillidos desgarradores de Alan; unos gritos que hicieron vibrar las paredes.

—¡Cállate, no grites! —exclamó propinándole un puñetazo en la cara y una patada en el estómago.

El arrastre continuó por la biblioteca entre cientos de libros apilados en las estanterías y cabezas de animales disecadas, hasta una puerta de madera medio comida por las termitas y con un grabado que anunciaba: —Este es tu infierno —Con la mano derecha abrió mientras que la izquierda la tenía ocupada sujetando la cabellera de Alan. Encendió la linterna que guardaba en el hueco de la pared (tuvo que darle un par de golpes con la palma de la mano para que la luz aumentase) y alumbró al interior, donde unos escalones de piedra se dejaron ver. Se hallaban en la bodega que Thomas varios años atrás, había transformado en una sala para de torturas.

Sin mediar palabra, Thomas lo miró. Alan poseía una mirada de auténtico terror; aquellos ojos verdes supieron a conciencia lo que iba a suceder. Lo había visto hacer a otros empleados de la casa como medida de lo que podía suceder si alguien llegara a traicionarle. Recordó la tortura que Thomas hizo a un empleado mexicano; un buen hombre con un bigote de lo más cómico, el cual se trasladó a la tierra del tío Sam con la esperanza de encontrar un futuro mejor para él y su familia. Según había contado Alan a otros empleados cuando Thomas no estaba en casa, aquel buen hombre del bigote gracioso tan solo mencionó a Thomas la necesidad de tener una tarde libre, puesto que su madre se encontraba en el hospital agonizando. Desde aquel día nadie supo de él. Nadie más volvió a verlo.

De una patada en las costillas, empujó a Alan escaleras abajo. Aquellos gritos volvieron a repetirse con más intensidad. En cada peldaño se fue raspando la piel, trozos de dermis diminutos se pegaron en la piedra. Los pasos de Thomas se oyeron bajar con calma mientras silbaba la *Primavera* de Vivaldi.

El hedor que surgía de la ahora convertida en sala de torturas era una mezcla de muerte unido al vino que emanaban de los dos barriles apilados en la esquina inferior izquierda. Thomas encendió la bombilla iluminando la sala .

En el centro de aquella mazmorra se hallaba el clásico potro. Una mesa rectangular grande de madera maciza; se tumbaba a la víctima y se le ataba de pies y manos a un cabestrante donde el verdugo giraba la manivela en sentido contrario para dislocar o llegar a desmembrar extremidades.

A cada lado había varias estanterías con artilugios para el dolor; el cinturón de san Erasmo, el cepo chino, el aplasta pulgares... Para Thomas lo más exquisito y por lo que de verdad sentía gran devoción, era la llamada —doncella de hierro—.

Apoyada en la pared, al lado de los barriles, en posición vertical, se encontraba un ataúd de hierro con forma antropomórfica, con una cara que la gente decía asimilar con María, madre de Jesús. Su cuerpo mediría más de dos metros de alto y uno de ancho.

A simple vista parecía inofensivo, un mero objeto raro de decoración, un objeto que si no sabías de su utilidad, solo valdría para acumular polvo. Sin embargo, su interior guardaba un secreto turbador; docenas de clavos punzantes y oxidados. Se introducía a la persona por las dos puertas las cuales abrían con independencia, y al cerrarlo, los clavos se insertaban por todo el cuerpo. Si acercabas la nariz todavía se podía degustar la esencia del hierro mezclado con la sangre.

Thomas lo pateó en el suelo con firmeza hasta dejarlo media atontado. Lo levantó y lo tendió en el potro, ató los pies y las manos y dejó que volviese a estar consciente. Cuando Alan volvió en sí y fijó su mirada en aquel artilugio abierto, pensó que podía ser la siguiente víctima de la doncella. Las cuerdas vocales de Alan gritaron hasta quedarse afónico.

—Puedes gritar todo lo que quieras, nadie te escuchará.

Alan intentó librarse de los nudos, algo imposible debido a que Thomas lo había atado a conciencia; cuanto más trató de librarse, las ataduras quemaron más su piel.

Un pensativo Thomas se acercó a las estanterías y comenzó a rebuscar.

—¿Dónde lo habré puesto? —pronunció para sí mismo—. Mmm... ¡Aquí esta!

Le enseñó lo que fue la primera tortura. En su mano derecha portaba una vara de acero de no más de un metro de largo, con sangre en un tono negro, en un extremo. La izquierda la mantuvo libre para dar pequeñas bofetadas a su cautivo. Ayudado por las poleas colocó a Alan en posición vertical, quitó sus zapatos y dejó los pies al aire.

Thomas subió las mangas de su camisa y dijo unas palabras:

Ball honoris causa et poena.

Atizó la planta del pie derecho con todas sus fuerzas. El chillido de Alan fue desolador. Thomas jamás había escuchado uno bramido como ese. Siguió golpeando, alternando entre el pie derecho e izquierdo, dejando los pies chorreando sangre y en carne viva.

El dolor le subió a Alan hasta llegarle al cerebro. Thomas paró cuando volvió a desmayarse. Posicionó sus dedos en el cuello y le tomó el pulso.

—Sigues vivo, que pena... ¡Eh despierta! —exclamó golpeando su cara.

Alan reaccionó al cuarto golpe. Con medio ojo abierto observó a su castigador.

—Si quieres, puedes matarme ya... —imploró.

—¿Morir? Eso es lo que quieres pero... Me servirás hasta que muera .

Thomas se aproximó hasta los artilugios y analizó cuál podría escoger.

—Qué tenemos por aquí... ¿La cigüeña? No esa no, muy lenta ¿El látigo? No demasiado simple... ¡Lo tengo! ¡El aplasta pulgares! ¡Me encanta este artilugio!

Aquel artefacto consistía en dos trozos de hierro rectangulares unidos por dos tornillos en vertical. Se introducía la mano y se giraba la manivela.

Thomas introdujo la mano izquierda de Alan a la altura de los nudillos. Giró la manivela dando dos vueltas.

—¿Lo notas? ¿Notas el dolor? —preguntó sonriente.

Alan callaba.

—¿No dices nada? Eso es porque no lo notas, entonces apretaré un poco más hasta que lo notes.

Giró la manivela un cuarto de vuelta y en la cara de Alan se apreció que no podía más. No pudo soportar aquel giro y rompió a gritar.

—¿Ves? No era tan difícil, ahora te dejaré solo. Pórtate bien.

Thomas apagó la luz y subió a la casa.

2

Thomas meditaba en silencio al lado del reloj de pie antiguo que adornaba el salón. Su pensamiento era que hacer con Alan. Había acontecido veinte minutos desde que lo dejó gritando, llorando como un bebé y con la única compañía de las ratas y las arañas que se escurrían por las paredes. Dirigió sus pasos hasta la cocina, sacó una bandeja y colocó dos piezas de fruta y una botella con agua del grifo.

Regresó a la mazmorra con la bandeja. Al llegar, halló a Alan con la cabeza ladeada, con la saliva cayendo por sus blanquecinos y agrietados labios, mirando tristemente a la doncella de hierro. Thomas dejó apoyada la bandeja en la mesa auxiliar, desenroscó la botella y le dio de beber .

—Cuántas personas habrán muerto en la doncella... —dijo un exhausto Alan.

—No sé, quinientas, mil, dos mil... La última vez que la abrí, seguía oliendo a sangre — declaró dando de beber un poco de agua a Alan.

—Seguro que esa gente tuvo un final mejor que el mío.

Thomas sacó una navaja de su bolsillo del pantalón. Con tranquilidad se sentó en una silla al lado de Alan y peló una de las manzanas.

—Sabes qué, algún día pagarás por todo lo que hacéis.

—¿Serás tú quién lo haga? —Thomas comió un trozo—. Eres un simple lacayo, un despojo, un estúpido a mí servicio.

—Hay un dios justo.

—Ja, ja, ja, ¿has tenido una revelación? Nosotros servimos al todopoderoso Baal y tú me sirves a mí. No lo olvides.

—Baal no es nadie.

Thomas cambió la expresión alegre de su rostro, a una de furia al escuchar el nombre de Baal. La vena de la frente nació. Empezó a crecer y a palpar, —parecía un caballo desbocado sin ningún motivo aparente—, bueno sí, no admitía insultos hacia Baal. Dejó de disfrutar la rodaja de manzana y se levantó de la silla. Le arreó un golpe en la cara y como caballo desbocado que estaba, clavó la navaja en el centro de la rodilla.

—¡Jamás me oyes! ¡Jamás digas que Baal no es nadie! —expresó mientras le golpeaba cada vez más.

Después de golpearlo, giró la manivela del aplasta pulgares dos vueltas más. Se escuchó el crujir del hueso —¡¡crac!!— azotó la sala. Para Alan el dolor ya se hizo sostenible. Las fuerzas lo habían menguado, abandonándolo a su merced. Ya solo le quedó dejarse hacer lo que Thomas quisiera.

Thomas seguía girando la manivela. Los crujidos se hicieron cada vez más intensos.

¡¡¡Crac!!! ¡¡¡Crac!!!

—Otra vuelta más, y te dejaría sin dedos. ¿Quieres?

Sin embargo, Thomas no lo hizo. No por que quisiera apiadarse de él puesto que Thomas Fooreman no se apiadaba de nadie. Eso le conllevaría a tener un sirviente lisiado y eso no tendría ningún sentido, si fuera por Thomas lo estaría torturando y vejando hasta la muerte.

—No te voy a dejar sin dedos porque los necesitas para servirme pero, la tortura continua.

Encendió un cigarro, dio una calda y a continuación, comenzó a quemar las plantas de los pies, justo donde se encontraban la heridas y la sangre.

Alan daba muestras de un espantoso dolor al ser una parte sensible. Thomas continuó subiendo por los tobillos y piernas hasta llegar a la cintura. Consumido el cigarro, volvió a encender otro y seguir por la parte que quedaba; abdomen y pecho. Hizo bastantes quemaduras en aquella zona, en cambio, cuando llegó al cuello, paró.

—No me gusta que mis lacayos tengan la cara marcada.

La noción del tiempo se había perdido en aquella mazmorra. No sabía si era de día o de noche, de mañana o de tarde. Por otro lado, como Thomas expresó: La tortura continua.

Tocó el turno a las tenazas. Con un gesto de abrir y cerrarlas y una mueca pérfida de su boca, se las mostró. Alargó el brazo y abrió la mandíbula de Alan, sujetó la lengua húmeda y asquerosa, metió aquella tenaza y le arrancó un molar superior. La sangre salpicó la cara de Thomas.

—¡Mira cómo me has puesto estúpido! —clamó dándole otra bofetada.

Subió a la casa para limpiarse la cara. Pasó por el salón y observó el reloj marcar las tres y veinte de la madrugada. Tras lavarse y refrescarse un poco, decidió irse a dormir. Regresó a la mazmorra y desde el último escalón, se despidió de Alan.

—Buenas noches, descansa —dijo apagando la luz.

Thomas se fue a dormir.

3

El despertador de la mesilla sonó a las diez de la mañana. Esa hora era la que Thomas Fooreman se levantaba a diario, tuviese o no algo que hacer; —la vida de rico—, como solía decir. Aquel ring-ring hizo a Thomas levantarse eufórico, con unas ganas atroces de seguir torturando a Alan. Se vistió de manera informal; una camisa negra y unos pantalones vaqueros. Por la casa, paseaba haciendo sus labores la ama de llaves, la señora Lanchen. Thomas la saludó con cariño, —tal vez era la única mujer que respetaba y había respetado toda su vida y a quién había querido como a una madre—. Lo crió desde niño cuando la mujer trabajaba para sus padres adoptivos. Al hacerse Thomas mayor, se la arrebató a sus padres. Se dirigió a la cocina, desayunó y al acabar, telefoneó a uno de los médicos de la *orden* .

Transcurrido media hora, el médico aporreó a la puerta. Tenía constancia de a qué venía. Ellos en estas situaciones no preguntan, solo se limitan a curar.

Thomas abrió y encontró a un señor de cincuenta años, mentón recortado, pelo canoso y unas manos largas que portaban un maletín con las letras A. C.

—Soy el doctor Clarks —mencionó dándole la mano.

—Thomas Fooreman.

Lo llevó hasta la mazmorra donde encontraron a Alan dormido. El doctor cogió las riendas de la situación ordenando a Thomas mantenerse alejado y estar callado.

—Alan despierta —espetó moviéndolo.

—No, más tortura no...

—Soy el doctor Clarks, vengo a curarle.

—Déjeme morir...

—Eso quisieras tú —dijo Thomas.

—Señor Fooreman... Por favor... —interrumpió el doctor .

El doctor sin hacer ningún gesto y sin cambiar esa expresión desinteresada que portaba, abrió el maletín y sacó una bata blanca, un algodón y desinfectante. Se puso la bata y con sutileza fue curando las heridas de Alan. Todavía llevaba la navaja clavada en la rodilla. La quitó y examinó la extremidad.

—No parece tan grave, más profundidad y hubiese tocado la rótula.

—Lástima —replicó Thomas.

Pasó a examinar la peor herida, la mano. Se hallaba destrozada. Las uñas se habían convertido en un polvo fino, como arena refinada de una hermosa playa paradisíaca. Las

falanges, al igual que los nudillos, estaban aplastadas y poseían alrededor un color morado tirando a negro. Echó mano al maletín y sacó una sierra, quitó la hoja y puso una nueva.

—Tendré que segar la mano.

—¡Eh! Espera un momento —interrumpió Thomas—. Nada de segar la mano, así no podrá servirme.

—No hay otro remedio.

—¿Qué hago yo con un sirviente lisiado?

El doctor agachó la cabeza, indiferente a las palabras de Thomas pero aún así, esperó.

—Hágalo si no queda más remedio, de igual manera me va a servir.

Segó la mano a la altura de la muñeca e hizo un torniquete. Una vez que la mano cayó al suelo, Thomas pisó la extremidad entre carcajadas. El doctor acomodó una gasa mojada con desinfectante para curar la cavidad bucal debido a que no paraba de supurar.

—He terminado, si no me necesita me voy.

—Lo acompaño hasta la salida, ha hecho un gran trabajo doctor.

—Si usted lo dice... Vendré en unos días a examinar las heridas.

Al despedirse, notó en la cara del médico no estar de acuerdo con aquellos métodos, algo que para Thomas era insignificante —lo podía matar ahí mismo, estrangularlo y la *orden* le daría una medalla—. Sería el juramento hipocrático el que le hacía no estar de acuerdo con los métodos, pero aquel sentimiento se le pasaría cuando al final de mes, le ingresaran la jugosa cifra de diez mil dólares en su cuenta bancaria. Thomas Fue hasta la cocina y abrió la nevera. En la parte de abajo, del congelador sacó una bolsa con hielos. Cogió un cubo, lo llenó de agua hasta los bordes, echó todos los hielos de la bolsa y retornó a la mazmorra.

Dejó el cubo en el suelo y quitó las ataduras de Alan. Este provisto de la poca ira que le quedaba, lanzó un débil puñetazo a Thomas que, dado la debilidad de Alan, no llegó ni a rozarle. Thomas ni pestañeó.

—Vaya, vaya... A alguien le queda alguna fuerza... Necesitas un poco de agua.

Lo aferró de los pelos y sumergió la cabeza en el cubo. Lo mantuvo sumergido cinco segundos y lo sacó, repitiendo el proceso con intervalos de descanso cada dos segundos.

Thomas se acordó que tenía una cita a las trece horas. Dejó tirado a Alan y subió raudo a observar el reloj. Las agujas marcaban las doce y cuarto.

En esos cuarenta y cinco minutos tuvo que ducharse y ponerse un traje de los caros. La visita que esperaba era de suma importancia, tanto a nivel personal pero sobre todo a quien representaba .

Con puntualidad, llamaron a la puerta. Thomas se hallaba delante. Se miró en el espejo del recibidor para darse los últimos retoques. Vestía un elegante traje beige, chaleco marrón, camisa azul marina, una corbata negra y el pelo engominado. Al abrir presenció a un señor mayor con sotana y alzacuellos.

—Padre Melnick... Me alegro de verlo —pronunció besando su mano.

—Yo también Thomas.

Después del saludo secreto, ambos se abrazaron.

—Adelante, está usted en su casa.

—Gracias mi querido amigo.

Los dos se conocían desde hacía mucho tiempo. Él fue quién acogió a Thomas cuando quedó huérfano hasta que fue adoptado por la familia Lemoine. Ambos sentían una profunda estima el uno hacia el otro. Thomas lo condujo hasta la biblioteca. Allí entre todas las estanterías repletas de libros, se sentaron en los sillones de piel.

—¿Me disculpa padre?

—¿No nos hemos ni sentado y ya me dejas solo? No tarde, tengo noticias para ti .

Se dirigió a la parte trasera. En el jardín, al lado de la piscina, se hallaba la señora Lanchen conversando con el jardinero. Fue corriendo hacia ella, se detuvo y de un grito, mandó al jardinero al interior. Este dejó las tijeras de podar y se marchó como su amo había ordenado.

—Señora Lanchen.

—Dime querido.

—Necesito que me ayudes.

—¿Qué pasa?

—Está el padre Melnick y no tengo sirviente.

—¿Y Alan?

—Digamos... Qué está ocupado.

La señora Lanchen cambió a la misma cara que ponía cuando pillaba a Thomas de mintiendo. Una cara de madre.

—En seguida voy.

Regresó con el padre Melnick y se sentó en el sillón, jadeante, con la boca pastosa, intentado tragar saliva para poder hablar.

—Thomas le veo alterado, ¿está bien?

—Sí padre, ¿qué tal está, me trae noticias? —preguntó intentado relajarse.

—La Santa sede da una ceremonia, nos gustaría que asistiera.

—¿Cuándo sería?

—Está todo aquí —dijo entregándole un sobre.

La señora Lanchen apareció con bandeja de plata y encima dos tazas y dos jarras grandes. Una portaba agua caliente con varias bolsas de té en su interior y la otra leche fresca. Lo tomaron con tranquilidad, mantenido una conversación informal, hablando de los viejos tiempos y de los que estaban por llegar.

4

Thomas despidió al padre Melnick pasadas las cinco de la tarde. Guardó el sobre en el cajón del recibidor y se dirigió a la mazmorra a ver como estaba su víctima.

Al llegar comenzó a dar vueltas alrededor Alan, contemplándolo siempre con una sonrisa malévola y aires de superioridad y más sabiendo que había sido invitado a la Santa sede. Alan estaba dormido, la nariz le silbaba y su respiración era dificultosa.

—Otra vez dormido... ¡Eh, despierta!

Abrió los ojos y contempló a Thomas con una vara de hierro en la mano .

—Creo que esta será la última tortura que te haga.

—Quiero morir, te lo imploro.

—Me servirás de por vida.

Fabricó una forja rudimentaria con un recipiente metálico con el que a veces, hacía una tortura curiosa; agarraba una rata y la colocaba encima de la tripa de alguna víctima, la tapaba con el recipiente metálico y lo calentaba hasta que la rata roía la tripa, sumergiéndose en las entrañas intentando salir. Thomas echó carbón y lo calentó hasta alcanzar el suficiente calor para calentar el hierro.

—¿Ves esta vara? Lleva las iniciales de mi familia, cuando mueras, tu alma seguirá a mí servicio.

Introdujo el hierro en la forja y dio vueltas hasta coger un fuerte e intenso color rojo y naranja.

Cuando la vara manifestó ese color anaranjado intenso, Thomas desabrochó la camisa de Alan y a dos manos, hundió el hierro en el pecho. Fueron dos segundos el tiempo que estuvo clavado sin embargo, para Alan fueron demasiados.

No gritó de dolor aunque por dentro lo estaba deseando. Solo emitió un gruñido con la boca cerrada. Necesitaba gritar pero no quiso darle ese placer a Thomas. Un olor a carne churrascada y un humo blanquecino que se disipó enseguida, engatusó el ambiente de la mazmorra. Lo dejó una marca circular de un tamaño de siete centímetros y una profundidad de dos milímetros con las letras F. S.

Había decidido no torturarlo más pero, por otro lado, la mente malvada y siniestra de Thomas no lo permitió. Esas voces que oía en su mezquino cerebro dijeron que continuara:

Sigue torturando, todavía puede aguantar, hazlo por nosotros, hazlo por Ball, agradéceselo ...

Buscó por toda la mazmorra algún utensilio que le pudiese servir. Tropezó con unos ganchos, cogió el más grande y puntiagudo y lo insertó en el abdomen de Alan.

Aquella tortura no lo agradó nada a Thomas; insertar un gancho en el abdomen le pareció la idea más estúpida que había hecho. Se sentó en el suelo y quedó pensativo. Por su mente pasó una tortura que había visto hacer. El mayor problema era que no tenía el artilugio, ni si quiera se acordaba del nombre.

Thomas se trasladó a la biblioteca. De las tres inmensas estanterías repletas de toda clase de libros, cogió un ejemplar de un libro titulado: Torturas a la humanidad, firmado por un inquisidor Español. Era un ejemplar de no más de quinientas páginas que recogían instrumentos y su ejecución para destrozarse el cuerpo y dar muerte a quienes ellos consideraban.

Se sentó en la silla y acomodó el libro en la mesa. En la página doscientos cincuenta y nueve encontró lo que buscaba, una tortura llamada — la gota china —.

Consistía en movilizar a la víctima boca arriba y dejarle caer una gota de agua cada cinco segundos. A continuación de un tiempo de goteo, provocaba daño físico en la piel.

No todo era el daño físico. A la víctima le provocaría una auténtica locura la constancia de las gotas cayendo en la frente; eso era lo que busca Thomas, si el daño físico ya no le hacía *nada*, ahora pasaría a castigar la mente de Alan. Se desplazó a la caseta del jardín donde el servicio almacenaba herramientas y materiales de la casa.

Un minuto le bastó para decir todo lo que iba a llevarse; unas cadenas, mosquetones, dos recipientes redondos de plástico y una taladradora .

Ya en la mazmorra, lo primero que realizó fue pasar las cadenas por encima de un tablón de madera.

Alan contemplaba el trabajo de Thomas en silencio, lo observaba, miraba a la estructura y volvía a observar a Thomas quien construía sin titubeos aquel castigo. La estructura estaba montada, ahora solo faltaba el goteo. Con la navaja todavía manchada de sangre, talló con astucia un tubo de plástico para que cayese la gota.

—¿Qué sientes?

—Frío.

Plic, plic...

Sonaba en la frente.

—Al principio no sentirás mucho, pero a medida que avance te irás alocando.

Lo dejó con la gota cayendo y subió a la casa. Recordó que aún tenía la invitación sin abrir guardada en el cajón. Se acercó al recibidor y sacó el sobre. Con la ayuda de un abrecartas de plata rasgó el sobre y extrajo un folio plegado y con olor a tinta reciente. Llevaba el emblema del Vaticano y cinco líneas que describían dónde y cuándo tenía que estar .

Ciudad del vaticano, 20 de diciembre de 1975

Excelentísimo Señor Fooreman.

Me es grato hacerte llegar mi saludo y cercanía e invitarle a la ceremonia que se celebrará el día 25 de diciembre en la Santa Sede.

Pablo VI

Thomas no pudo creer la invitación que estaba recibiendo. Esa era de mayor importancia que la recibida para la fiesta del Barón Guy e incluso pensó ,que mejor que la reunión que mantuvo con Jacob Rotshield.

Bajó a la mazmorra para contárselo a Alan y tal vez, si le apetecía, preguntar cómo se encontraba.

—¿Cómo te encuentras?

Alan no respondió.

—¿Sabes quién me ha invitado? ¡La Santa Sede! —dijo quitándole el goteo.

Alan balbuceó. Thomas examinó la frente de Alan.

—Mmm... Está un poco rojo, no es mucho pero bueno, estoy tan feliz que te soltaré. Has tenido suerte .

Como había dicho lo soltó. Lo trasladó hasta la habitación en volandas (el peso de 70 kilos se había reducido a 65) y lo dejó durmiendo todo el día. Sobre las dos de la tarde, Thomas subió a despertarlo con una bandeja en la mano llena de alimentos.

Apoyó la bandeja a los pies de Alan y de un zarandeo lo despertó.

—Despierta.

Alan abrió el ojo.

—Eres un malnacido.

—¡Eh! ¿Quieres volver a la mazmorra? —añadió—. Ten, come.

Cortó una manzana y se la dio.

—Vas a acompañarme al Vaticano.

—Mírame, me has dejado tullido.

—Da igual, vendrás aunque tenga que volver a arrastrar del pelo. Te dije que me servirás de por vida, ¿lo has olvidado? Yo no.

Alan no tuvo más remedio que aceptar lo evidente, aceptar el destino que conllevaba seguir a Thomas de por vida sin embargo, los destinos se pueden cambiar. No se veía con fuerzas, Thomas lo había despojado de su dignidad, humillado, vejado...

Solo faltaban tres días para viajar a la santa sede. Las heridas de Alan todavía no se habían curado bien y poseía la llamada sensación del <<miembro fantasma>> .

Sentía dolor en el lugar donde debía estar la mano. Un hormigueo que recorría unos dedos inexistentes, calor y frío en una extremidad muerta.

Aquello fue la detonación de la maldad de Alan.

Thomas no se percató del acontecimiento que vendría más tarde. Subió a la habitación de Alan puesto que lo estaba buscando y este no daba señales de vida y para Thomas, que alguno de sus empleados no contestara cuando lo llamaba, era un falta que se castiga con gravedad. Encontró la puerta cerrada. Según su criterio y sus normas, ningún empleado puede tener la puerta cerrada puesto que, como solía repetirles día tras día, minuto a minuto: —Vosotros no tenéis privacidad, yo sí—.

Antes de aporrear la puerta y entrar arrasando con todo, Alan abrió. Quedó pálido al encontrar a Thomas delante de él. Se suponía que había salido y que Alan al fin podría tener esa privacidad que necesitaba para ejecutar sus planes. Empezó a ponerse nervioso por si Thomas lo había oído hablar por teléfono. Una ligera gota de sudor frío cayó por su cuello.

—¿Qué hacías con la puerta cerrada, quieres ir otra vez a la mazmorra?

—Lo siento señor, no volverá a pasar.

—Esta vez lo voy a dejar pasar porque estoy contento, pero si te vuelvo a encontrar con la puerta cerrada, irás a la mazmorra y será más duro. Ahora haz las maletas.

—Tu último viaje —murmuró Alan.

—¿Cómo dices?

—Nada señor, lo que usted diga.

CAPÍTULO 6

Aquel piloto alemán pidió pista en el Aeropuerto di Roma-Ciampino a las seis de la mañana del 23 de diciembre de 1975. Thomas pasó el trayecto dormido. Nada más bajar, como en todas las ocasiones, varios coches aguardaban en la pista.

De uno de los cuatro todo terrenos negros, lunas tintadas y una antena doblada encima del techo —parecían haber salido de una buena película de acción de las protagonizadas por hombres musculosos que solo saben pegar tiros con la pistola—, se apeó el padre Melnick escoltado por dos guardias suizos y varios agentes de la policía vaticana. El temporal no favorecía. El día estaba gris, caía una intensa lluvia sucia y el viento esperaba su turno para soplar con fuerza. Las autoridades habían catalogado la tormenta como una de las peores que había azotado la ciudad en los últimos cinco años. El padre Melnick se acercó con un paraguas en la mano.

—Rápido Thomas, resguardase.

Ambos montaron en el auto pero Thomas no pudo evitar que se mojara el bajo del pantalón, quedando sucio y arrugado, dejando a Thomas en cólera. Alan y la guardia subieron en el auto de atrás. El conductor los llevó por la carretera principal y varias secundarias para terminar en una calle ancha donde estaba la residencia.

Al lado de la iglesia Santi Michelle e Magno, se hallaba uno de los múltiples edificios que poseían los clérigos. El padre llamó a la puerta y otro sacerdote abrió.

—Padre Melnick, lo esperábamos —dijo haciendo una indicación para que entrara—. Adelante.

—*Grazie* —añadió—. Este es Thomas Fooreman.

—*Benvenuto* señor Fooreman, soy el padre Monroe, está usted en su casa.

—Agradecido —pronunció sonriente.

El padre Monroe los llevó hasta los aposentos de arriba. Recorrieron un pasillo largo y estrecho, giraron a la izquierda hacia otro pasillo con unas escaleras y un olor a incienso terrible, velas y adornado con cuadros religiosos que daban espanto verlo.

Alan cargó las dos maletas con bastante dificultad. Las llevaba todas en el brazo derecho, el izquierdo seguía con la herida fresca. Mientras que Thomas conversaba con los dos sacerdotes, Alan lo miró frunciendo el ceño.

—Vamos lacayo, no te retrases —espetó agresivo.

La parte de arriba era amplia y constaba de seis dormitorios. El padre Monroe instaló a Thomas en la habitación del fondo, una estancia con toda clase de lujos pagados por los fieles del <<cristianismo>> situación que le hacía mucha gracia a Thomas. Las demás eran ocupadas por distintos clérigos. De seguido, instaló a Alan en la zona de servicio, ubicada en la parte de abajo,

al lado de la cocina. Una habitación con cinco camas, un armario y una mesilla.

1

Cuando todavía no había amanecido y aún perduraba la noche en Roma, Thomas fue despertado por el Padre Melnick. Eran las seis en punto.

—¡Arriba Thomas!

—Grr...

—No podemos hacer esperar.

—Un rato más...

—¡Venga! —exclamó tirando de la sábana.

A regañadientes y obligado por la persistencia del Padre Melnick, Thomas se levantó y bajó hasta el comedor. Se hallaba una mesa larga de roble macizo y seis sillas alrededor .

Thomas se sentó en la parte izquierda. A su lado tenía a tres jóvenes sacerdotes recién salidos del seminario, —<<sangre joven a quien moldearía a mi antojo>>— pensó. Situado en el otro extremo presidiendo la mesa, estaba el padre Monroe.

Durante el desayuno mantuvieron conversaciones irrelevantes llegando a tocar el sin sentido. Acabado, el padre Monroe se limpió los restos del desayuno que caían por una barba marrón con la punta canosa, que lo hacía distinguir con un aire parecido a un monje franciscano. Se levantó y mandó al servicio que recogiesen todo.

—Padre Melnick, señor Fooreman, nos esperan.

Abandonaron la residencia a las ocho y cuarto para ir a su destino, la basílica. La lluvia que el día anterior había azotado la ciudad, había cesado, pasando a dejar un resplandeciente día. Los mismos autos que vinieron a recogerlos, esperaban subidos en la acera. La puerta del copiloto se abrió y un guardia suizo bajo para abrir las puertas traseras.

Las calles se hallaban abarrotadas. Se estaban formando grandes atascos por cualquiera de las calles y avenidas. Aquel *carabinieri* que dirigía el tráfico, con un gesto de la porra y un pitido de silbato, los dio paso para que atravesaran por el cordón policial para después, proseguir por la calle Borgo Santo Spirito y continuar por la vía Paolo V.

El conductor rodeó la fuente de la plaza de San Pietro y paró en la puerta de la basílica. Arriba en las escaleras, esperaba el papa Pablo VI acompañado por su escolta y policías del Vaticano. El pontífice descendió los cinco peldaños para recibir a ambos. Vestía su alba, la banda de seda blanca adornada con el escudo papal en el cuello y en la cabeza, el solideo blanco.

—¡Padre Melnick! ¡*Quanto tempo!*

—*Santita* .

Ofreció la mano y el padre Melnick la besó con gusto para después, hacer el saludo

secreto.

—*¿Come stai amico mio ?* —preguntó el papa.

—*Bene, ¿e pei?*

—*Bene, bene .*

—*Questo é il signor Thomas Fooreman, ospitequer la cerimonia .*

—*Benvenuto nella casa di Dio, fligio mio.*

Ofreció la mano y Thomas hizo lo mismo, besó la mano e hicieron el saludo.

—Una cosa signor Fooreman, *il suo lacché rimarrá con la mia segretaria .*

Thomas quedó pensativo. No hablaba mucho el italiano.

—Thomas —interrumpió el padre Melnick—. Alan se quedará con el secretario.

—De acuerdo —añadió—. Ya le has oído, largo.

Pasaron a la basílica por la llamada puerta *Filatere* ; una puerta de bronce adornado con grabados. Custodiando la puerta se hallaba un sargento y dos alabarderos quienes con sus lanzas en alto, saludaron a su Santidad nada más entrar. Dentro de aquella obra arquitectónica a la cual, nombraban como la iglesia más grande de la cristiandad, se agolpaban turistas para visitar cada rincón, cada pieza, cada olor que pudiera desprender aquellas paredes de mármol llenas de tanta historia.

El pontífice los condujo por un corredor que conecta la basílica con el palacio apostólico. Subiendo la escalera real llegaron hasta el salón real. La sala de treinta y cuatro metros de ancho, doce de largo y treinta y tres de alto, era la llamada sala de recepción .

Por la puerta de la izquierda, entraron a la capilla Sixtina. Thomas quedó indiferente al observar aquellos frescos dado que para él, no representaban a su deidad, no obstante, no le quedó más remedio que caer rendido ante la fantástica obra de Miguel Ángel.

2

Después de una larga visita por las salas y museos, a Thomas se le hizo un poco pesada tanta visita guiada. El pontífice los llevó a la biblioteca, una magistral sala que alberga más de un millón de libros entre antiguos y modernos.

Pero esa no era la sala que el papa quería enseñar a Thomas. A través de un pasadizo oculto entre estanterías y polvo, el padre Melnick abrió una trampilla para a continuación, bajar diez escalones de piedra, apareciendo ante una puerta gruesa de madera con un emblema tallado; dos llaves cruzadas y una frase que rezaba:

Archivum Secretum Apostolicum Vaticanum

*** *

Junto a la puerta del aquel subterráneo, hacía guardia el archivero, leyendo una revista a la luz de una vela. Tenía más de setenta años. Había pasado más de media vida custodiando el archivo. Sabía de cada rincón, de cada libro, de cuantas motas de polvo albergaba cada ejemplar. Su vida eran esos libros. Se levantó de la silla, besó la mano del pontífice y sacó una llave antigua, la introdujo en la cerradura y la giró a la izquierda. Pasaron a su interior y recorrieron un pasillo hasta dar con una segunda puerta.

Con la misma llave abrió. En su interior, se hallaba ochenta kilómetros de estanterías. Cada una albergaba ciento de libros apilados, más de mil años de historia oculta en alrededor de más de cien mil libros repartidos.

—*Sua santità, ¿vuoi vedere qualcosa in particolare?*

—*Si, tutto ciò che riguarda Galileo.*

—Por aquí.

El recorrido comenzó en el ala este. El archivero se iba parando por las estanterías, contando hechos de cada ejemplar que pensaba que sería de interés para Thomas. Aunque para este último, aquello le parecía una estupidez; ¿ver libros viejos? ¿Quién quiere ver libros cuando puede uno divertirse?

De entre unos libros viejos llenos de polvo, sacó una carta metida en un sobre color sepia, con unas medidas de doce centímetros de ancho por dieciocho de largo, donde el destinatario era el papa Pío XI y el remitente, el dictador Benito Mussolini. El aspecto era moderno aunque a saber cuánto tiempo llevaba sin ver la luz. La carta daba las gracias al papa por los tratos hechos para proteger el interés de la Iglesia a cambio del silencio sobre el antisemitismo del dictador.

A medio kilómetro, el archivero frenó ante un armario situado a la derecha. Abrió una de las dos puertas y sacó una carpeta de cuero, con el sello en lacre del heráldico de la Santa sede.

Con sumo cuidado para no dañar la carpeta, quitó el cordel que lo envolvía y mostró unas anotaciones.

—Estas son las notas del proceso contra Galileo Galilei.

Representaba las preguntas de la comisión de expertos y las repuestas del científico. Según las anotaciones contadas por el archivero, comprenden las mentiras y manipulaciones de la iglesia en el proceso .

La última carta que enseñó antes de pasar a la zona de interés, era una misiva que el papa Pío XII escribió a Adolf Hitler en diciembre del 34. En aquellas líneas se describe el complot del pontífice para matar a Hitler, debido a que el dictador, era una seria amenaza para la Iglesia y tenían que quitárselo de cualquier manera. La parte final era relativa al pacto de la Iglesia con el Tercer *Reich* .

Siguieron avanzando entre estanterías, libros y polvo, a su vez que el archivero y Thomas conversaban.

—¿Quién más sabe de este lugar?

—No mucha gente, nosotros, miembros del gobierno y familias importantes.

—Si esto llegara a ver la luz...

—Adiós al negocio señor Fooreman.

—¿En quién cree usted? —preguntó Thomas sonriente.

—En nuestro líder y señor Baal.

—¡Salve Baal!

—¡Salve!

Giraron hacia un corredor estrecho. Pasaron a un habitáculo en el cual no había nada salvo ratas comiéndose otras ratas. En la esquina superior izquierda, abajo de una ventana, se hallaba una trampa. El archivero se acercó y llamó a Thomas.

—Échame una mano señor Fooreman.

Thomas observó la inscripción en latín tallada en la madera.

Abscondita subiacet veritas .

Ambos levantaron la trampa. El primero en bajar fue el archivero, seguido del papa, Thomas y el padre Melnick. Se encontraban en un laberinto de corredores debajo de la Fontana de la Pigna. Contenía estanterías de metal repletas de los llamados evangelios prohibidos.

—Thomas, todos estos libros corresponden al Cristianismo.

El pontífice había permanecido en silencio bastante tiempo. Antes de que pudieran comenzar a desentrañar los secretos sobre el Nazareno, abrió la boca.

—*Amici vi devo lasciare, ho un incontro coi cardinali* .

—*Secondo la Santita* .

—*La acompagno* —afirmó el padre Melnick.

A solas, el archivero empezó con total libertad a sacar una serie de escritos catastróficos para la Iglesia y la *orden* . De la tercera estantería, en la parte superior, cogió un documento cuyo contenido describía como se fundó el Cristianismo.

Escrito por Hosirius de Córdoba, aquel libro de veinte páginas narra el encuentro de Hosirius con los ayudantes de Baal en una cueva ubicada a las afueras de Roma. Los seres mandaron un mensaje al emperador a través del secretario para dejar el cristianismo como una única religión, así Baal controlar a los miles seguidores del Nazareno.

Según el relato del secretario, el emperador se negó, mostrándose reacio a negar a *Sol Invictus*. Antes de la batalla del puente de Milvio, de noche, cuando el emperador marchaba con su tropa, contempló en el cielo una cruz ardiendo y una voz que decía: —Con este signo vencerás—. Más tarde, el emperador tuvo un sueño con el mismo Baal, donde le obligaba a poner el crismón a su lábaro.

El archivero guardó el documento y siguieron andando.

—Ahora te mostraré el evangelio prohibido de Santiago.

Aquel evangelio lo tenía oculto en la parte inferior de la octava estantería. Cogió unos guantes que colgaban de un clavo y como si le fuese la vida en ello, sacó con mucho cuidado una lámina de pergamino bastante deteriorada.

Se explica la vida de Jesús contada por Santiago de Betsaida. El apóstol cuenta el episodio de Jesús con Baal, la resurrección de Jesús, su nombre real y su origen lejos de la vía láctea.

—Este es sin ninguna duda, uno de los escritos más problemáticos que tenemos —añadió—. Creemos que le falta una parte.

—¿Dónde lo encontraron?

—En Egipto, en el mercado negro.

—¿Cuál es el escrito más problemático?

—El escrito por Jesús.

Thomas quedó pasmado.

—Se lo mostraré.

En aquel laberinto de piedra, el archivero se adentró a una sala donde solo había olor a humedad, un archivador y un cuadro envuelto en una tela. El archivero extrajo una carta y comenzó a leer en alto.

No os dejéis engañar por los de arriba ni por los de abajo, pues ellos son los inmorales, asesinos, idolatras, sobre ellos recae la mentira, los que marchan por el camino llenándolo de sangre, sacrificando a los justos y venerando a los injustos.

Queda poco para marcharme de este mundo. Dejaré mi mensaje a Santiago, Shimon, Juan, María y nuestra hija Sara. En verdad os digo que la salvación no viene de mí, sino de vosotros. Que el justo siga impartiendo justicia y el Santo siga guardando el Santo.

Cuando las trompetas de la ramera de Babilonia suenen y se abran los siete sellos comenzara la aniquilación liderada por el profeta de la serpiente .

Yo soy el alfa y la omega.

—¿Qué le parece, Thomas?

—Repugnante, deberían de haber quemado semejante blasfemia.

—Mejor mantenerlo aquí guardado.

—¿Dónde lo hallaron?

—Nuestros arqueólogos lo descubrieron en Cafarnaúm.

El archivero agarró el cuadro del suelo, lo destapó con sutileza y lo enseñó.

—Esta es su apariencia .

Thomas escupió en el suelo.

—¿Sabemos algo del autor?

—Lleva la firma de Hannán de Edesa, secretario del rey Abgaro de Edesa.

—¿Nada más?

—No, solo sabemos por otros escritos que el rey no fue curado por Jesús, sino por unos de sus discípulos.

3

El archivero volvió a mirar su reloj de bolsillo, las manecillas indicaban las dos menos cuarto.

—Thomas se ha hecho tarde, debemos irnos.

Thomas fue llevado hasta la salida donde permanecía Alan en el auto. El día seguía estando resplandeciente. Por las calles se oía el jaleo de la gente.

Thomas se aproximó hasta el auto y Alan bajó para abrirle la puerta.

—Llévame a comer.

—Señor, el padre Melnick nos espera en el instituto para las obras de religión.

—¿Y esa mierda, qué es ?

—La banca, señor.

—¡Ah, un banco! —exclamó alegre—. Eso ya me gusta más. A las tres tenemos cita con el presidente.

—Bien, da tiempo a comer algo.

—Señor, no creo que de tiempo.

—Dije qué me lleves a comer —cambió a una voz más oscura—. Si quieren, que me esperen.

—Sí, señor.

Alan llevó a Thomas a la cafetería Ancodigio, en las afueras de la ciudad del Vaticano. Encaminó por la carretera principal que atravesaba el río Tiber, callejeó entre dos manzanas y estacionó en la vía Giulia, en el centro histórico de Roma.

Eran las dos y veinte.

El establecimiento era tan antiguo como la calle. Sin embargo, contaba con los avances de la época; ya no era moler el café y echar agua hirviendo en una taza, no, ahora contaban con una moderna cafetera. La fachada continuaba siendo la original. Era una fachada de color caoba con dos grandes ventanales sobresalientes con barrotes y unas hermosas plantas que decoraban la balda inferior. En la acera, ocupando un gran espacio, se hallaba varias mesas y sillas para componer la terraza. La puerta al interior, era una puerta de madera de roble, con unas bisagras negras oxidadas y la madera bastante descorchada en la parte inferior. El interior parecía un museo. Contaba con cuadros, esculturas y tapices que daban un aire vanguardista al café Ancodigio. Ambos se sentaron en la terraza. Delante podían contemplar una fuente llamada La Spagnola. Una fuente redonda de estilo andaluz donde los chorros se arqueaban en el centro para formar uno solo. Thomas pidió para comer pasta y un buen vino. Alan solo comió las sobras del plato de Thomas que fue nada. Una vez terminado y con el tiempo echándose encima, Alan

condujo por la Via Sant'Anna, estacionando en la puerta del instituto para las obras de religión a las tres y cuarto.

En la entrada no esperaba nadie. Había dos fornidos guardias que con la vista al frente, sin mover un solo músculo de su cara, contemplaban la calle. Thomas fue hasta ellos con aquellos aires de superioridad que le caracterizaba.

—Tengo una cita con el presidente —comentó Thomas.

—*Non parlo la sua lingua, per favore se ne vada* —expresó poniendo su mano en el pecho de Thomas .

—Quita tus sucias manos de mí, tengo una cita con el presidente. Déjame entrar.

—*Per favore non voglio usare la forza* .

—Mire señor —interrumpió Alan—. Ahí está el padre Melnick —dijo señalando el interior.

—Ese señor me espera —incredó al guardia.

Este se giró y llamó al sacerdote. Al escuchar la llamada se acercó raudo.

—Thomas, llega tarde... —añadió—. *Lasciali passare* —mencionó al guardia.

Siguieron los pasos del sacerdote entre pasillos y puertas, hasta llegar a un despacho. En su interior, debajo de la ventana, sentado en uno de los sillones de piel más caro del mercado se hallaba el presidente. Llamó a la puerta y una voz áspera se escuchó.

—Adelante.

El sacerdote giró el pomo y abrió. Al pasar, la voz áspera les invitó a sentarse.

—Soy el arzobispo Paul Marcinkus, pero todos me llaman el <<gorila>> .

—Thomas Fooreman.

Ambos se dieron la mano.

—¿Les apetece un trago?

—Yo tomaré un whisky —pronunció el padre Melnick.

—Igual —expresó Thomas.

Paul se levantó de su cómodo sillón de tres mil dólares, donde se notaba que pasaba largas tardes sentado sin hacer nada en absoluto, y se acercó hasta el mueble empotrado en la pared. Lo abrió con aquellas manos grandes y alargadas y sacó tres vasos y dos botellas.

—Este es un Glen Garioch de doce años.

—Para mí solo un dedo —dijo el padre Melnick.

—Thomas, a usted le pondré tres.

Al terminar de degustar aquel elixir de doce años, Paul destapó la segunda botella. Era un coñac Jenssen Arcana embotellada en una garrafa de cristal de Murano soplada a mano por los mejores artesanos. Cada una costaba cinco mil dólares.

Se sirvió hasta el borde y se sentó en el sillón, abrió el primer cajón del escritorio y cogió tres puros.

—Tengan, recién traídos de la Habana .

Thomas agarró uno. Se sintió en aquel momento un dios portando en la mano derecha a Escocia y en la izquierda a Cuba; solo le faltaba una jovencita haciéndole un <<francés>> y parecería las naciones unidas. Sin embargo, aquel momento no volvería a repetirse, ni volvería a tener aquellos sentimientos de prepotencia que le hacían compararse a una deidad.

—Bien Thomas, quiero proponerle un negocio.

—Lo escucho.

—No, aún no, esperemos a mi socio, debe estar al llegar.

Alrededor de las cinco y cuarto llamaron a la puerta. Era un señor de cincuenta y cinco años, con un bigote ancho y frondoso que disimulaba una cicatriz y una mirada <<asesina>> que siempre traía en su rostro. Llevaba un chaquetón elegante de piel, alrededor del cuello una bufanda y en la cabeza, un sombrero fedora negro con una franja horizontal en blanco; típico aspecto de mafioso a quién no le importa apretar el gatillo o arrojarte al agua con un bloque de cemento atado en los pies.

Paul se levantó para recibir a su socio con un abrazo.

—¡Roberto!

—*¡Caro mio amico !*

—Siéntate —añadió—. Padre Melnick déjenos a solas.

Se levantó y abandonó el despacho.

—Thomas, le presento a mi socio, Roberto Calvi.

—Roberto, el señor Thomas Fooreman.

—*Molto lieto .*

—Lo mismo.

A Roberto Calvi le apodaban el banquero de dios. Ese mismo año de 1975 le hicieron presidente del Banco Ambrosiano, donde la banca de la Santa sede lavaba el dinero sucio de todos los negocios provenientes de las armas y la droga.

Por otra parte, Paul y Roberto habían fundado en las Bahamas el Cisalpinne Overseas Bank, otro banco utilizado para seguir lavando el dinero de la mafia y otras organizaciones criminales. Ellos querían que Thomas invirtiera el dinero de sus compañías y limpiar el nombre del banco Overseas.

—¿Entonces qué, nos damos la mano?

Thomas quedó pensativo.

—Solo tendría que poner una suma de dinero y el nombre de tu compañía—expresó Roberto.

—Lo pensaré .

—Le devolveremos el doble de lo invertido.

—¿Qué opina su Santidad de todo esto?

—Déjeme que le cuente un secreto señor Fooreman, su Santidad no es lo que parece... — susurró Marcinkus.

—Explíquese.

—Es un impostor.

—¿Y el verdadero?

—Hay cosas que mejor no saber señor Fooreman. Necesitamos una respuesta.

Thomas volvió a reflexionar.

—De acuerdo, trato hecho.

—¡¡Perfecto!! Vamos a celebrarlo.

Paul Marcinkus el <<gorila>> introdujo una llave de plata en el segundo cajón de su escritorio. Del interior sacó una bolsita pequeña, retiró el cordel y volcó la cocaína en la mesa. Hizo tres grandes rayas que podrían haber tumbado sin problemas a cualquier adicto o estrella del rock. Tomó una hoja, la partió y la enrolló haciendo un tubo con ella. Seguido esnifó.

Sniff...

—¡Ahh! ¡Qué buena! Tenga Thomas —dijo pasando el tubo.

Thomas esnifó.

—Muy buena Paul.

Thomas pasó el billete a Roberto, este esnifó. Los tres se encendieron un puro. Paul volvió hacer otras tres líneas. Siguieron esnifando media hora más.

4

La mañana del día 25 de Diciembre, Thomas fue requerido por el pontífice para que lo acompañara a dar la bendición. El día se hallaba algo nublado con intenciones de descargar agua. El sol se escondía entre aquella masa de agua grisácea sin intención de salir, atrás quedó aquel día resplandeciente. El coche oficial lo recogió cerca de las nueve. Los trasladó por toda la avenida hasta llegar a la plaza de san Pedro, adornada con un gigantesco árbol de Navidad y la estampa del nacimiento de Cristo.

Thomas observó el inmenso cordón policial que rodeaba la plaza de san Pedro cuyo propósito era controlar a los miles de devotos que se amontonaban, cantando o esperando a que saliera su guía espiritual para otorgarles la bendición que tanto necesitaban. El conductor, escoltado por los *carabinieri* aparcó el coche en la entrada de la basílica. Thomas acompañado por Alan y el padre Melnick subieron los escalones. Arriba, Thomas se giró para dar un último vistazo a la multitud de fieles.

—¿Toda esta muchedumbre sigue a Jesús?

—Chss..., aquí no mencionamos ese nombre —contestó el padre Melnick.

El fuerte olor a incienso penetró en la cavidad nasal de Thomas nada más entrar. Curioseó con mucha atención el interior mientras caminaba. Frenó sus pies en el baldaquino de san Pedro. Delante de él estaba el secretario del papa, rodeado por una decena de obispos y cardenales.

—Thomas, su Santidad le espera.

Este asintió.

Anduvieron hasta cambiar de crucero, giraron a la derecha hasta llegar a un arco de mármol con unas escaleras. Parte de los cardenales y los obispos se quedaron abajo.

Thomas subió acompañado por el secretario y cuatro episcopales que venían contentos debido a que habían saciado su desequilibrados y nefastos deseos con aquellos inocentes niños. Por un pasillo ornamentado con los cuadros de los pontífices, llegaron a los aposentos del papa. El secretario llamó a la puerta.

—*Passare* —pronunció un ayudante.

Hallaron al pontífice vistiéndole. Los ayudantes estaban colocándole la capa pluvial, la estola y la mitra.

—Su Santidad quiere que le acompañe a la bendición —añadió—. Puede sentarse ahí.

Thomas se sentó en el sillón justo detrás del papa. Los ayudantes abrieron las puertas del balcón. Los gritos de la gente al verlo salir con los brazos abiertos, formando esos jaleos y

aplausos que resonaban en toda la plaza, hicieron sorprender a Thomas.

—Vaya, parecen ovejas al reclamo del pastor —espetó Thomas con ironía.

—Va a comenzar —sentenció un ayudante.

En el centro del balcón estaba colocada la cátedra papal, donde al sentarse dio comienzo la bendición.

Indulgentiam, absolutionem et remissionem omnium peccatorum vestrorum, spatium veræ et fructuosæ penitentiae, cor semper penitens et emendationem vitæ, gratiam et consolationem Sancti Spiritus et finalem perseverantiam in bonis operibus, tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus.

Precibus et meritis beatæ Mariæ semper Virginis, beati Michælis Archangeli, beati Ioannis Baptistæ et sanctorum Apostolorum Petri et Pauli et omnium Sanctorum misereatur vestri omnipotens Deus et dimissis peccatis vestris omnibus, perducatur vos Iesus Christus ad vitam æternam.

Et benedictio Dei omnipotentis (Patris et Filli et Spiritus Sancti) descendat super vos et maneat semper.

Amen

A Thomas le encantó presenciar como los clérigos de la habitación junto al secretario, escupían los crucifijos cuando pronunció el nombre de Jesús. Algo parecido hacía el pontífice sin embargo, este se clavaba las uñas en la pierna produciéndose sangre. En el fondo de su maquiavélico ser, deseaba escupir el crucifijo.

Acabado el *Urbi et orbi* el papa se marchó a una celebración. No fue hasta última hora de la tarde y primera de la noche cuando se organizaba la *otra* ceremonia. En el mismo cruceo que se hallaba el baldaquino de san Pedro, el secretario recibió a los invitados. Había clérigos, miembros de la hermandad... Gente poderosa.

Todos reunidos, caminaron hasta la necrópolis papal. En aquel tétrico lugar, a tres metros por debajo, donde yacían todos los pontífices, se celebró la misa negra.

Entraron en la gruta bajando una escalera doble de mármol color rojizo, rodeada sobre una distinguida balaustrada en la cual, se hallaban en hilera noventa y nueve lámparas votivas, todo en reluciente oro.

El secretario se hallaba en primera posición, seguido de Thomas y los demás invitados. El primero iba haciendo de guía entre los nichos, los pasillos y las abundantes capillas.

Pasado las tumbas de varios pontífices; Pablo II, Benedicto XV y la más misteriosa, la del pescador, aparecieron en cruceo donde nadie tiene acceso. Atravesaron a una cavidad donde habían colocado una figura de Baal, idéntica a las observadas por Thomas tiempo atrás.

Detrás de la figura, había una de Cristo crucificado boca abajo. Delante de la de Ball, había un altar con una copa de oro encima, un libro abierto y dos velas en cada extremo.

En el suelo había dibujado con sal un pentáculo y en el centro, una silla de madera. Comenzaron a pasar todos y colocarse frente al altar y sentarse en las sillas. Un encapuchado hizo reparto de las cogullas rojas.

Minutos más tarde apareció el pontífice. Se despojó de la ropa cristiana y se puso el

hábito rojo; el Cristo que tenía colgado al cuello lo lanzó contra la pared.

Una vez todos sentados, se presentó un hombre con sus dos subalternos. El hombre era el llamado papa negro. También tenía otros nombres pero había uno por el cual todos lo conocían más: El carnicero.

No lo llamaban así por sus torturas y prácticas inhumanas, lo llamaban así por comerse a sus víctimas y beber su sangre, en especial la de los niños, le encantaban los niños. Vestido de negro con una banda roja, se colocó detrás de altar y alzó los brazos.

—Hermanos, bienvenidos a la misa por nuestro señor supremo Baal, ¡salve!

—¡Salve! —repitieron todos .

El carnicero comenzó a leer un pasaje del libro escrito por el mismo Baal, un *grimorio* datado en el Medievo. Al finalizar la lectura, vertió un extraño líquido mezclado con sangre en la copa y lo bebió.

Todos bebieron de aquel cáliz que hacía a la gente volverse loca. Thomas nunca lo había probado, tampoco quiso hacerlo, pero tuvo que ceder ante la presencia de todos. Hizo asco a ese sabor amargo y tampoco le gustó el ardor que le hizo en la boca y en el estómago.

Aquellos subalternos trajeron una persona desnuda y con los ojos vendados. Lo sentaron en la silla. El hombre intentó escabullirse de los ayudantes no obstante, fue reducido de un golpe en el cuello.

Aturdido, lo rodearon con una cuerda y le ataron su cuerpo a la silla. Dieron varios golpes en su cara hasta dejar la nariz sangrando. El carnicero entró en escena. Descendió del altar y se posicionó frente a él. Alargó la mano a la nariz y cogió un poco de su sangre, se llevó la mano hasta su boca y lo absorbió.

—Hermanos, este es un seguidor de Jesús.

Todos comenzaron a vociferar .

—Ahora sentirás su dolor.

Los siervos abrieron un arcón y sacaron un manto de color rojo, un látigo y una corona de espinas. Lo desataron y lo pusieron de cara a la pared y le ataron a unos grilletes. Deberían de haberlo atado en una posición normal, de las miles que Thomas había visto hacer y hecho, no obstante, para este le tuvieron reservado algo especial.

Aquellas ataduras lo hicieron estar boca abajo. Los pies los tenía juntos pero las manos estaban en posición horizontal, de manera que le hacía parecer estar crucificado.

El carnicero hizo a los presentar entonar los cánticos. Agarró el látigo y al ritmo de los cánticos, comenzó a fustigarlo.

Los trozos de carne arrancados de su débil espalda se esparcieron por cada rincón. Sin embargo, la sangre derramada fue a parar a cuatro conductos de piedra incrustados en el suelo de más de mil años. Esos conductos descendían hasta lo más profundo del abismo, hasta el corazón de la Tierra en donde los cuatro conductos se unían para formar uno solo. Debajo del conducto, esperando con ansia la sangre venidera, se hallaba Ball. Cada gota que caía por su cuerpo robusto, escamoso, lo alimentaba haciéndole más fuerte.

El carnicero dejó caer el látigo y fue a por la corona.

—Ahora serás un rey —pronunció en tono de burla.

Thomas estaba eufórico, le encantaba lo presenciado, pero siguió ignorando lo que venía a continuación...

CAPÍTULO 7

Era las tres y media de la madrugada y en la plaza de san Pedro, la gente todavía permanecía abarrotada. Aún festejaban la noche buena; se podía ver como los *carabinieri* se llevaban detenidos a los que se habían pasado con el alcohol y estaban buscando pelea en la plaza o bañándose en la fuente sin ropa con el frío de un grado bajo cero. Se subían por el árbol de navidad o hacían poses desagradables a la estampa del nacimiento. Cuatro manzanas al este de la plaza principal, se hallaba en un baño de sangre. Dos personas jóvenes de no más de diecisiete años, habían apuñalado a una pareja a las puertas de un *pub* . El motivo que llevó a uno de esos jóvenes, fue un simple cigarro. La pareja no se lo quiso dar, y entonces, provisto de furia, le asestó dos puñaladas en el tórax a la chica, dándole muerte a las tres y cuarto.

El carnicero dejó al hombre colgado en la pared con el fin de que se pudriera en la sucia cloaca, no sin antes haber extraído toda su sangre, gota a gota. Regresó al altar y apoyó las manos en la mesa.

—Hermanos, uno de los presentes nos ha traicionado, ya saben que hacemos con los traidores.

Se creó un alboroto, todos se preguntaron quien podría ser, incluido Thomas.

—¡¡Agarrarlo!!! —exclamó el carnicero.

Los ayudantes se abalanzaron contra Thomas. Quedó pasmado ante la situación.

—¿Yo un traidor? ¡Si amo la *orden* ! ¡Soltadme! —vociferó.

Le sentaron en la silla donde tuvieron al seguidor y arrancaron la ropa de Thomas. Tampoco el padre Melnick pudo ocultar su asombro ante aquella supuesta traición de quien él consideraba su amigo, incluso se podía decir que un hijo. Decepcionado, miró a Thomas. Mientras los demás, medio drogados por la bebida y llenos de euforia, le insultaron y llenaron de esputos.

Los gritos de Thomas pasaron inadvertidos ante el terrible papa negro. Se acercó hasta un furioso Thomas y dijo:

—Ya sabes cuál es el castigo.

Pero no fue él quien lo castigó. Uno de los ayudantes se posicionó ante él y se quitó la capucha. Thomas quedó sin aliento al presenciar el rostro de su castigador, un rostro que conocía muy bien pero que hacía bastante tiempo que no veía.

—¡Jack! ¡Sucio traidor! ¡Suéltame ahora mismo!

—Vaya, vaya... Hola primo, volvemos a vernos, ha pasado mucho tiempo. Voy a volver a disfrutar con esto.

Jack le sonrió volviendo a mostrar aquellos dientes amarillos mostaza que Thomas no había vuelto a ver desde su niñez.

—Suéltame.

—¡¡Tú no me das órdenes!!! —exclamó dando un puñetazo en la cara.

—¿Por qué? —expresó Thomas con la nariz expulsando sangre .

—¿No lo sabes? ¡Eres un estúpido! —mencionó con severidad—. Siempre he querido tener tu vida, ser hijo de Robert y Martha pero tú... Los tuviste que matar. ¿Sabes lo peor, lo que hizo que deseara odiarte más? Que no te castigasen y te mandaran con los Lemoine y mientras yo qué, ¡eh! Pudriéndome en una empresa de mala muerte, sin asistir a una fiesta, sin que me condecoren, viviendo por debajo de tu sombra. Thomas esto, Thomas lo otro... ¡A la mierda Thomas Fooreman!

Jack comenzó a fustigarlo con el látigo que antes había azotado al cristiano. Thomas aguantó el dolor como pudo, no cedió ante él, no quiso darle ese gusto igual que Alan no se lo dio a él cuando lo torturó en su casa de los Ángeles. Unos minutos después, los golpes hicieron que perdiese el conocimiento. Tras unos manotazos de Jack en la cara volvió en sí, mirando a los ojos de su verdugo.

—Nunca serás como yo...

Aquellas palabras calaron bastante hondo en el corazón de Jack, era verdad que por mucho hiciera, nunca sería como Thomas. De un arrebato le asestó otro puñetazo y le partió la ceja.

—Seguro que todavía recuerdas la noche que te partí el culo.

Thomas no contestó. Se limitó a mirar al suelo.

—Tengo otra sorpresa para ti —expresó Jack.

El segundo sirviente que acompañaba al papa negro dejó ver su rostro.

—¿Sorprendido?

—Alan... Lacayo, te has aliado con esa sucia rata —dijo Thomas en referencia a Jack.

—Tenemos mucho en común, ambos queremos poder, tú poder y esta es la única manera de que nos tome en consideración, ¡mira mi muñón! ¡Mira mi pecho! —exclamó abriéndose la camisa, mostrando a Thomas las iniciales marcadas —.Esto me lo hiciste tú y ahora pagarás.

Thomas comenzó a sonreír. Aquella sonrisa le siguió una carcajada.

—Voy a arrancarte esa estúpida sonrisa... —bramó Alan.

—¡Basta ya! —interrumpió el carnicero—. Antes de seguir quiero beber su sangre.

El padre Melnick vio la ocasión de ayudar a Thomas. Se compadeció de él debido a que en realidad conocía de sobra bien la personalidad de Thomas Fooreman. Sabía lo leal que era.

Pidió al carnicero preparar el cáliz. Este no vio ninguna objeción y le otorgó permiso. Recogió sangre de la cara de Thomas y en el altar, sin que lo vieran, sacó unos somníferos que tomaba en aquellas noches de insomnio las cuales, por mucho que hiciera, no conseguía que el sueño lo envolviera. Con el dedo índice de la mano derecha lo removió igual que el camarero remueve los cócteles en el puticlub llamado Fresh Titt, ubicado en la vieja carretera que unía

Loco Hills con Hobbs, Nuevo México.

—Tenga su excelencia.

Una nuez abultada, palpitaba cada vez que bebía del cáliz. A continuación, ordenó al padre Melnick que lo pasase a los asistentes. Todos bebieron hasta acabarlo.

—Ahora te colgaremos en la pared junto al cristiano. Tu sangre servirá a Ball.

Al quitar las ataduras, de repente, los somníferos comenzaron a florecer en el organismo. Thomas cayó encima de un dormido Alan, incrédulo ante lo que sus ojos estaban viendo.

—Qué me pa... —balbuceó el papa negro antes de desplomarse .

Thomas contempló el derrumbe de todos, quienes quedaron en un profundo sueño. El padre Melnick, el artífice de toda la artimaña, se acercó a Thomas.

—Vete y no regreses jamás —mencionó el padre Melnick con tristeza en su rostro.

—No he traicionado a nadie.

—Lo sé, aunque eso, ya da igual.

—Sabes lo que te harán, ¿no? —dijo Thomas.

—Sí, ambos estamos perdidos, vete.

—¿Adónde voy a ir?

—¿Recuerdas esa cabaña en el bosque donde cazábamos?

—Sí.

—En ella encontrarás lo que necesites, ahora vete.

La despedida como era de esperar no fue nada emotiva. La tensión que corroía a los dos a causa de que ya estaban perdidos, solo dejó frías palabras en aquella mazmorra.

Thomas se vistió y salió de la cripta. El padre Melnick se sentó en la silla a esperar del despertar del carnicero. Dolorido por los golpes y con las piernas temblando, empezó a recorrer aquel laberinto subterráneo, mirando en derredor hasta subir de nuevo a la basílica.

Junto a los clérigos se hallaban diversos guardias suizos haciendo vigilancia. Para Thomas sortear la vigilancia fue difícil, una auténtica odisea. Reptando como una lagartija huyendo de un depredador, fue escondiéndose entre las distintas estatuas y arcos de piedra. Permaneció escondido en la estatua de santa Elena, agazapado, rezando, implorando a algún dios para que no le encontraran y lo mataran ahí mismo. Al terminar la plegaria, pasó a ocultarse en la estatua de san Longinos. Dos vigilantes que hacían la ronda, salieron corriendo al recibir por radio un aviso alertando así a Thomas. Sin darse cuenta había dejado un rastro de sangre que fue observado por un guardia suizo.

1

Aquel rastro de sangre detonó que la guardia se doblara. Thomas se hallaba a escasos quinientos metros de la salida. La luz del amanecer entró por los arcos de la cúpula, sus rayos se reflejaron en la estatua de san Andrés.

Thomas vio la oportunidad de salir. Era un verdadero suicido salir de día, en cambio, no le quedó otra oportunidad que esa. Con las míseras fuerzas que aún perduraban en su cuerpo, caminó como pudo hasta llegar a la salida, ocultándose entre la multitud de fieles que empezaban a llenar la basílica. Inspeccionó todos los vehículos buscando alguno con las llaves puestas y para su suerte, halló uno.

Mal herido condujo por la carretera y cogió la desviación que se dirigía hasta la estación de tren. Debido a que no tenía suficiente dinero, tan solo unos míseros dólares que no llegaban para mucho, — puesto que el dinero solía llevarlo Alan— se vio en la necesidad de asaltar a un transeúnte. Estudió a cada persona que veía, eligiendo bien a su víctima. Un señor que paseaba por los alrededores vistiendo trajeado con sombrero y con el periódico del día bajo el brazo. Lo llevó detrás de la estación contándole una historia que improvisó sobre la marcha. Dado que para Thomas el tiempo jugaba en su contra, se vio obligado a darle una paliza hasta dejarlo inconsciente.

Registró todos los bolsillos. En el bolsillo interior encontró un billete con destino a Frankfurt, Alemania y con salida a las ocho de la mañana; cualquier lugar era idóneo para salir de la ciudad.

Thomas observó el reloj del andén. Faltaba media hora para saborear la libertad. Los nervios se expresaron en su cuerpo delgado. Se apoyó en una columna y clavó sus ojos en las escasas personas que se encontraban; aquel chico de la mochila roja, la señora elegante cuyo perfume barato apestaba todo el andén, el señor que leía el periódico fumándose un cigarrillo.. .

Cada vez llegaron más pasajeros, al igual que dos revisores. Al verlos lo dio todo por perdido. La situación se agravó más cuando un revisor le tocó el hombro.

—*Mi scusi signor, ¿biglietto?*

Thomas se lo dio.

Permaneció un rato mirando la cara de Thomas. Una gota de sudor manifestada por sus nervios caía fría por su cuello.

—*Perfetto signor .*

Le entregó el billete y se marchó.

La locomotora modelo U30CG se presentó sin ningún retraso. Thomas subió notando que el peso que cargaba por ser descubierto y capturado se fue, quedando en el suelo del andén. Buscó el asiento donde tenía que estar el señor y aliviado, se acomodó dando un suspiro de

placer.

A la una, el conductor avisó estar entrando en la estación. El sol impactó en el fantasmagórico rostro de Thomas, mostrando aquellas ojeras negras y aquellos labios agrietados. Permaneció en el andén pensando cómo llegar hasta la cabaña. La manera más rápida y eficaz era colocarse en otro tren. Preguntó a la amable taquillera la hora y salida el tren que se dirigía a su destino .

Con la información obtenida, cambió de andén. Dejó atrás el andén tres y fue hasta el seis. Examinó minucioso, igual que hacía con sus víctimas, como podía colarse. Llegó a la conclusión que la manera más eficiente sería la más simple, mezclarse entre los pasajeros.

Una vez que subió a la locomotora, fue directo al baño. Cerró la puerta con el pestillo, se lavó un poco la cara con agua y jabón y esperó hasta que el tren se pusiera en marcha. Al salir encontró al revisor solicitando billetes. El sudor frío volvió a caer por el rostro. Unos pinchazos se originaron en el estómago, le entró náuseas, taquicardias. Su rostro se volvía más espeluznante minuto a minuto.

Se sentó en el primer asiento que divisó vacío, al lado de una señora con su bebé en brazos dormido. Cuando el revisor se acercó a ellos, Thomas por poco cae desmayado. El revisor pidió a la señora el billete. Mientras lo revisaba miró a Thomas. Este le devolvió la mirada sin pestañear pero con otra gota de sudor resbalando por el cuello, quizás gracias a esa actitud fría y desconsiderada, el revisor se fue sin pedirle el billete.

El tren arribó en la estación a las cinco de la tarde. Thomas dejó atrás la estación y caminó por una carretera donde en ambos lados solo se divisaba un secarral. Mientras caminaba bajo el atardecer, Thomas se acordaba de su amigo que dio su vida por la de él. Por su mente entristecida circulaban toda clase de imágenes relacionadas de un Padre Melnick siendo torturado.

Al despertarse todos de aquel <<envenenamiento>>, el llamado papa negro entró en cólera. Al no hallar a Thomas y presenciar al sacerdote en la silla, lo entendió todo.

—¡Eres un estúpido! —exclamó alzando el puño—. ¡No saldrás de aquí!

Ordenó a sus ayudantes ponerlo en la pared, sujeto por esas argollas que antes aprisionaban a Thomas, ahora lo hacían a su salvador.

—No te voy hacer nada, te vas a quedar pudriéndote aquí junto al cristiano.

El padre Melnick murió debido a un infarto a la mañana siguiente. No recogieron su cuerpo, lo dejaron como el papa negro pronunció, pudriéndose junto al cristiano.

Entrada la noche y decaído, mientras las aves carroñeras buscar alimento y con el frío en su máximo esplendor, Thomas halló la cabaña.

2

<<Espero que este escrito sirva para algo, la gente tiene que saber que existe una orden que controlan sus vidas como un día, yo la controlé>>

Acabada la confesión, Thomas quedó contemplándola, recapacitando que hacer con aquellas hojas manchadas de sangre y tinta, unas hojas que él pensó que redimirían su oscura alma. Se acordó de un periodista del *Washington post* que iba tras ellos, pero que tuvo que dejar de perseguirlos por amenazas a él y a su familia.

Una vez tuvo un encontronazo con Thomas. Sucedió a la salida de una fiesta dada por una familia influyente. Nadie sabe cómo consiguió burlar la seguridad, sin embargo, logró a asaltar a Thomas cuando este se dirigía hacia el coche. De inmediato, fue reducido por dos fornidos vigilantes, lo aplacaron hasta tirarlo al suelo como los jugadores de *rugby* cuando uno de ellos coge el balón. Las únicas palabras que llegó a pronunciar a Thomas fue quien era.

Aquella persona era la única en la que podía confiar en aquel momento, ni si quiera a sus viejos amigos o conocidos podía acudir, —tan poco a la persona que cuida de él—, la señora Lanchen <<todos me delatarían, su amor por la *orden* es más fuerte que su amor por mí>> pensó mientras daba vueltas por la habitación. El periodista tenía que ser su aliado si quería asestar (o eso pensó Thomas) un duro golpe a su vieja familia. Se marchó al pueblo y entró en el mismo bar.

Antes de que su pie se apoyara en el suelo, el camarero salió de la barra, malhumorado a consecuencia de la actitud de Thomas por la vez que visitó el lugar. Fue hasta él.

—¡¡¡Eh tú!!! Te dije que no volvieras por aquí, ¿quieres qué te vuelva a echar?

—Tranquilo amigo, esta vez no busco problemas, solo quiero usar el teléfono, ¿puedo?

El camarero quedó pensativo, mirando la cara de Thomas que ya no reflejaba arrogancia y locura, ahora era tristeza en unos ojos cansados. No percibió en él ninguna intención de crear alboroto, no era el mismo Thomas que una vez fue a desayunar.

—Al otro lado de la barra, no tardes, a la primera palabra alta o mal sonante, te expulso del local. ¿Queda claro?

—De acuerdo, gracias.

Thomas pidió un vaso de agua y descolgó el teléfono. Comenzó a contactar con la operadora. La voz femenina del otro lado contactó con Norteamérica. Veinte minutos después de hablar con la operadora, esta proporcionó tres números de teléfono. Llamó a los tres números y ninguno resultó ser el periodista, su crispación aumentaba.

Volvió a mirar el papel donde había anotado los números y se fijó en que, aquel nueve no era un nueve, sino un seis.

—¡Seré imbécil! —exclamó dando un golpe a la barra.

—¿Qué le dije amigo? —se escuchó al camarero.

—Perdone.

Descolgó el teléfono y marcó otra vez el número, suprimiendo ese nueve equívoco por el seis. Ahora sí dio con la persona correcta .

—¿Dígame?

—Es usted el señor Daniel Williams, periodista.

—Soy yo, ¿qué desea? ¿Quién es usted?

—Thomas Fooreman.

Un golpe seco se escuchó.

—¿Está bien? —preguntó Thomas.

—Sí, tan solo que no esperaba su llamada.

—Escuche no hay tiempo, necesito que venga a esta dirección en dos días (Thomas dijo su dirección), quiero entregarle un documento. ¿Está de acuerdo?

—Pero... ¿Cómo sé qué es usted?

—¿Cree que alguien le llamaría haciéndose pasar por mí? Escuche, no hay tiempo de andar con estos juegos, tengo algo importante, está de acuerdo sí o no señor Williams.

Un silencio reinó durante un segundo.

—Lo estoy.

—Adiós.

Thomas colgó.

*** *

Cumplidos los dos días que Thomas había marcado, el periodista apareció en la ubicación. Lo había citado en el bar a las diez de la mañana. Pasadas las diez y con Thomas inquieto, por la puerta entró un hombre de treinta cinco años, pelo corto rizado, tez blanca, ojos azules y nariz pequeña. Vestía una camisa granate y pantalones vaqueros, unas deportivas y una cartera de bandolera colgada en el hombro.

Entre el humo espeso de cigarrillos y las voces de los clientes contándose su día a día, divisó a Thomas en una mesa al lado de la cocina. Este le hizo un gesto para que se acercara.

—Usted dirá señor Fooreman.

—Llega tarde, ¿no le habrán seguido?

—Lo siento, no encontraba bi...

—Siéntese —interrumpió Thomas—. ¿Quiere tomar algo?

Thomas llamó al camarero.

—Verá, tengo un documento que me gustaría que saliera en su periódico, ¿puede ser?

El camarero apareció.

—Un agua sin gas por favor —espetó Williams al camarero—. ¿Qué clase de

documento?

—Mi confesión.

—No entiendo nada señor Fooreman.

—No tiene que entender, solo sacarlo en primera página, bien grande, que se vea.

—Primero me gustaría examinar el documento.

—Aquí lo tiene.

Ojeó por encima el documento bajo la siniestra, nerviosa y potente mirada de Thomas. Este siempre miraba a su alrededor buscando a alguna persona que no encajara en el lugar, una persona que lo estuviera siguiendo con órdenes de acabar con él. La expresión de Daniel cambiaba según iba leyendo. Al secarse su boca, echó mano del agua que le habían traído hacía varios minutos.

—¿Ha pensado algo? —cuestionó Thomas.

—Si publicamos esto, nos matarán, ¿qué saca usted con todo esto?

—Es personal.

Daniel siguió examinando el documento.

—Tendría que consultarlo con mi editor .

—No hay tiempo... Ahora es su decisión señor Williams, piénselo.

Se levantó y se fue.

Thomas regresó a la cabaña. En su rostro se forjaba como un hierro una sonrisa de oreja a oreja; feliz por saber que con aquella confesión había asestado ese duro golpe a su antigua familia que tanto deseaba. Encendió el último cigarro del paquete. No quedaba nada más que a esperar la decisión de Daniel, decisión que Thomas jamás vio.

Del cajón del escritorio sacó un revólver Smith and Wesson modelo 14. Quitó las cinco balas del tambor e introdujo una, giró el tambor y lo cerró rápido para no observar donde quedaba la bala. Se sentó en la silla, colocó el revólver en su sien y con esa sonrisa de oreja a oreja, comenzó apretar el gatillo. El primero falló, el segundo tuvo suerte, el tercero tentó a esa suerte. El cuarto apretón le reventó el cerebro. Sus sesos quedaron esparcidos por las paredes. Thomas se desplomó al suelo sin quitar aquella sonrisa de su rostro.

Así fue el final de Thomas Fooreman.

3

La Navidad había terminado, el mes de enero empezaba. Atrás quedaba el amor de la gente por las calles, la decoración, la iluminación, el papá Noel... Ahora todo volvía a la normalidad; ruidos; discusiones y peleas. Daniel había pasado la noche vieja y el año nuevo en un hotel lejos de su casa, de sus amigos, de su familia, en busca del documento que tanto tiempo llevaba esperando. Sin embargo, a su pesar, regresó confundido a casa. Había pasado cinco años investigando y persiguiendo, buscando alguna prueba y ahora que la tenía en sus manos, el temor —lo tenía agarrado y no quería soltarlo—. Al cabo de dos días recibió una llamada de su editor, preocupado porque su mejor periodista no había ido a trabajar. Estuvo encerrado en su estudio con la profesión encima de la mesa, la incertidumbre no le permitió conciliar el sueño, lo tuvo como a un títere jugando con él, dando vueltas por la habitación y perdiendo la noción del tiempo.

Antes de las dos de la tarde y gracias a la llamada de su jefe insistiendo que fuese al periódico, montó en su coche camino del *Washington post*, con la decisión ya tomada de entregarlo al editor, —aunque aquello significara tener serios problemas—; si no lo hacía, sería echar cinco años de trabajo a la basura; por no mencionar las constantes peleas que tuvo su mujer.

El ascensor del periódico lo dejó en la sexta planta donde se hallan los editores y redactores. Fue directo al despacho de su jefe y tocó la puerta.

—Puede pasar —dijo la voz del interior.

Daniel entró.

—¿Dónde has estado? Pensaba que te había ocurrido algo, siéntate.

—¿Qué me iba a ocurrir? —preguntó Daniel nervioso.

—Nada, solo era una manera de hablar, te veo un poco alterado.

—Tengo algo bastante interesante .

—Continua.

Puso el documento encima de la mesa

—¿Qué es esto?

—Léalo

El editor comenzó la lectura, a su vez que Daniel se recostaba en la silla, apreciando la misma cara en su editor que puso él cuándo lo leyó.

—¿Estás seguro de publicar esto Daniel?

—Estoy seguro, jefe.

—De acuerdo, irá en la edición de mañana junto con los informes de Woodward y Bernstein. Una pregunta más, ¿cómo lo conseguiste?

—Él mismo me lo entregó.

El editor sonrió.

—Buen trabajo Daniel.

—Gracias jefe.

Daniel terminó su jornada laboral y retornó a casa con su familia. Aquella noche durmió como un bebé, abrazado a su mujer, con pelo de esta en su cara y una leve sonrisa que denotaba felicidad por haber tomado la decisión *correcta*.

Al día siguiente, la portada del *Washington post* amaneció con este titular:

<<Destapada los planes de una élite global, toda la confesión del líder de una secta en la página tres>>.

Acompañando al titular apareció parte de la confesión y una foto de Thomas del archivo del periódico, la única foto que consiguió hacer el fotógrafo y ayudante de Daniel.

Daniel y su jefe lo celebraron en el despacho del segundo brindando con champán.

—Es la mejor noticia del día, el teléfono lleva toda la mañana sonando.

—Brindo por eso —contestó Daniel.

La felicidad duró poco para ambos cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Dígame? Es para ti Daniel.

—Quién podrá ser... —dijo Daniel frunciendo el ceño—.Será mi mujer, ¿sí, quién es?

Quedó descolocado ante la llamada misteriosa. Con el rostro desvaído, desencajado, asentía a todas las peticiones de la llamada. Al terminar permaneció con el teléfono en la mano, la boca medio abierta y clavando sus ojos en los de su jefe.

—Me tengo que ir.

Dejó el teléfono en la mesa descolgado y con su jefe preguntando quién había llamado.

Daniel se marchó sin decirle nada.

—¡¡Espera Daniel!!

Bajó las escaleras desde la sexta planta. En la cuarta, chocó con una periodista llamada Katherine, tirando los papeles que esta manejaba en su mano.

—¡Espera! ¿Ayúdame, no?

Daniel ni la miró, continuó corriendo escaleras abajo.

Abandonó el edificio y cruzó la calle hasta la parada de Taxi. Subió al primero ordenando al conductor que lo llevase al 1990 Street con la 20.

—En cinco minutos estamos amigo —dijo el taxista.

Aquella llamada lo había citado en una cafetería llamada Sholl's Colonial. Un atasco en la 24 hizo que Daniel se bajara y continuase a pie. Pagó los quince dólares de la carrera y corriendo por toda la calle llegó a la cafetería. El *maitre* lo frenó al instante con la mano sin llegar a tocar

su pecho .

—Me han citado aquí —pronunció resoplando.

—¿Su nombre es?

—Daniel Williams

El *maître* miró las reservas.

—En efecto, hay una mesa reservada para usted, acompáñeme.

La cafetería se hallaba a rebosar. Las camareras no paraban de dar servicio. Se escuchaba un gran alboroto por parte de los clientes; gente hablando de negocios; parejas hablando de que el año que entra será mejor; padres cuyo bebé no paraba de llorar y patalear... El *maître* lo sentó enfrente de la barra, debajo de una de las cuatro lámparas del techo. Comenzó a leerle el menú.

—De primero tenemos una sopa de verduras y hortalizas. De segundo, un entrecot con patatas asadas y de postre, tarta de manzana, café y copa.

—Agua.

—Buena elección, señor.

Daniel no quitó la mirada de la puerta. Con impaciencia, esperaba a que entrase la voz misteriosa para ponerle rostro. Pasados quince minutos, Daniel empezó a pensar que había sido una broma de mal gusto, una inocentada de algún envidioso de la quinta planta, —¿será Larry con sus tonterías? ¿Phil con su boca siempre apestando a una cloaca? ¿O tal vez el lame culos de Paul?—. La puerta se abrió apareciendo dos guardaespaldas que tapaban al desconocido. Se quedaron en la puerta plantados, con los brazos cruzados y sin quitar la vista de la mesa de Daniel.

El desconocido fue despacio hasta la mesa. Con unos andares que denotaban superioridad. Daniel lo reconoció al momento.

—Hola Daniel —dijo sentándose.

—Eres... Eres el lacayo de Thomas.

—¡¡¡No pronuncies ese nombre en mi presencia!!! —exclamó alzando el puño.

Los clientes pararon de conversar para mirar atónitos la escena.

—Me gusta la portada la del periódico —añadió—. ¿Cómo está él?

—No lo sé, solo lo vi esa vez.

—Te lo diré yo, está muerto, ja, ja, ja, se pegó un tiro el muy imbécil. Creía que no íbamos a dar con él.

Daniel agachó la cabeza.

—Pero vamos hombre... Tuvo el final que se merecía, ahora yo tengo su vida, yo soy el que manda.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó con la voz entre cortada.

—Conocer al autor de la noticia. Si piensas que vas hacernos caer estas equivocado, ¿crees que no has vencido? Podría dispararte ahora mismo y ninguna de esta chusma movería un dedo.

—Qué quieres...

—Ver el terror en ti, ¿sabes una cosa? Aún me duele las heridas que me hizo— expresó enseñándole el muñón—. He tenido que visitar a los mejores cirujanos plásticos para quitarme sus letras grabadas en mi pecho y todavía quedan señales.

Daniel continuaba sin decir nada. Una camarera se acercó a la mesa.

—Tienes una llamada —dijo Alan.

—Señor Williams, tiene una llamada.

Alan sonrió y le guiño un ojo. Daniel frunció el ceño e hizo una mueca de perplejidad. Seguido se levantó y acompañó a la camarera hasta el teléfono.

—¿Sí, quién es?

—¿Daniel, eres tú? —contestó su editor.

De repente, antes de que pudiese contestar, escuchó los gritos desgarradores de su editor siendo degollado en el despacho. Alan se acercó hasta Daniel.

—Espero que te hayas despedido de tu jefe. Encantado de conocerte, me voy — mencionó Alan.

Apartando las sillas y a las camareras que cortaban su paso, salió del restaurante y cogió otro taxi de vuelta al periódico. Entró corriendo y sin esperar al ascensor, subió por las escaleras hasta la sexta planta. Jadeando, con una respiración dificultosa y la lengua fuera, entró en el despacho. La escena que presencié detrás de la puerta, era el poder que puede efectuar la organización en todo su esplendor. Halló a su jefe sentado con la navaja clavada en el pecho y atravesando la hoja del periódico con el titular manchado de sangre.

Caminó despacio hasta el cadáver. Con la mano mostrando espasmos, tocó el cuerpo. Todavía estaba caliente. Le cerró los ojos y despotricó contra su asesino. Se disponía a llamar a la policía cuando, con brusquedad tiraron la puerta abajo.

—¡Quieto, policía! —clamó un agente mientras le apuntaba con el arma—. ¡Levante las manos!

—¡¡¡No hecho nada agente!!!

—¡De rodillas, las manos en la nuca! —dijo el segundo policía.

Hizo caso a los agentes y se arrodilló ante su difunto jefe.

—Queda detenido por el asesinato de Sam Carson. Tienes derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal. Tiene derecho de hablar con un abogado, si no tiene se le asignara uno de oficio. ¿Ha entendido los derechos que se le citan?

—Sí, pero no fui yo, lo juro.

Uno de los agentes, el más arisco, aquel de la mirada hostil y quién hizo que se arrodillase, le puso los grilletos y lo levantó. Los trabajadores que transitaban el pasillo quedaron desconcertados ante el crimen.

—Señores, apártense, aquí no hay nada que ver —dijo el agente mas arisco .

El periódico se llenó de un aire de habladurías y miles de hipótesis descabelladas. Los

trabajadores y compañeros de Daniel que circulaban por el pasillo, movidos por el morbo que atañe a las personas, fueron a curiosear a la puerta. Paul el lameculos fue el primero en soltar una carcajada delante de la cara de un esposado Daniel. Ellos nunca se habían llevado nada bien debido a que Daniel era el favorito del jefe y después de la polémica portada, el odio de Paul fue en aumento. El único que dirigió su voz y no para soltar una risa estúpida, fue uno de los que Daniel pensó que le habían gastado la broma, Phil boca de cloaca.

—Daniel, qué has hecho...

—No fui yo Phil, tienes que creerme.

Daniel fue sacado del edificio entre insultos de los compañeros. Suplicó a los agentes no haber sido él; —me han engañado —repetía una y otra vez.

La gente de la calle se agolpaba en la entrada al contemplar coches patrullas parar ante el periódico. Dejaban sus trabajos para contemplar el suceso; el barrendero dejó de barrer la calle, el panadero dejó de vender pan a los clientes... Todos querían saber que había sucedido en las oficinas del *Washington post*.

—Otro que ha matado a su jefe, según dice el telediario, ya van tres este mes —expresó una vecina.

Uno de aquellos curiosos era Alan que, en la acera de enfrente, al lado de la parada de taxis, apoyado en la señal como un *gánster* de los años cincuenta, sonreía y presenciaba la detención del autor de la noticia.

Daniel lo vio.

—¡¡Agente, ese es el hombre que me ha tendido la trampa!!

—¡Cállate! —dijo el agente dándole un porrazo.

El coche se alejó calle arriba con la sirena puesta. Alan montó en su coche alejándose en dirección opuesta.

4

Daniel fue encerrado en una celda de la comisaría del distrito norte. Las cámaras de televisión y los reporteros de distintos periódicos, se agolpaban a las puertas esperando que saliera su excompañero con alguna noticia jugosa que darles aunque ellos después, falsearan cada palabra, haciendo creer al mundo entero que un humilde periodista era un asesino, tal vez, incluso podían llegar a mencionar con totalidad ser un asesino en serie. Cualquiera cosa con tal de hundirle la vida. Lo mismo pasaba con los curiosos que querían saber que había llevado a un periodista reputado del *Washington post*, con una brillante carrera por delante, matar a su jefe. Pasadas las siete de la tarde del día siguiente, con un aspecto desmejorado, unas ojeras que delataban no haber conciliado el sueño en toda la noche, lo subieron a prestar declaración con el detective que iba a llevar su caso.

Un agente uniformado lo sentó en la silla de la sala de interrogatorios. Una sala donde tan solo había una mesa y dos sillas, una frente a la otra, un falso espejo que dividía la sala con la de observación, y un ventilador de techo donde las aspas giraban lento, moviendo el aire de un lado para otro. La luz que iluminaba la sala, era la lámpara de la mesa con la que cegaban a los detenidos para sonsacarles información o una confesión. Dependiendo del policía.

—Ahora vendrá el detective —dijo el agente sin mirarle.

—Soy inocente.

—A mí no tiene que convencerme.

Los ojos de un inocente Daniel comenzaron a humedecerse y derramar alguna lágrima. Su vida se hallaba en una balanza y por el momento, el peso estaba en su contra. El detective entró en la sala. Era un señor de unos sesenta años, pelo corto, grandes patillas, una perilla canosa, nariz y orejas grandes y tras unas gafas se ocultaban unos ojos caídos.

Vestía un traje marrón de un mal corte. No estaba hecho a su medida y eso se notaba en los bajos del pantalón y las mangas de la chaqueta, camisa blanca y una corbata negra. Llevaba más de veinticinco años como policía y diez como detective. El número de casos resueltos a sus espaldas era de un setenta por ciento. Casos —simples como el de Daniel— no le acarreaban ningún problema. Dejó caer una carpeta en la mesa, se sentó y le ofreció un poco de agua.

—No quiero nada, soy inocente.

—Sí, eso ya lo ha dicho una y otra vez, empecemos por el principio. ¿Por qué mató al señor Carson?

—Lo he repetido mil veces —expresó alterado—. Yo no lo maté.

—Entonces, ¿qué hacía en el despacho? Tenemos testigos que les oyeron discutir en el interior.

—¡¡¡Eso es mentira!!! Recibí una llamada suya y de repente, lo asesinaron.

—¿Quién?

—Solo sé que se llama Alan, era el lacayo de Thomas Fooreman, presidente de la compañía farmacéutica Foorpharmacy un miembro de una poderosa *orden*. Me han tendido una trampa por la publicación. Tiene que creerme, en mi casa hay mucha información, cójanla, es toda suya.

—Hemos estado en su casa, en su estudio y no hemos encontrado ninguna información relacionada con lo que dice, me temo que lo tiene usted muy crudo señor Williams.

—¿Han hablado con mi mujer?

—Sí señor Williams y su mujer, no sabía nada de los papeles que dice. Está bastante afectada, señor Williams.

—¿Cuándo podré verla?

—Me temo que de momento, no va a poder ser.

Daniel agachó la cabeza.

—El nombre de Thomas Fooreman no sale en ningún archivo. Ese hombre no existe.

El detective abrió la carpeta, sacó una foto y se la mostró.

—¿Este señor es al que se refiere?

—¡Ese es, ese es Alan! —exclamó furioso.

—¿Me está diciendo que este señor, un importante empresario, sin relación alguna con la víctima, futuro senador, jugador de golf con el fiscal general, está detrás del asesinato cuando a usted lo hemos pillado junto al cadáver ?

—Quiero un abogado.

—Lo necesitará señor Williams.

El detective se marchó dejando a Daniel observando el reloj de encima del falso espejo. Ahora lamentaba el haber accedido aquel día a ver a Thomas. Aquella noche en su despacho, pensó que al publicar el artículo, estos extremos no iban a llegar; quizás un aviso, una paliza, pero no el asesinato de su jefe y su implicación.

Sin embargo, también meditaba en su mujer e hija; <<¿qué sería de ellas ahora? ¿De mi hija Daniela? Me perderé su infancia y adolescencia, su fiesta de graduación, su primer beso, su primer novio. ¡Queda tanto que hacer con ella! ¿Y mi esposa? Ahora que habíamos superado esa fuerte crisis que casi hace que nos separemos, y ahora que empezábamos a reavivar la llama...>> Intentó con bastante dificultad ver el lado positivo si es que lo hubiese; mejor él y no su familia: Jamás se hubiera perdonado si les ocurriera algo.

Su jefe también estaba dentro de las reflexiones que anidaban en su cabeza. Sentía de corazón lo sucedido, volvía a repetirse que tenía que haber sido él y no su jefe quién debería estar en la morgue. Sam Carson dejaba una familia, una mujer y un hijo de doce años llamado Matt. Daniel siguió con sus lamentaciones. Un hombre trajeado entró y se sentó.

—Hola Daniel, soy el agente especial Wray del F.B.I

—¿El F.B.I? ¿Y mi abogado?

—Llegando... ¿Qué conexión tiene con la organización terrorista septiembre negro?

—Qué dice, de qué habla, yo no tengo nada que ver, ni sé nada de esa organización.

—Ah, ¿no? —preguntó con una leve sonrisa—. ¿Qué hace entonces en esta foto junto al líder de la banda?

El agente le enseñó una foto donde salía posando con el líder.

—Ese no soy yo, lo juro, todo es un montaje, quieren hundirme la vida, tiene que creerme.

—Usted mató al editor para que esta foto no saliese a la luz, ¿verdad?

—¿Por qué iba hacer una cosa así? Soy un simple periodista, me dieron unos documentos sobre una orga...

—Si, si, la secta esa que no para de repetir — interrumpió—. Ya ha contado esa historia al detective. No existe esa organización, usted está vinculado a Septiembre Negro, ¿quién le ordenó el asesinato?

—Sé equivocada, ¿dónde está mi abogado?

—No va venir, al menos que me dé información y una confesión.

Daniel se negó a contestar más preguntas.

—Bien, está en su derecho de no contestar. Detective, es todo suyo —mencionó mirando el falso espejo—. Hasta la vista Daniel Williams.

5

Daniel fue llevado de vuelta a la celda avanzada la media noche. El detective lo había informado que tendría el juicio a la mañana siguiente sin embargo, no mencionó la hora, ni de qué sería acusado, dejando a Daniel con la incertidumbre de qué pasará con su vida. Fue acusado solo por asesinato. Un jurado compuesto por diez personas, cinco hombres y cinco mujeres, fueron las encargadas de poner la balanza que tanto pesaba en su contra, a su favor, o sentenciarlo directo a la muerte, puesto que la pena por asesinato era la silla eléctrica.

Aquella noche, Daniel no durmió nada. Desde aquella fría sala se quedó contemplando la luna mediante los barrotes de una mísera ranura que ejercía como ventana. No pensaba en nada. Miraba aquella bola resplandeciente. Se imaginaba con su familia paseando por las hermosas playas de Miami, degustando un helado en el puesto del paseo marítimo al lado de la feria y viendo el atardecer agarrado de la mano de su mujer. Toda una vida que acabaría de un chispazo.

A las diez de la mañana fue trasladado al juzgado. El juicio se llevó a cabo a puerta cerrada. No dejaron entrar a nadie, ni si quiera la mujer de Daniel pudo esta allí acompañando a su marido en aquellos momentos tan difíciles, alegando que era por su seguridad. El apoderado de la sala fue llevado a cabo por el excelentísimo juez Mouller. A su derecha se hallaba los miembros del jurado y a su izquierda, la secretaria, sentada a la mesa, con los dedos apoyados en la máquina de escribir y con las orejas bien puestas en la sala para no perder ni el mínimo detalle.

La acusación particular estaba al cargo del adjunto del fiscal, el señor H.P Rogers, una persona tan cínica como astuta, capaz de encerrar a su propia madre si con eso lo llevara a conseguir una buena carrera en política; un perro rabioso con ganas de morder a quien se pusiera por delante. Para la defensa de Daniel se hallaba un abogado de oficio recién licenciado; una oveja llevada a la boca de un lobo, sin haber ejercido ningún caso y carente de armas y estrategias para la defensa. Todos reunidos en la sala, comenzó el juicio con la voz del alguacil presentando al juez.

—En pie.

Todos se levantaron.

—Preside la sala el honorable juez Mouller.

—Pueden sentarse —dijo el juez—. Caso 1619, el estado de Washington contra Daniel Williams. Se le acusa de asesinato en primer grado, ¿cómo se declara el acusado?

—Inocente señoría.

—Tiene la palabra el adjunto del fiscal.

—Gracias señoría, llamo al estrado al señor Myers.

Daniel no sabía de la existencia de aquel hombre que subió al estrado, <<¿Myers? Jamás escuché ese nombre>>pensó. Nunca lo había visto en el periódico, ni había cruzado palabras con

ese hombre.

—Diga su nombre —alegó el alguacil.

—Carl Myers.

—Levante la mano derecha y ponga la izquierda sobre la Biblia. ¿Jura decir la verdad, nada más que la verdad y solo la verdad con ayuda de dios?

—Lo juro.

—Puede sentarse —dijo el juez—. Adelante adjunto, cuando quiera.

—Gracias señoría. Señor Myers, ¿puede decirnos a los aquí presentes qué escuchó en el interior del despacho?

—Caminaba por el pasillo cuando del interior del despacho, escuché al acusado discutir con el señor Carson.

—¿Hubo amenazas?

—Sí, el acusado dijo que lo mataría por no sé qué fotografía. Después, escuché unos golpes, como algún objeto volando por sala.

El murmullo del jurado parecía condenar a Daniel. La secretaria tomaba notas y los demás se limitaban a escuchar. Daniel tenía los codos apoyados en la mesa, las manos sosteniendo su cabeza cabizbaja.

—Señoría, no hay más preguntas.

El adjunto retornó a su mesa, abrió un maletín y sacó el puñal y un informe. A continuación se dirigió al jurado .

—Miembros de jurado. En la mano derecha como prueba A, tengo el puñal con el cual fue asesinado el señor Carson, y en la izquierda, como prueba B, un informe del laboratorio de la policía, indicando que las huellas encontradas y comparadas, son las del acusado. Señores del jurado, creo que no hay más que añadir debido a que las pruebas hablan por sí solas. No hay que alargar esto más, ustedes deciden.

—¿Tiene alegato la defensa?

—No señoría.

—Per... —dijo Daniel confundido.

—Este caso me viene grande, lo siento, no puedo ayudarte.

—Este es mi fin.

El abogado miró hacia otro lado.

—Bien, en vista que nadie quiere añadir nada más, el jurado deliberará y yo dictaré sentencia.

El jurado cambió de sala para debatir. Todos estaban de acuerdo en la culpabilidad de Daniel. En seguida, entraron en la sala donde el portavoz leyó el veredicto.

—Señoría, declaramos al acusado —Hubo un pequeño silencio—. Culpable de asesinato.

La balanza cayó con todo el peso en su contra, rompiéndose en pequeños pedazos como

un cristal. Daniel había asimilado aquella fatalidad; <<¿para qué luchar contra algo que no se puede?>> pensó. Decidió tirar la toalla y ser un iceberg que vaga a la deriva fundiéndose poco a poco hasta quedar en nada. Todas las <<pruebas>> estaban en su contra. Sin dinero para pagar a un buen abogado y con el adjunto del fiscal general contra él, ellos habían ganado.

—Puede acercarse el acusado —dijo el juez.

Daniel se acercó.

—Daniel Williams, el estado federal de Washington lo condena a la silla eléctrica. Caso cerrado.

6

A finales de enero de 1976, Daniel Williams fue encarcelado en la penitenciaría de máxima seguridad conocida como Angola, en el estado de Louisiana. Su traslado a aquella penitenciaría tan lejos de su casa, fue debido a que en Washington no poseían la pena de muerte. Solo bastó un par de firmas de gente importante y quizás algún sobre con unos cuantos miles de dólares para el traslado. Al ser un estado sureño, el calor se dejaba ver a diario, sin embargo, al ser época invernal, algunas veces las lluvias hacían acto de presencia y cuando lo hacían, arrasaban con todo a su paso; embarrando las carreteras y elevando el caudal del río Misisipi.

La prisión se ubicaba al final de la calle Louisiana Highway 66, a treinta y cinco kilómetros de St. Francisville y a doscientos diecisiete del estado de Nueva Orleans. El complejo se hallaba compuesto por dos patios principales rodeado de campos de hierba llamados, East Yard y West Yard.

East Yard o patio del este, albergaba dieciséis dormitorios para presos de custodia mínima, otro de custodia máxima y a los reclusos de salud mental. West Yard o patio del oeste, tenía otros dieciséis dormitorios para custodia mínima y media, así como hospicios y geriátricos. Sin lugar a duda este era el mejor <<sitio>>.

Los familiares de los reclusos describían aquel lugar como —medieval, miserable y horroroso— debido a las condiciones infrahumanas a los que eran sometidos, al igual que los periódicos que denunciaban la situación como una granja para humanos.

Los reclusos de color eran sometidos a recoger algodón bajo cuarenta grados de pura incandescencia, al contrario que pasaba con sus amigos blancos. Los de color eran los juguetes de los alguaciles puesto que como solían mencionar: nadie quiere tocar a un negro.

Aparte de otorgar diversión a los alguaciles, los reclusos blancos trabajaban en el control de diques. Muchos de ellos (la mayoría) intentaban escapar nadando cruzando el río Misisipi. Ninguno lo consiguió y fueron succionados por las entrañas del río, engullidos por una bestia de aguas turbias llamada Misisipi. Sus cadáveres aparecían días o incluso semanas después o no aparecerían, desaguándose en el golfo de México.

A las nueve de la mañana el autobús que trasladó a Daniel junto a otros nuevos reclusos, entró por la zona de recepción, un centro para los recién llegados situado al lado de la entrada principal. En aquel edificio amarillo con una franja roja en la base horizontal, fueron recibidos por el alcaide Ross Maggio, apodado por los reclusos como el *gánster*.

—Bienvenidos a todos. Soy el alcaide Ross Maggio pero para vosotros soy dios. Esta es *mi* cárcel, cualquiera que haga una de estas cosas que diré a continuación, será convertido en comida para mis cerdos. Primero, quien intente escapar, segundo, quien no se dirija a mí o a mis muchachos con el debido respeto y por último, quien cree conflictos. No me importa nada vuestra persona, en realidad, me importáis una mierda, sois la peste de esta bendita nación que es Norteamérica, pero en mi cárcel no quiero conflictos, está claro. Vamos a llevarnos bien y no me

toquéis los huevos y todos estaremos contentos, Norteamérica estará contenta, y yo estaré feliz. Jimmy...

—Alcaide —contestó el jefe de los alguaciles, un hombre de espalda ancha y con un bigote parecido a un actor de cine adulto de los 70.

—Puedes llevártelos.

—Vamos gusanos, el infierno os espera... —mencionó apuntando con la escopeta.

Por el corredor de la izquierda, uno a uno, encaminaron a una sala donde las paredes eran de hormigón, sin ninguna gota de pintura. Dos alguaciles eran las únicas personas que se hallaban. Daniel fue el tercero en pasar. Antes de él pasó un ladrón de veinte años condenado por robar a punta de navaja un reloj de bolsillo del siglo XVI a un terrateniente. Después, un hombre de color que había sembrado el pánico en su vecindario habiendo violado a una decena de niños, y un hombre acusado de asesinato por haber matado a su mujer de una paliza con un bate de beisbol, destrozando todos los huesos del cráneo. Antes de que pasara Daniel, pasó un banquero de cincuenta años, condenado a la muerte por un crimen que no cometió. Según la fiscalía y la deliberación de jurado, aquel hombre había cometido un crimen pasional. Todos fueron condenados a la silla eléctrica menos el ladrón, quien fue sentenciado a cadena perpetua. A continuación, fue el turno de Daniel.

Se acercó hasta el mostrador donde había dos alguaciles, uno detrás de este y el otro más atrás, al lado de unas estanterías de metal donde guardaban los uniformes.

—Póngase detrás de la línea roja y diga su nombre —expresó el alguacil.

—Daniel Williams.

—Bien, para el estado de Lousiana serás el preso 6655321. Deje sus efectos personales en el mostrador.

Daniel estiró el brazo y dejó sus cosas con cuidado.

—Apunte —dijo al segundo alguacil—. Un paquete de cigarrillos marca Marlboro al que le faltan tres; un cuaderno pequeño de anillas con apuntes; un bolígrafo color azul; un billete de veinte dólares. Ahora estos objetos son propiedad del estado.

El segundo alguacil entregó a Daniel un uniforme naranja con el número cosido en el pecho. Luego, mencionó que lo siguiera. Aparecieron en un patio junto a los otros reclusos. Una vez que los diez nuevo reclusos se hallaban en aquel patio, los obligaron a desnudarse y ponerse cara la pared.

Fueron rociados con mangueras que expulsaban un agua tan fría como un témpano de hielo. Los reclusos gritaban todo lo que podían debido a los fuertes dolores que surgían por sentir el devastador chorro a presión en sus espaldas. Concluido los llevaron a distintos bloques. A Daniel le tocó el llamado Red Hat, un único edificio de una sola planta con treinta cochambrosas celdas. Metieron a Daniel en una de esas celdas de noventa y dos metros de ancho por dos de alto, La entrada y salida era mediante una puerta de acero macizo, y una ventana con barrotes, permitía a Daniel saborear el aire por última vez. Al día siguiente de pasar su única noche en Red Hat, bastante más dura que la pasada en comisaría y todo gracias debido a un preso que, con el sonido de su armónica y su voz grave llena de tristeza, un alma rota por la vida, cantaba y tocaba un blues llamado: *Crawlin King Snake*, dejando a Daniel llorando, contemplando con aquellos ojos humedecidos como el suave viento movía la hierba. Las paredes de Red Hat se empararon

de una melancolía y llantos de los presos, sobre todo de Daniel .

A primera hora de la salida del sol, con el *cantar* del alguacil llamando a filas, Daniel fue trasladado a su ejecución por un corredor en el subsuelo que separa Red Hat con la parroquia de West Felicia. En aquella <<casa de dios>>, en el sótano estaba la silla eléctrica conocida entre los presos como: Gruesome Gertie.

El alguacil lo sentó en la silla. A la derecha de Daniel se hallaba el verdugo que iba a darle muerte. A la izquierda, el sacerdote de la parroquia esperando a dar la extremaunción. Delante de él había un total de diez sillas para miembros de la prisión, miembros del gobierno del estado de Luisiana y el alcaide.

Lo amarraron a la silla de pies, manos y cuello con correas de cuero. En su cabeza, colocaron un casco con electrodos y una esponja mojada. Cuando llegaron las personalidades y ocuparon las sillas, el alguacil se dirigió a Daniel.

—¿Algún último deseo? ¿Unas últimas palabras?

—Iros todos al infierno... —expresó sin quitar la mirada puesta en el alcaide—.

Tras aquellas palabras de indiferencia y la mueca de desprecio del alcaide, el sacerdote otorgó la extremaunción. Daniel continuaba con la vista puesta en él, sin parpadear, sin gesticular, solo mirándolo. El alguacil dio el aviso de comenzar. El verdugo asestó dos mil voltios en el cuerpo de Daniel por veinte segundos, lo dejó con la cabeza agachada.

Esos veinte segundos fueron cruciales para Daniel. Sin fuerzas levantó la cabeza. Con la boca echando espuma observó por última vez a las personas.

Al fondo de los asistentes, junto a la pared, se hallaba Alan con las piernas cruzadas. Daniel intentó con su último aliento gritar sin embargo, no lo consiguió. Alan arrojó una sonrisa y mencionó unas palabras que Daniel pudo leer en sus labios.

La orden siempre gana .

El verdugo volvió a tirar de la palanca asentando otros dos mil voltios, dejando a Daniel Williams calcinado en la silla de la penitenciaría de Angola una noche de enero de 1976 .